
Un rebujito
para el
CEO
MARCOS A.C.

Un rebujito para el CEO

MARCOS A.C.

Índice

UN REBUJITO PARA EL CEO
Índice
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Sinopsis

Soy Lucía, profesora por vocación, sevillana, risueña y espontánea, que lo último que esperaba es tener que lidiar con ese amor que llega de improviso con ideas de quedarse.

Yo soy Álvaro, CEO exitoso, perfeccionista, simpático y con el corazón blindado, además de ser el padre de una de las alumnas de Lucía.

El flechazo entre nosotros es tan inesperado como explosivo, y lo que empieza como un flirteo entre risas y sutiles coqueteos, se convierte en una atracción imparable donde la pasión se desata sin que podamos evitarlo.

Pero como bien es sabido, si el pasado llega, no suele tener buenas intenciones, y hasta Sevilla llega con el propósito de poner a prueba lo que nosotros estamos comenzando.

En un entorno donde el humor, la tensión y la atracción se mezclan como un buen rebujito, donde nadie se salva del enredo y el amor se abre paso, aunque haya que dar muchas vueltas, ambos tendremos que decidir si estamos dispuestos a luchar por lo que queremos o a perdernos la historia más importante de nuestras vidas.

¿Nos acompañas en el camino hacia lo desconocido entre rebujitos, casetas y farolillos?

Primera edición.
Un rebujito para el CEO
©Marcos A.C.
©mayo, 2025
©imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Capítulo 1

Lucía

Sabía que era lunes, sí, pero a veces la semana parecía empezar todo lo contrario a lo que uno esperaría de un lunes. Como si el universo me estuviera lanzando toda la energía negativa posible, una después de otra, solo porque la vida había decidido ponerme a prueba desde la primera hora. Y en la primera hora, yo ya estaba atrapada en una reunión de profesores.

Y, para colmo, ya ni siquiera me sorprendía que fuera la peor de todas las reuniones. Digo "peor", porque se trataba del consejo escolar, y eso era como un campo de batalla donde uno nunca salía ileso.

Ahí estaba yo, Lucía Torres, profesora de matemáticas del Instituto Carmen del Río, soportando el bostezo masivo de todos los docentes.

Las caras largas, los papeles arrugados, los teléfonos que zumbaban sin piedad. Todo en orden. Ah, sí, claro, la Feria de Abril estaba a la vuelta de la esquina, y yo ni siquiera podía pensar en cómo se iba a organizar mi participación como voluntaria para montar la caseta de la escuela.

Porque aquí, en el sur, la feria era casi un acto cívico. Deberías estar allí, bailando sevillanas, entre sonrisas y casetas llenas de vida, pero no. No para mí, que siempre acababa atrapada entre reuniones interminables que lo único que lograban era darme dolor de cabeza.

—Lucía, ¿me oyes? —me preguntó una de las profesoras, la señora Guillén, mirando por encima sus gafas como si yo fuera la última amenaza de un crimen que estaba por resolver.

—¿Qué? —respondí de forma automática, con mi mente viajando a un lugar muy lejano.

—Estamos hablando de los cambios de horario para los exámenes.

—Ah, claro, claro —asentí, como si hubiese estado prestando atención y me interesara aquello. Y lo cierto es que no lo hacía. Para mí, la única preocupación que me interesaba en este momento era la caseta, las luces y el montón de gente que me apretujaría durante la feria.

Fue entonces cuando, por pura casualidad, dejé caer la mirada hacia la ventana. Sevilla. Mi Sevilla. La ciudad que, como siempre, tenía ese algo especial, algo que me atraía, aunque fuera solo para tomar un descanso en medio del caos. Las calles se iban llenando de color, las flores en las azoteas ya empezaban a brotar como si la ciudad estuviera invitándome a un evento muy especial. Sí, la Feria de Abril se estaba acercando y, por lo visto, a mí me había tocado ser la última en enterarse de lo que realmente estaba pasando.

La señora Guillén me lanzó una mirada extraña antes de levantar la mano y pedir mi atención de nuevo. Pero ya era demasiado tarde. Estaba perdida en los recuerdos, en la suavidad del viento de primavera, en las luces de la feria. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí realmente libre, relajada, sin pensar en los exámenes, en las correcciones o en lo que se esperaba de mí?

El sonido de la campana interrumpió mis pensamientos. Las clases iban a empezar, y yo, como siempre, tenía que salir corriendo para llegar a mi aula.

Estaba a punto de salir cuando una figura familiar apareció en la puerta.

—¡Lucía! —gritó María, mi compañera de ciencias, mientras entraba en el pasillo con su expresión de siempre, mezcla de energía y caos.

Alta, morena de cabello liso, con unos ojos verdes de lo más llamativos, y ese *look* bohemio que ella lucía como nadie con sus vestidos o faldas

largas, como era el caso.

—¿Qué pasa, María? —pregunté, medio sonriendo, aunque me intrigaba si vendría a traerme otro nuevo problemón relacionado con algún experimento de laboratorio.

—Nada, que este año lo vamos a petar en la feria, ya te lo digo – sonríe de una manera tan contagiosa que no puedo evitar reírme.

—¿Te has olvidado que soy profesora y no tengo tiempo para montar casetas? —respondí entre carcajadas, aunque, en el fondo, ya estaba empezando a emocionarme con la idea.

María me dio una palmada en la espalda sin perder su sonrisa.

—¡Nada de excusas! Este año te metemos de cabeza, te guste o no. Además, si te va a gustar, ya verás —y antes de que pudiera decir algo, desapareció por el pasillo.

Me quedé mirando la puerta cerrada, preguntándome por qué siempre me tocaba ser la que no podía decir que no a nada. Y, a pesar de que había jurado no meterme en más líos, no podía evitarlo. La feria estaba tan cerca, y yo era tan débil ante las tradiciones de mi ciudad.

Y así, con un suspiro mientras me encogía de hombros, me dirigí a mi aula.

—Buenos días, espero que estéis preparados porque hoy tenemos… —dije con una sonrisa un poquito maliciosa.

—No, no, *mi arma* —contestó uno de los más graciosos de la clase. —No nos pongas un examen sorpresa, que estamos casi en feria.

—Pues por ser el primero en hablar, te toca entregar los exámenes, Rubén.

—Si es que te las buscas —rio Claudia, una de mis mejores alumnas.

Rubén, que tampoco era mal chiquillo, suspiró en plan dramático y vino a mi mesa para recoger los exámenes y repartirlos.

La verdad es que me gustaba lo que hacía; desde bien pequeña me dijeron que tenía buena cabeza para los números y, al final, me decanté por la docencia. Y con estos chiquillos, tan diferentes entre sí, pero divertidos como nadie, se me iban los días de una manera alegre y amena.

—Tenéis hasta el final de la clase para acabarlo. Así que ya sabéis, no id con prisas que no son buenas y luego me ponéis unas burradas…

—Eso va por ti, Ricardo —le dijo Rubén a su primo.

—Ya me cayó la culpa —rio.

Y yo sonreí, porque con ellos me olvidaba un poquito de mis responsabilidades y de que tenía veintinueve años, haciendo que volviera a ser aquella adolescente que disfrutaba de la feria, aunque tuviera algunos malos recuerdos de una en concreto…

El día pasaba rápido, como siempre en el instituto. Los alumnos, como siempre, se quejaban de los exámenes, pero al final todos lograban sobrevivir. Como si no tuviéramos bastante estrés en la vida, a la profesora de la clase de al lado se le ocurrió organizar una excursión a un centro de investigación para el día siguiente. Nosotras dos con sesenta adolescentes con ganas de feria por la calle, vamos, eso iba a ser una aventura de nivel.

Y entre tanto caos, me encontré con algo que realmente no esperaba.

Al final de la jornada, mientras recogía mis cosas para irme a casa, vi a Álvaro Roldán en el pasillo. Álvaro, el CEO de una de las multinacionales de ciberseguridad más importantes del país, con sede en Madrid, pero que trabajaba desde su casa, y padre de Claudia, mi mejor alumna.

Aquel no era ni mucho menos un hombre que pasara desapercibido: alto, diría que casi metro noventa, cuerpo atlético porque se le notaba que se cuidaba en el gimnasio, pelo oscuro con alguna que otra canita rebelde por las sienes que le hacían verse de lo más atractivo, y unos ojos verdes que, junto con esa sonrisa que tenía, cautivaban sin darse cuenta.

Con su traje de tres piezas, su corbata perfectamente anudada y esa actitud seria de: "tengo todo bajo control" que a veces me ponía de los nervios, no, no pasaba desapercibido.

No tenía ni una pizca de lo que esperabas encontrar en un padre de adolescente en este barrio.

Álvaro me miró con esa mirada de hombre de negocios que tenía, como si pudiera leerme la mente. Sonrió y, por un momento, pensé que la única razón por la que no me derretía como una vela en este preciso momento era porque todavía tenía demasiado estrés acumulado.

—Hola, Lucía —me saludó con esa voz profunda y clara, que siempre tenía un tono que hacía que uno se sintiera un poco intimidado, aunque lo disimulara.

—Hola, señor Roldán. ¿Qué tal? —intenté sonar lo más relajada posible, como si no me estuviera preguntando qué hacía aquí exactamente. Porque, seamos honestos, el hombre tenía una agenda mucho más interesante que la mía.

—Bien. Venía a hablar de Claudia —respondió, y ahí estaba el motivo de su visita: su hija.

Noté la tensión en su voz. Los padres adinerados siempre tenían esa forma de hablar de los hijos como si fueran una extensión de sus negocios. Y yo, que era profesora, sabía que no siempre era fácil separar los intereses personales de los profesionales.

—¿Claudia? —repetí, sin saber exactamente qué esperar.

—Quería preguntarte cómo le está yendo en clase —dijo, dándome una mirada que podría parecer curiosa, pero que en realidad era más bien un interrogatorio disfrazado de una conversación normal.

—Bueno… —carraspeé —Claudia es una chica brillante, ya lo sabe, aunque a veces un poco distraída. Es normal a su edad —añadí, dando así

una respuesta de lo más diplomática, pero con una sonrisa. Porque en el fondo, Claudia era de esas alumnas que, aunque a veces se olvidaba de entregar los deberes, tenía algo que te hacía admirarla, como esa energía juvenil que era de lo más contagiosa.

Álvaro asintió, satisfecho con la respuesta.

—Gracias, Lucía. Nos vemos pronto —respondió, y con una sonrisa enigmática, el CEO más sexy de toda Sevilla se alejó, dejándome una sensación extraña, una mezcla de atracción, curiosidad y, sí, algo de duda.

Porque no era de extrañar que viniera a recoger a su hija, o que preguntara cómo le iban las clases, pero nunca así, cuando yo me encontraba al final de mi jornada y sola.

Mi móvil empezó a sonar y vi el nombre de mi madre en la pantalla.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Vienes a comer a casa? Tengo croquetas y una tortilla de las que te gustan.

—Solo tú sabes cómo hacer para que vaya a veros —reí. —Voy para allá.

—Aquí te esperamos, mi niña.

Rosario, mi madre, era un amor. A sus sesenta años seguía conservando esa belleza de juventud, así como ese carácter divertido, y sí, también tenía todo un arsenal de táperes para darnos con comida y que nos lleváramos a casa.

Era ella morena y con unos ojos azules preciosos, esos que mi hermana mayor y yo heredamos.

Tenía su propia peluquería desde hacía más de treinta y cinco años y le iba genial; siempre estaba con la agenda llena.

Mi padre, Antonio, tenía sesenta y tres años, el cabello castaño y los ojos marrones; era carpintero y un amante del flamenco y las sevillanas, muy noble y con un corazón que no le cabía en el pecho.

Mi hermana mayor, Marina, era enfermera en el hospital. A sus treinta y cuatro años seguía soltera, y es que la pobre perdió a su marido hacía ya ocho años después de tan solo un año de casados. Desde entonces dijo que nunca volvería a enamorarse porque a él lo amó como no podría amar a nadie.

Y luego estaba Pablo, el pequeño de los tres, que llegó por sorpresa sin que nadie lo esperásemos. Tenía dieciocho años y era la viva imagen de nuestro padre, solo que él era un poco más cerebrito y le encantaba todo lo que tuviera que ver con la informática, que era lo que estaba estudiando, solo que, a pesar de ser un niño de lo más talentoso, a veces se metía en algún que otro lío por ser tan buena gente.

Y es que Pablo era un poquito inseguro; tenía el corazón noble de nuestro padre.

Cuando llegué a casa de mis padres, ya estaban allí mis hermanos, esos que me saludaron como siempre, con besos y abrazos de lo más apretados. Pero nada que ver con los de mi padre, que te achuchaba de un modo que te dejaba sin aire.

—Antonio, por Dios, que me vas a romper a la niña —dijo mi madre, al ver que me apretaba tanto.

—Si es que es la que menos se deja caer por la casa, que es una despegada —protestó.

—¡Uy, lo que ha dicho! —grité —Despegada yo, vamos, por favor —resoplé al tiempo que volteaba los ojos.

—Venga, vamos a la mesa que se enfría la comida —ordenó mi madre, y cuando la señora Rosario hablaba… todos obedecíamos.

Nos sentamos y, como siempre que comíamos juntos, la conversación se centró en nuestros trabajos y los estudios de Pablo. A todos nos iba bien y mis padres siempre nos miraban a los tres con ese orgullo de quien sabía

que todas las cosas que habían hecho a lo largo de nuestras vidas, las habían hecho bien.

Y, cómo no, el tema de la caseta fue el centro de la conversación durante el café.

—¿Ya tenéis todo preparado? —preguntó mi madre.

—En ello estamos, sí.

—No te olvides que puedo echarte una mano —ofreció mi hermana, y sonreí.

—Lo sé, y serás bienvenida. Como dice María: lo vamos a petar —reí.

—Yo pasaré a veros y a tomarme un rebujito —dijo Pablo.

—Te vas a tomar tres, el tuyo y los nuestros —le contestó mi madre.

—Si sabes que no bebo, mamá —rio.

—De eso ya nos encargamos nosotras —aseguró mi hermana, que para eso era la mayor de los tres.

Y después del café y las risas, quedé en verme con mi hermana en unos días en la caseta. Me despedí de todos y salí de la casa en la que había crecido hasta que decidí independizarme hacía ya tres años, cuando me instalé en mi coqueto y acogedor pisito con vistas a mi parque favorito.

Capítulo 2

Lucía

Cuando por fin llegué a casa, lo primero que hice fue tirar las mochilas y ponerme cómoda. Se agradecía el sol que entraba por las ventanas de mi pequeño piso en Triana, un lugar que podría considerar mi refugio personal.

Me enamoré de este coqueto y acogedor pisito en Sevilla, después de mucho buscar un lugar que realmente sintiera mío. Lo encontré casi por casualidad, una mañana de otoño, mientras paseaba por el parque que siempre fue mi rincón favorito de la ciudad. Al mirar hacia arriba, vi la terraza llena de plantas y supe, sin saber cómo, que ese piso me estaba esperando.

Tenía dos habitaciones, la principal era mi refugio, donde tenía una cama cómoda con sábanas blancas de lino, un armario empotrado donde cabía todo con sorprendente orden y una ventana desde la que se colaba el sol de cada amanecer. La segunda habitación empezó siendo cuarto de invitados, pero poco a poco se transformó en mi estudio, donde trabajaba, leía y a veces simplemente me sentaba a mirar por la ventana mientras sonaba alguna canción suave de fondo.

El salón era mi lugar favorito. Tenía un sofá esquinero que compré con mis primeros ahorros y que ha aguantado desde noches de películas hasta siestas infinitas. Frente a él, una mesita de café con libros apilados y un par de velas. La luz entraba a raudales por los ventanales y daba vida a las plantas que tenía repartidas por todos lados. Desde aquí se salía a la terraza,

que era, sin duda, el alma de la casa: amplia, luminosa, con una mesita de hierro forjado, sillas de colores y macetas que habían ido creciendo conmigo. En primavera, desayunar ahí era un ritual: café con leche, tostadas y el canto de los pájaros que venía directo del parque.

La cocina era pequeña, pero muy práctica. La reformé con mimo: muebles blancos, encimera de madera, un horno que usaba más de lo que pensaba y una pared de pizarra donde dejaba frases, dibujos o recordatorios. Me encantaba cocinar con música de fondo, con las ventanas abiertas y el aroma de algo rico en el aire.

El baño era sencillo, pero acogedor, con una ducha de esas en las que podías pasar media hora bajo el agua sin darte cuenta. Tenía un espejo grande, toallas suaves y unas luces cálidas que hacían que incluso los lunes por la mañana fueran un poco más amables.

Este piso no era solo un lugar donde vivir. Era donde me encontré a mí misma después de un tiempo de cambios. Donde aprendí a disfrutar de mi propia compañía, donde llegaba mi hermana a tomar un vino y reírse hasta tarde, y donde cada rincón tenía un pedacito de mi historia.

El calor primaveral de Sevilla ya empezaba a hacerse notar, pero era un calor que no me molestaba, al contrario, lo disfrutaba. Y es que, como solían decir, eran las pequeñas cosas las que te hacían sentir viva, y la ciudad se llenaba de esos pequeños momentos.

El teléfono empezó a sonar y vi que era María, cómo no. La única persona que en este momento parecía tener energía suficiente para arrastrarme a todo lo que me resistía a hacer.

—¡Lucía, preciosa! ¿Ya te has puesto el traje de flamenca? —su voz, a través del teléfono, se escuchaba como si estuviera bailando sevillanas mientras hablaba. Yo no tenía esa misma energía, pero intentaba no dejarla saber que estaba un poco agotada.

—María, todavía no. No tengo tiempo —respiré profundamente.

Estaba cansada, sí, pero la feria estaba a la vuelta de la esquina y por más que me doliera admitirlo, ya me sentía un poco emocionada por ella.

—Vas a ir, ¿verdad? Necesitamos a todo el personal en la caseta para que todo salga perfecto. Este año va a ser épico —María soltó su típico discurso sobre cómo la caseta de la escuela era la mejor de todas, cómo tenía que ver con todo lo que significaba ser "joven y lleno de vida".

—¡Vale, vale! Solo porque sé que no me vas a dejar en paz —le respondí, medio resignada, pero con una sonrisa.

Unos minutos después, salí a la calle con un par de bolsas de comida y mi mente dando vueltas. La feria… Ya se sentía en el aire. La ciudad se estaba preparando para lo que iba a ser una fiesta interminable. Las luces, la música, y los bailes, me hacían pensar en lo afortunada que era de vivir aquí, en este lugar tan lleno de tradición y vida.

Pero lo que no esperaba era que, al dar la vuelta a la esquina para ir al supermercado, me lo encontraría de nuevo.

Álvaro, con su traje impecable, estaba hablando por teléfono frente a la tienda de la esquina. Esta vez, no parecía tener la misma actitud seria de siempre. Algo en su postura, algo en su manera de hablar, me hizo preguntarme si, en el fondo, ese hombre tan serio tenía alguna chispa de humanidad.

Me atreví a acercarme un poco, más por curiosidad que por otra cosa. Estaba a punto de dar media vuelta cuando, al parecer, me vio. Sus ojos, que siempre parecían tan calculadores, se suavizaron un poco.

—¿Lucía? —me saludó, como si no fuera lo que esperaba encontrar en una calle tan tranquila.

—Hola, señor Roldán —sonreí, sintiéndome un poco incómoda, pero intenté que no se notara.

—¿En serio? —rio, arqueando la ceja —No estamos en el instituto, por favor, llámame Álvaro —me pidió, mientras me miraba con esos ojos…

—Lo siento, es la costumbre.

—¿De compras para la feria? —preguntó, mirando mis bolsas del supermercado.

—Sí, entre otras cosas —respondí, encogiéndome de hombros. No pensaba contarle toda mi vida, ni mucho menos.

Por algún motivo, el silencio que se instaló entre nosotros no fue tan incómodo como pensaba que sería. Había algo en su mirada, algo que mostraba que se estaba esforzando por parecer más cercano de lo que yo esperaba. Me sentí algo desconcertada, porque siempre lo había visto como el típico hombre que no se mezclaba con la gente común. ¿Y qué hacía por esta zona?

—¿Estarás en la caseta? —preguntó, como si fuera la pregunta más casual del mundo, pero yo sabía que no lo era.

—Claro, por supuesto, igual que todos los años —dije, sin saber muy bien si mi tono estaba siendo demasiado cortante, pero de alguna manera, no me importaba. Era lo que esperaba de alguien como él, un CEO que vivía en una burbuja de lujo.

—¿Puedo invitarte a una copa de vino? —Su propuesta fue tan inesperada como directa. Me quedé mirándolo, no sabiendo qué pensar.

—¿A ti te gusta invitar a las profesoras de tu hija a copas de vino? —le pregunté, tratando de mantener el tono ligero. Si él estaba dispuesto a jugar, yo también podía hacerlo.

—Depende. Si esa profesora es tan intrigante como tú, sí —su sonrisa era algo peligrosa, pero de una forma que, en lugar de intimidarme, me hizo sonreír de vuelta.

—¿Intrigante? —contesté. Él arqueó una ceja y me pregunté si lo hacía a propósito para parecer más interesante —no lo tomes a mal, pero… no eres el tipo de persona con la que normalmente me encontraría —le respondí, dejándole claro que no me dejaba impresionar por su título o su poder. Aunque, si era sincera conmigo misma, el hecho de que se interesara por lo que hacía me intrigaba.

—¿Y eso es algo malo? —el tono de su voz fue suave, pero había un atisbo de desafío en él.

—No. Simplemente no es lo habitual —contesté, sabiendo que en el fondo estaba jugando un poco a hacerme la dura.

Unos segundos después, la conversación terminó cuando un grupo de mujeres se acercó a Álvaro, saludándolo como si fuera una especie de rey. Me hizo sentir extraña, como si estuviera interrumpiendo un momento privado en su mundo de empresarios y gente importante.

—Me voy, Lucía. Nos vemos —dijo, dándome una última mirada antes de alejarse, repitiendo esas mismas palabras que había dicho cuando nos vimos en el instituto.

Lo vi irse con una mezcla de sensaciones. ¿Era lo que aparentaba ser o había algo más detrás de esa fachada perfecta? Lo cierto es que había algo en él que no me dejaba tranquila, algo que no podía ignorar.

Y mientras hacía las compras necesarias, mi mente siguió yendo hacia ese hombre. Álvaro Roldán, treinta y seis años, atractivo, elegante, formal, serio, pero con una mirada que hacía temblar hasta a la más fuerte.

Lo poco que sabía de ese hombre era lo que siempre le escuché decir a su hija Claudia, y era que se había divorciado de su madre hacía ya diez años, cuando él tenía veintiséis y la niña solo siete. Desde entonces la había sacado adelante él solo, y debía admitir que no lo había hecho nada mal.

Los motivos de aquel divorcio ella no los aireaba, como era normal, pero me generaba cierta curiosidad.

Álvaro fue padre muy joven, apenas tenía diecinueve años cuando nació su hija Claudia, y a pesar de eso siguió con sus estudios y creó su empresa cuando tenía veintitrés años, llevándola a lo más alto.

Era de admirar, pues había sabido compatibilizar los estudios y el trabajo con la paternidad siendo apenas un chiquillo, y sacó adelante a una hija que ya estaba en la adolescencia y que era una niña de lo más formal. Y eso sí que era algo digno de admirar.

Tras las compras regresé a casa y le mandé un mensaje a María para decirle que ya tenía muchas de las cosas compradas. Le faltó tiempo a esa loquita para contestar, enviándome varios emojis de la típica flamenca bailando y unas cuantas copas de vino.

Me reí, porque no podía no hacerlo.

Guardé todo, me di una ducha y, tras ponerme el pijama, preparé un sándwich mixto con unas patatas chips para cenar mientras veía un par de capítulos de una serie a la que nos habíamos enganchado Marina y yo, esa que también veíamos juntas cuando venía a mi casa y se quedaba a pasar el fin de semana.

Me fui pronto a la cama, y es que la semana no había hecho más que empezar y aún me quedaban cuatro días de clases por delante.

Por no hablar de ese hombre que se colaba en mis pensamientos desde hacía… ¿Cuánto? ¿Seis meses, tal vez? Y no, no sabía por qué razón no dejaba de pensar en Álvaro Roldán, si yo no me quería volver a enamorar, porque, si me preguntaran sobre el tema del corazón, diría que no había tenido suerte, ni mijita, vaya.

Capítulo 3

Álvaro

Esa mañana me desperté con la puntualidad de un reloj suizo, como cada mañana desde que fundé mi empresa y me convertí en el CEO de un startup de ciberseguridad que, en los últimos años, se había catapultado a la cima de la innovación europea.

Mi casa a las afueras de la ciudad tenía vistas al parque, y las luces del amanecer se filtraban a través de los ventanales, dándonos así la bienvenida a un nuevo día. Esos que para mí en los últimos tiempos iban de un modo de lo más rápido y frenético.

Salí de la habitación y fui directo hacia la cafetera de cápsulas, esa sin la que no podía vivir porque necesitaba café casi a todas horas. Mientras el olor a café recién hecho llenaba la cocina, revisaba en mi Tablet las métricas del día anterior. Resultados positivos, crecimiento en usuarios, un par de menciones en medios relevantes… pero también, tres correos con asuntos en mayúsculas que empezaban con "URGENTE".

Suspiré, y es que por norma general lo urgente nunca era importante, y lo importante nunca llegaba en mayúsculas, que de eso ya me había dado cuenta tiempo atrás.

A las ocho en punto, ya estaba frente a mi escritorio. Había decidido trabajar desde casa desde hacía cuatro años, cuando decidí volver a mi Sevilla natal. Al principio, la gente me cuestionaba. *"Un CEO debe estar*

presente en la oficina", decían. Pero yo argumentaba que, en un mundo digital, la presencia física era un fetiche corporativo en vías de extinción.

Encendí la cámara y comencé la reunión diaria con mi equipo ejecutivo, ese que estaba en Madrid y que llevaba la empresa sin mi presencia a la perfección. Al otro lado de la pantalla, se alineaban cinco rostros, todos con aspecto de haber dormido poco y trabajado mucho. Mi asistente, Clara, también estaba conectada. Una joven entusiasta, con gafas redondas que siempre parecían deslizarse por la punta de su nariz.

—Buenos días, equipo —empecé saludando con tono firme. —Clara, ¿puedes empezar con la agenda?

Clara asintió con entusiasmo, buscó un documento en su pantalla y comenzó a leer.

—Bueno, lo primero en la agenda es… —Se concentró en lo que tenía delante —la reunión con el grupo de inversionistas de, "Soluciones Rurales S.A." para evaluar el despliegue de drones autónomos en regiones sin cobertura...

Arqueé una ceja al escucharla.

—¿Disculpa? ¿Inversionistas rurales?

—Sí… o, bueno, creo que sí —titubeó. —Tú dijiste que agendara una reunión con "Soluciones Rurales" el viernes pasado —replicó, confundida. —¡Mira! Aquí está el correo. Lo escribiste tú mismo: "Gestionar reunión con los de Soluciones Rurales" —leyó, y suspiré mientras me masajeaba la sien.

Fruncí el ceño y revisé mentalmente el mensaje. Sí, recordaba haber escrito eso, pero no para una reunión.

—Clara, eso era para pedir una cotización de sus servicios de paneles solares en el sur. ¡No para presentarles nuestro modelo de negocio en drones con visión!

Hubo un silencio breve en la videollamada. Luego, rieron todos, incluso yo, que dejé caer la cabeza sobre el escritorio con resignación. Clara era eficiente, pero a veces los nervios le podían y no daba una.

—Bueno —dije, recuperando la compostura, —quizás sea una oportunidad de diversificación que no sabíamos que necesitábamos.

Como decía mi padre: "a todo había que verle el lado bueno de las cosas".

Después de la llamada me serví otra taza de café y me acomodé en el sillón. Mi mente saltaba entre correos, métricas, inversiones y estrategias. El error de Clara me pareció encantadoramente humano, una rareza en su vida marcada por algoritmos y eficiencia.

Entonces, mi teléfono sonó con una nueva videollamada. Era Julián, mi primo.

—Álvaro, ¿sigues vivo? —dijo una voz áspera al otro lado de la línea —Pareces un espectro corporativo cada vez que te llamo.

—Buenos días a ti también, Julián —respondí, sonriendo.

—Escúchame. Empieza la feria, y esa ya sabes que hay que vivirla. Volviste a tu tierra hace cuatro años y, ¿cuántas veces has ido a la feria? Dos, y a rastras, así que, esta vez no tienes excusa. Ni juntas, ni *startups*, ni metaversos. Te paso a buscar en una hora.

—¿La feria? ¿Con masificación de gente y música a todo volumen? No, gracias, paso.

—Sí, justo eso, café, corbata y caos; el caos que te falta. Te has convertido en un algoritmo con patas. Necesitas ver gente real, oler chorizos, tropezar con un triciclo. Te espero. Y ponte algo decente.

Me colgó sin más, sin opción a réplica, y suspiré. Miré mi reflejo en el espejo del comedor y tenía razón, últimamente, todo se reducía a

videollamadas y hojas de cálculo. Así que finalmente tuve que hacerle caso y prepararme para salir con él.

Tenía treinta y ocho años y mi vida se resumía al trabajo y a ser padre, nada más. Bueno, tampoco llevaba una vida monacal, que alguna que otra aventura sí había tenido.

El caso es que fui padre siendo muy joven, apenas tenía veintiún años. A los dos nos pilló por sorpresa el embarazo, pero la recibimos con todo el amor del mundo. Yo compaginé mis estudios con algunos trabajos y salimos adelante los tres; nos casamos cuando nuestra hija Claudia tenía un año y fue a mis veintitrés cuando puse en marcha mi empresa, esa de la que estaba tan orgulloso quince años después.

El caso es que, en cuestiones de amor, ese nos duró poco a la madre de mi hija y a mí, o más bien, a ella. Cuando Claudia tenía solo siete años, su madre y yo nos divorciamos; ella ya tenía a alguien en su vida y no lo supe hasta ese momento, en el que, tras firmarle los papeles, se casó y dejó el país para irse con él, formando una nueva familia y olvidándose de mi niña. En estos diez años la había sacado adelante yo solo, y cuando vi que posiblemente necesitaría a una mujer en su vida, puesto que pronto entraría en la adolescencia, dejé Madrid para volver a Sevilla y contar con la ayuda de mi madre, Carmen, y también de mi padre, Arturo.

A veces veía a mi hija y me recordaba en algunos gestos a su madre, pero físicamente se parecía más a mí.

Una hora después, Julián me recogió en una moto vintage que parecía sacada de un museo.

—Esto es peligroso —dije al subir.

—Eso es lo que lo hace divertido.

En cuestión de minutos, llegamos a la feria. Todo estaba lleno de banderines colgados entre los árboles, niños corriendo entre puestos de

algodón de azúcar, música de fondo, olor a grasa y azúcar.

—Bienvenido al mundo real —anunció Julián, como un guía turístico. —Aquí no hay hojas de cálculo ni nada que tenga que ver con ordenadores.

Yo, que me había puesto un traje como era costumbre, al ver a mi primo con vaqueros y camisa, me quité la chaqueta y la corbata y me la acabé atando en la cintura como un adolescente rebelde. Julián me llevó a su puesto favorito: "Churros Doña Remedios". Hicimos fila detrás de una señora que discutía con el vendedor porque le habían dado un churro sin la suficiente azúcar.

—¿Y esto qué tiene de terapéutico? —pregunté.

—Todo. Mira a tu alrededor. Nadie está hablando de crecimiento escalable ni de rondas de inversión. Solo están viviendo.

Nos sentamos a comer churros en un banco improvisado hecho con tablones viejos. Una banda de estudiantes tocaba una versión cumbia de una canción de *Los Beatles*. Un niño lanzó una pelota sin querer y me dio en la pierna, su madre se disculpó y yo simplemente sonreí.

—Creo que acabo de ser víctima de un ataque lúdico —dije, y Julián me miró divertido.

—Te hace falta más de esto. De equivocarte. De que te lancen cosas. De que te dé el sol. ¿Cuándo fue la última vez que no supiste qué hora era?

—Ahora mismo —respondí, sorprendido al darme cuenta, cuando vi que mi teléfono estaba apagado.

La tarde se volvió noche y la feria se encendió con luces de colores. Julián me acabó convenciendo de ir a una rifa donde casi ganamos una licuadora y, finalmente, de bailar con un grupo de señoras que celebraban un cumpleaños. Yo, un poco más torpe y descoordinado. Me tuve que reír de mí mismo como hacía años no lo hacía.

—¿Lo ves? —dijo Julián, con los brazos en alto como un campeón —Esto es salud emocional, primo. Terapia en zapatillas.

—Llevo zapatos —le recordé.

—Un detalle sin importancia —negó, y sonreí.

Mientras caminábamos de regreso a la moto, ya con los pies algo doloridos y las manos manchadas de azúcar, me detuve.

—Gracias, Julián.

—¿Por qué?

—Por recordarme que no todo es escalable. Que no todo tiene que tener propósito para ser valioso.

—Ese eres tú hablando. A lo mejor todavía estás curado.

De vuelta en casa, ya de madrugada, me quité los zapatos, dejé la chaqueta sobre la silla y me serví un último café, algo que tenía por costumbre hacer y que no me quitaba apenas el sueño por la noche. La casa estaba en silencio, Claudia aún no había llegado, pero sabía que no tardaría en hacerlo, era una niña muy responsable. Mi Tablet vibraba con notificaciones acumuladas, pero no las abrí.

Me senté en la terraza disfrutando del aire fresco. Las luces lejanas del parque seguían encendidas y por primera vez en meses, no pensé en el trabajo, ni en los mercados, ni en próximos pasos.

Pensé en churros, en la pelota, en Clara y su error encantador, en Julián, en el niño del triciclo, en la señora del cumpleaños. Y sonreí.

Tal vez liderar no era solo tener todas las respuestas.

Tal vez, después de todo, liderar también era saber cuándo dejarse arrastrar.

Capítulo 4

Lucía

El lunes pasó rápido, como siempre, pero el miércoles… El miércoles fue diferente.

Era la antesala de la Feria de Abril, y por primera vez en semanas sentí una sensación rara, como si la ciudad misma me estuviera invitando a vivir algo que no podía rechazar. Y, claro, como buena sevillana, no podía quedarme atrás. La Feria era algo que no se elegía, y es que ella te elegía a ti. Era como un mandato divino y este año, mi vida tenía que ver con la caseta de la escuela.

No era la primera vez, ni mucho menos, dado que en otras ocasiones había ayudado también, pero en esta ocasión había algo diferente, algo que aún no sabía qué era.

Mi compañera María había sido muy clara: *"¡La caseta de la escuela será la mejor! Necesito que estés allí, Lucía"*.

Y, claro, si María te lo pedía con esa carita de "yo no puedo hacer esto sola", pues acabas diciendo que sí, aunque lo único que desees es quedarte en casa viendo series. Pero Sevilla… Sevilla no entiende de "no puedo". Aquí, la Feria de Abril no se discutía, se vivía. Y como buena sevillana, había algo dentro de mí que, aunque quisiera escapar a la comodidad de la rutina, sabía que no podía dejar pasar esta oportunidad.

El día que tocaba montar la caseta, me vi rodeada de más gente de la que había esperado. Todos con sus mejores trajes, pero sin perder el espíritu de

la locura de la feria. El bullicio, el color de los trajes de flamenca, las luces ya encendidas a mediodía, el aire cargado de esa mezcla de jamón ibérico, rebujito y vino. Si nunca habías estado en la Feria de Abril, no sabías lo que te perdías. Era un caos organizado, una celebración donde las reglas parecían desvanecerse y todo giraba en torno a la diversión y la compañía. Pero, sobre todo, a la tradición.

Mientras me unía a un grupo de padres y alumnos, entre ellos Claudia, la hija de Álvaro, me di cuenta de algo: ella no era tan diferente a los demás. A pesar de venir de una familia tan diferente a la mía, con su padre CEO de una multinacional, no parecía tan fuera de lugar entre el bullicio de la feria. Claudia era una chica de diecisiete años, con un aire rebelde, pero simpático. Casi como si quisiera romper las expectativas que los demás tenían sobre ella. Con su vestido de flamenca en un bonito color negro con lunares rosas, su mirada inquieta y su sonrisa traviesa, se la veía disfrutar de la fiesta como cualquiera de los demás.

Había algo en su actitud que me cautivó, como si estuviera absorbiendo cada momento, cada risa, cada giro en la pista de baile. Era un contraste fascinante: ella, hija de alguien tan poderoso y serio, desbordando energía juvenil en la Feria, como si le perteneciera.

No pude evitar fijarme en cómo Álvaro la observaba de lejos, siempre con esa mirada seria, casi distante. Él era el tipo de hombre que, a pesar de estar rodeado de gente, parecía como si su mente estuviera en otro lado. Me pregunté si alguna vez se permitía relajarse, si realmente disfrutaba de esos momentos. Porque, por mucho que pareciera un hombre de negocios intachable, algo me decía que Álvaro Roldán, estaba más solo de lo que su presencia en la feria dejaba ver. Su mirada, tan calculadora, tan imponente, se sentía como un muro, como si, por mucho que estuviera rodeado de su gente, no perteneciera a ese lugar.

Decidí que no lo iba a pensar mucho. Me centré en el trabajo, en ayudar a poner las mesas, en organizar las sillas y en la música, que ya estaba resonando por toda la caseta. Y, María, esa loquita adorable, estaba ahí canturreando como si fuera parte del coro de Los del Río.

—*Sevilla tiene un color especial. Sevilla sigue teniendo su duende…* —Sonreí al escucharla cuando pasó por mi lado y me cogió por la cintura para hacerme girar.

Las dos íbamos monísimas con el vestido de flamenca, el suyo en blanco con volantes rojos y el mío en azul marino con volantes blancos.

Y sí, siempre había algo de locura cuando estábamos todos juntos, entre risas y chistes, pero había algo en el aire que no podía ignorar. Era la tensión de la feria, el hecho de que todos, de una manera u otra, estábamos buscando algo que no sabíamos muy bien qué era. Quizás era la búsqueda de conexión, quizás solo una excusa para dejarse llevar, pero fuera lo que fuera, era algo que se sentía en cada rincón.

De repente, me vi rodeada de gente bailando sevillanas. Y entonces, como un golpe de inspiración, o tal vez por puro aburrimiento, me vi a mí misma en medio de la pista de baile, moviéndome con gracia, aunque un tanto descoordinada. Porque aquí, en la feria, de una manera casi camuflada, también se celebraba una competencia no oficial de "¿quién sabe bailar mejor?".

Y allí estaba yo, en medio de esa competencia sin quererlo. Como si algo invisible me empujara a participar, como si, de alguna manera, la feria me estuviera reclamando también en ese terreno. Los pasos de sevillanas que había aprendido de pequeña salían sin pensarlo, aunque con una torpeza que me hacía sonrojar, pero no importaba. En ese ambiente, todos éramos iguales, todos bailábamos al son del alma, sin importar si éramos expertos o principiantes.

Entonces fue cuando lo vi. Álvaro, mirándome desde el borde de la pista, con su copa en la mano, casi como si estuviera observando una escena en la que no encajaba. Sus ojos brillaban, pero no era por la luz de la caseta, sino por algo más, algo que no supe definir. Vi su sonrisa torcida, como si no pudiese decidir si aquello era ridículo o fascinante. Y, como no podía ser de otra manera, se acercó.

—¿Te atreves a bailar conmigo? —me preguntó, con una sonrisa irónica. Su tono era suave, pero había algo en sus ojos que me hizo sentir que no estaba pidiendo un simple baile.

—¿Usted bailando, señor Roldán? —le respondí, con una risa nerviosa. No era fácil pensar en Álvaro como alguien que pudiera moverse al ritmo de una sevillana. De hecho, me resultaba casi cómico.

¿Un hombre tan serio, tan imponente, bailando en medio de la locura de la Feria?

—No soy un mal bailarín, ya verás. —Su mirada era tan desafiante que no pude resistirme. Además, si iba a seguir con la broma, más valía que me metiera en ella.

Así que, con un suspiro, acepté. Me dejó claro desde el principio que su baile no era precisamente el de un experto, pero lo intentó. Y eso, de alguna manera, me pareció aún más divertido. Vi su cara de concentración, como si de verdad estuviera poniendo todo su empeño, y no pude evitar reírme. Álvaro tenía esa capacidad de hacerte sentir que la situación podía ser más ligera de lo que pensabas. Era casi un juego. Un juego que, sin darme cuenta, me estaba llevando más allá de lo que imaginaba.

Mientras giraba en sus brazos, sentí esa rara mezcla de nervios y emoción. Porque, aunque intentaba mantener la compostura, había algo en él que descolocaba todos mis planes. No solo me estaba divirtiendo, sino que, al mirarlo, algo más estaba naciendo en mí, algo que no podía

identificar, pero que empezaba a dejarme sin aliento. Su cercanía, su manera de moverme, todo eso estaba provocando una tensión que ni siquiera sabía cómo manejar.

Cuando la música terminó, nos quedamos allí, en medio de la pista de baile, como si no supiéramos muy bien qué hacer después de haber cruzado esa línea invisible entre ser solo dos conocidos y algo más. La tensión era palpable, pero ambos sabíamos que aún no podíamos decir nada. Todavía no.

—No eres tan mala, Lucía. —dijo él, sonriendo mientras me dejaba ir suavemente, como si acabara de hacer algo de lo que no estaba seguro si era correcto.

—Y usted, sorprendentemente, tampoco —respondí, en un tono sarcástico, pero agradable. La sonrisa que nos cruzamos en ese momento era todo lo que necesitaba saber.

Álvaro no era el tipo de hombre al que pudiera ignorar por mucho tiempo. Había algo en su actitud, en su manera de mirarme, que despertaba algo en mí que no podía ser ignorado, no después de esos meses en los que sentía que me atraía, y no solo por su físico.

—Nos vemos más tarde —dijo, alejándose entre la multitud, pero dejándome con una sensación extraña.

Quizás esta Feria de Abril no iba a ser tan predecible como pensaba. Sabía que, en algún punto, el camino que estaba tomando mi vida con Álvaro se cruzaría nuevamente. Y algo me decía que las próximas horas en la feria tendrían más sorpresas de las que me imaginaba.

Mientras observaba cómo se perdía entre la multitud, me sentí invadida por una sensación de incertidumbre. Esta feria no iba a ser como las demás. Algo había cambiado, y lo sabía. La noche apenas comenzaba y al igual que la feria, yo también tenía mucho que descubrir.

Me encontraba tras la barra poco después cuando vi aparecer a mi hermana Marina. Estaba preciosa con su vestido rosa y volantes negros, sonriendo y caminando como si fuera la reina de la feria.

—Un rebujito para la hermana más guapa de toda Sevilla —dije mientras se lo servía.

—Tú lo que quieres es emborracharme, jodida —rio.

—Que no, que no, que solo quiero que te diviertas —sonreí, y la mirada se me fue hacia donde estaba Álvaro, que charlaba con un hombre alto, no tanto como él, moreno y con gafas de pasta.

—¿A quién miras con tanto interés? —curioseó Marina, que miró hacia la misma dirección en la que yo lo hacía —¿Al de gafas o al otro?

—Al otro —me sonrojé. —Es el padre de una de mis alumnas.

—No tienes mal gusto, hermanita —sonrió.

—Qué capulla eres —negué.

—Oye, ¿para tu hermano favorito no hay un rebujito? —escuché que decía mi hermano Pablo.

—No —contestamos Marina y yo, al unísono.

—Joder, sois mi segunda y tercera madre, qué cruz —volteó los ojos. —Yo debería haber sido el mayor.

—Pero llegaste tarde y por sorpresa, se siente —me encogí de hombros.

—Hermana, ya sabes lo que dicen, lo bueno se hace esperar.

—La madre que parió al piojo este —soltó Marina.

—La misma que a ti —dijo él.

—Venga, un refresco para el niño más guapo de toda la caseta —le puse uno y sonrió de medio lado.

—Pues está animada —comentó, mientras miraba alrededor.

—Sí, la verdad es qué, sí. ¿Será porque están aquí todos mis alumnos?

—¿Y ellos también beben refrescos? —Arqueó la ceja.

—Ellos beben lo que les dejen sus padres.

—O sea, son un año menor que yo, y aquí estoy, con una cola en vez de un rebujito. Qué valor el vuestro, hermanas, qué valor —suspiró. —Me voy a dar una vueltecita por la caseta.

Y se fue, saludando a algunos de mis alumnos a los que él conocía de cuando estaba en el instituto.

Mi hermana se tomó un rebujito más conmigo y después siguió con los refrescos. María la cogió por sorpresa y se la llevó a bailar a la pista, algo que no me perdí y que grabé con el móvil.

Álvaro y yo de vez en cuando cruzábamos miradas, pero él seguía hablando con ese hombre que debía ser amigo suyo, y yo, dedicándome a la caseta.

Poco después lo vi acercarse, sonriendo, acompañado de ese hombre.

—Dos rebujitos, por favor —me pidió el otro.

—Ahora mismo —sonreí.

—Soy Julián, por cierto —me tendió la mano. —Algo así como el tío de Claudia —sonrió.

—Pues, encantada, señor Julián. Yo soy Lucía.

—No, no, no. Nada de señor, Julián, y ya —rio.

—Vale —puse los rebujitos y cuando Álvaro cogió el suyo, me rozó los dedos con la yema de los suyos y sentí un escalofrío.

Me miró un tanto sorprendido, como si él también lo hubiese notado.

Se acercaron algunos padres más para pedir, los atendí, y después vi que mi hermana regresaba conmigo.

—Por Dios, ¿qué ha bebido María, *Red Bull*? Esa mujer tiene una energía… Y yo no puedo más con los tacones —resopló.

—Toma, un refresco —reí mientras se lo daba.

—Lo mejor para eso es un buen masaje —dijo Julián, mirando a mi hermana, que al levantar la vista y encontrarse con los ojos marrones de él, se sonrojó.

—Pocos masajistas veo yo aquí —contestó ella.

—Julián Gómez, socio de Álvaro y masajista *amateur* —le tendió la mano, y nos tuvimos que reír las dos, porque el hombre desde luego que tenía un salero impresionante.

—Ni caso, lo de los masajes es mentira —dijo Álvaro.

—Sabrás tú, vamos. ¿Es que te he dado alguno? —protestó, arqueando la ceja.

—Ni quiero, vamos —rio Álvaro.

—Si quieres un masaje, yo te lo doy encantado.

—Julián, que me estás asustando. ¿Eres un fetichista de pies, de esos? —pregunté.

—Soy un fetichista de las mujeres guapas —contestó, haciéndome un guiño.

—Y descarado también es, desde luego —rio mi hermana.

—Pero no me dice el nombre, hay que ver —suspiró Julián.

—Se llama Marina, y es mi hermana mayor —contesté.

—Marina, un placer conocerte —Julián, de lo más caballeroso, le cogió la mano y le dio un beso en el dorso.

No me pasó desapercibido el momento en el que vio el anillo de ella, ese símbolo que definía su condición de mujer casada, aunque ya no lo estuviera.

—Un hombre con suerte el que puso este anillo —dijo Julián con una sonrisa, y mi hermana se quedó en silencio, pero le brillaron los ojos.

—Si me disculpáis —Marina se levantó y fue hacia la salida de la caseta, y yo sabía a dónde iba.

—¿He dicho algo que le ha molestado? —me preguntó Julián, con una preocupación evidente en el rostro.

—No —sonreí. —Es solo que cuando recuerda ese momento, se entristece.

—Bueno, es normal, dicen que una boda es el día más importante y especial para la novia.

—Sobre todo cuando el marido falleció solo un año después —dije. —Disculpadme.

Julián se había quedado mirándome con los ojos muy abiertos, sorprendido por mi respuesta. Salí de la caseta y fui hacia donde sabía que encontraría a mi hermana.

Sonreí al verla junto al árbol en el que ella y mi cuñado se besaron por primera vez cuando no tenían más que dieciséis años, ese momento en el que supieron que nunca iban a separarse, hasta que lo hicieron diez años después.

—Marina —la llamé bajito y ella se giró. —Ay, hermana —la abracé al verla llorando.

—Le sigo echando de menos, Lucía.

—Lo sé, cariño, pero tienes que darte la oportunidad de vivir y volver a sentir algo por alguien.

—No puedo, siento que le fallo si lo hago.

—Sabes que Fran no querría verte sola y muerta en vida, te lo dijo.

—Y yo no puedo estar con otro, Lucía.

—Sí, sí que puedes, pero no quieres. Y te digo una cosa, Marina —le sequé las lágrimas mientras la miraba fijamente. —Algún día aparecerá alguien que te haga sentir cosas que están ahora dormidas, y volverás a amar. No como a Fran, porque eso sería imposible, pero sí de otro modo, y podrás hacerlo porque aquí —le toqué el corazón —Fran vivirá para

siempre y deja hueco para esa persona a la que tú decidas querer el resto de tu vida.

—Qué bien hablas, jodida.

—Mientras me hagas caso —sonreí. —Anda, vamos a la caseta por otro rebujito. —Me agarré de su brazo y comenzamos a caminar —¿Dejamos a Pablo tomarse uno? Que tiene dieciocho años y nosotras a su edad también los tomábamos.

—Pero solo uno, que ese niño no está acostumbrado a beber y lo mismo se le va de las manos y acaba cantando en medio de la pista.

—Con lo vergonzoso que es, te juro que eso lo grabo para que lo vea mañana —reí.

Regresamos a la caseta y vi que Álvaro y Julián ya no estaban. Una lástima, porque me habría gustado compartir otro baile con él.

Capítulo 5

Álvaro

No solía dejarme llevar. Nunca.

Mi vida estaba perfectamente diseñada como una hoja de Excel con fórmulas que no fallaban, valores fijos y márgenes de error inexistentes. Y eso me gustaba. Me daba seguridad. Me daba control.

Pero esa tarde, en medio del caos organizado que es la Feria de Abril, supe que algo en mí había empezado a desordenarse.

Lucía.

No paraba de pensar en ella.

La primera vez que la vi fue en el instituto de Claudia. Acababa de salir de una reunión por videollamada con un grupo de inversores noruegos cuando recibí el mensaje de Claudia: *"Papá, hoy necesito que vengas tú a hablar con mi profe. La abuela no puede".*

Pocas veces me hacía ese tipo de peticiones, así que cancelé mi siguiente llamada y me presenté allí. No esperaba encontrarme con una mujer como Lucía. Me recibió en el pasillo, al final del día, con una carpeta en la mano, el pelo algo revuelto y una expresión que mezclaba cansancio con dulzura. Vestía con sencillez, pero había una elegancia natural en su forma de estar. Me habló de Claudia con una mezcla de franqueza y ternura que no estaba acostumbrado a ver, y cada palabra suya se me fue quedando en la cabeza más tiempo del que era razonable.

Desde aquel día, aparecía en mi mente con más frecuencia de la que quería admitir, y de eso habían pasado varios meses.

La había vuelto a ver hacía poco en ese mismo pasillo, cuando fui a recoger a Claudia y, como una excusa pobre y barata, le dije a mi hija que iba a informarme sobre su rendimiento escolar, solo para verla a ella.

También me la encontré en la calle, sin saber que ella estaría por allí, cuando fui a ver a algunas de mis primas para hablar sobre el regalo que querían hacerle a mi madre por su cumpleaños.

Y hoy, en la feria, la volví a ver.

Con ese vestido azul marino de flamenca, con volantes blancos, tan distinta a todo lo que conocía, pero tan terriblemente magnética.

Yo había ido con la intención de acompañar a Claudia y cumplir con lo que se esperaba de un padre comprometido. Tenía la excusa perfecta: la caseta de la escuela necesitaba voluntarios. Me acerqué, saludé a varios padres y profesores, y mientras Claudia se unía a sus amigas, vi a Lucía, sonriendo mientras servía bebidas tras la barra.

Su risa, su forma de moverse, la manera en la que su mirada se detenía un segundo más de lo necesario en las personas. Era como si el mundo no pudiera girar del todo sin contar con ella.

—Tierra llamando a Álvaro —escuché a mi lado, y vi a Julián.

Mi primo, socio, cómplice, y esa voz molesta de la conciencia que a veces tenía más razón de la que me gustaría.

—Estás embobado —añadió, dándome un codazo. —¿Te has fijado en lo que estás mirando desde hace cinco minutos?

—Estoy observando el ambiente —dije, aunque ni yo me lo creía.

—¿Ambiente? —se rio con una carcajada ronca —Di más bien, Lucía, directamente.

No contesté. Él me miró como si acabara de descubrirme en un delito.

—Te has enamorado como en los boleros, primo.

—No digas tonterías —negué con la cabeza.

—¿Tonterías? Has venido a esta feria con el ceño fruncido y cara de expediente clasificado, y ahora estás con esa cara de adolescente a punto de declararse en el recreo. Si eso no es un bolero, que baje Armando Manzanero y lo diga.

—No seas ridículo. Solo me parece… interesante. —No, no le había contado lo que me pasaba desde hacía unos meses.

—Interesante —repitió, alzando las cejas. —Me encanta cuando te agarras a los eufemismos como a un salvavidas.

No le respondí, porque lo peor de todo era que tenía razón, como siempre.

Claudia no tardó en notarlo tampoco, pero es que mi hija tenía un radar emocional que yo no había conseguido descifrar nunca.

—Papá, ¿por qué te quedaste mirándola tanto cuando bailaba?

—¿Qué dices?

—Lo que has oído, primo —rio Julián.

—No te hagas el loco —bufó, divertida. —Estabas, que ni parpadeabas.

—Es tu profesora —me limité a decir.

—Ya… claro. Y yo soy astronauta —resopló.

—Claudia —la reprendí.

—Sobrina, soy tu fan —mi primo chocó los cinco con ella.

—Mira —dijo encogiéndose de hombros. —A mí me cae genial, y no estoy diciendo nada raro, ¿vale? Solo… que, si te gusta, pues bien, no pasa nada. De hecho, mejor que empieces a fijarte en alguien real y no en tus gráficas del mercado.

Sonreí al escucharla y ver el modo en el que volteaba los ojos.

—¿Y desde cuándo das tú, consejos de vida?

—Desde que tengo que ver cómo le echas miradas a la profe mientras finges que sabes servir rebujitos.

Y dicho eso, se fue con varios de sus compañeros, donde estaba también un chico alto que no era de su clase, pero que había hablado con Lucía, dejando a su padre CEO, o sea, a mí, entre copas, farolillos y pensamientos desordenados.

Esa noche, después de intentar mantener la compostura mientras ella servía bebidas con una sonrisa que le nacía desde dentro, algo en mí se quebró del todo cuando la vi bailar.

Lucía, en medio de la pista de la caseta, giraba y sonreía con una gracia imperfecta, natural. No era una bailaora profesional, y justo por eso era hipnótica, porque no bailaba para ser admirada, bailaba porque le salía del alma.

Sentí un impulso. No lo pensé y fui hacia ella.

—¿Te atreves a bailar conmigo? —pregunté, y me miró con sorpresa. No sabía si estaba tentada o asustada.

—¿Usted bailando, señor Roldán?

—No soy tan malo como parezco —respondí, ofreciéndole la mano. Ella aceptó, y el mundo se detuvo.

Nunca había sido un gran bailarín. De hecho, lo más parecido a una coreografía que tenía en mi historial era ordenar los documentos del escritorio por color. Pero en ese momento, con Lucía tan cerca, su mano en la mía, sus ojos que a veces se reían solos, me olvidé de todo. De la empresa, de los números, de los protocolos…

Nos movimos torpemente, sí, pero con algo más poderoso que el ritmo: conexión.

Al terminar la sevillana, con nuestras manos aún unidas, nos miramos sin decir nada. Y en ese silencio, entendí que acababa de cruzar una frontera

invisible. Una que no sabía si podía o debía cruzar, pero que ya había dejado atrás.

Más tarde, mientras tomaba algo con Julián después de que nos hubiéramos acercado a hablar con Lucía y nos presentara a su hermana, de quien, por cierto, mi primo no hablaba, pero tampoco le quitaba los ojos de encima, él seguía con su interrogatorio.

—¿Y entonces qué? ¿Vas a invitarla a salir?

—No estoy seguro de que sea buena idea.

—¿Desde cuándo lo "bueno" te frena?

—Desde que tengo una hija, una empresa y una reputación que mantener.

—Ya, ya… el CEO correcto, el padre modelo, el hombre de corbata. Mira, Álvaro —dijo dándome una palmada en el hombro, —a veces la vida te pone a alguien delante no para encajar en tu plan, sino para destrozarlo y hacerte uno mejor.

Me quedé en silencio. Volví la mirada a la caseta, justo cuando Lucía y su hermana regresaban riendo. Vi cómo Lucía saludaba a sus alumnos, cómo organizaba a los padres, cómo se reía con la gente. Y no supe en qué momento exacto lo sentí, pero era real.

La atracción no era solo física, no, era otra cosa. Una necesidad de estar cerca. De escucharla hablar. De saber qué la hacía llorar de risa o de rabia. Quería conocerla. Quería que me conociera.

Me quedé mirando cómo desaparecía tras la barra y pensé: *Estoy jodido.*

—Te ha dado fuerte, ¿eh? —susurró Julián con una sonrisa traviesa.

—¿Te callas ya?

—No. Porque tú no sabes lo que es esto, pero yo sí —dijo mirándome, con una extraña seriedad por un instante. —Es amor, primo. Amor del bueno. Del que te arrasa sin permiso. Como en los boleros.

Me reí, porque no podía hacer otra cosa. Porque Julián, el payaso, el cómplice, el masajista improvisado de la vida, tenía toda la razón del mundo. Y porque, por primera vez en mucho tiempo, no tenía ni idea de cómo iba a terminar algo.

Pero sí sabía una cosa. Lucía ya estaba dentro de mi caos. Y yo no quería salir de él.

Capítulo 6

Lucía

La feria seguía su curso, y no pude evitar quedarme atrapada en su magnética locura. Ya era viernes, el día en que todos se desbordaban de entusiasmo y de un poco de vino, y yo estaba justo en el centro de todo.

Aunque intentaba no hacerlo, la verdad es que estaba disfrutando. Claro, las tareas de la caseta y los bailes no eran precisamente lo que me hacía sonreír; era más bien esa sensación de estar en un lugar vibrante, lleno de vida. Un respiro de todo lo que ocurría en mi día a día.

Sevilla nunca dejaba de sorprenderme, y durante la feria era como si todo lo demás desapareciera, como si la ciudad respirara de una manera completamente diferente. El bullicio, las carcajadas, el sonido de las sevillanas, la música que llegaba desde todas las direcciones… Todo eso formaba una atmósfera que me absorbía por completo, haciéndome olvidar, aunque fuera por unas horas, todo lo que tenía en mi cabeza.

Sin embargo, la sensación no me duró mucho. La tarde empezó a tomar otro giro cuando Álvaro apareció, como si el universo estuviera poniendo a prueba mi resistencia a las situaciones incómodas. La feria, ese lugar donde todo se volvía más grande, más vivo, también se tornaba un poco más complicado de lo que había anticipado.

Me vio de lejos, cuando estaba hablando con su hija Claudia sobre lo que íbamos a hacer con las mesas y la decoración de la caseta. Lo vi acercarse, elegante como siempre, con su traje perfectamente cortado y esa mirada que

hacía que el aire se volviera pesado. Había algo en su presencia que me ponía en alerta, como si, sin quererlo, pudiera cambiar la dinámica de todo lo que estaba ocurriendo. Era la feria, pero con él cerca, todo se volvía diferente, más intenso.

—¿Lucía? —me llamó, y de inmediato una extraña mezcla de incomodidad y emoción se apoderó de mí. ¿Por qué me sentía así? ¿No se suponía que esto debería ser solo un juego?

Solo una parte de la feria, solo una broma entre los dos. Pero algo en su voz, en la forma en que me miraba, me decía que tal vez no estaba tan claro.

—¡Álvaro! —dije con un tono un poco más alto de lo que planeaba, como si estuviera sorprendida, aunque en realidad lo estaba. Pensaba que no lo vería hasta la noche.

De alguna manera, me había hecho la idea de que las interacciones que tendríamos en la feria serían ligeras, divertidas y nada más.

—¿Cómo estás? —preguntó, sin perder su compostura, pero con una ligera sonrisa que mostraba que la situación no era tan seria como él solía mostrar.

Como si tratara de aligerar el ambiente, de hacer que todo fuera más fácil de llevar. Sin embargo, la tensión seguía ahí, y esa sonrisa no alcanzaba a disimularlo completamente.

—Bien, bien… —respondí, mirándolo de arriba a abajo. Si él quería seguir con esa imagen de hombre inalcanzable, yo no pensaba hacerle fácil el trabajo.

La verdad, me gustaba verlo incómodo. Había algo en él que me descolocaba, y de alguna manera, eso me hacía querer desafiar esa perfección con la que se presentaba siempre. Pero sabía que no podía seguir el juego por mucho tiempo. Su presencia comenzaba a incomodarme más de lo que pensaba.

Nos quedamos mirando durante unos segundos, no sabiendo si esa situación era natural o no. Todo lo que había sido simple y ligero hasta ahora se había complicado con su aparición, como si de repente la feria hubiera dejado de ser una celebración y se hubiese convertido en un campo de pruebas.

—Papá, ¿te tomas un rebujito? —le preguntó Claudia —Hoy voy a ayudar a Lucía con todo —sonrió.

—Claro, me tomo uno —contestó con esa sonrisa que cautivaba.

Y fue en ese momento cuando todo se complicó aún más, porque, como siempre, la realidad tenía su manera de interrumpir las conversaciones.

—¿Álvaro? —una voz femenina interrumpió el silencio. Me giré y me encontré con una mujer alta, exuberante, con una camisa y una falda ceñidas, que se veía especialmente encantada de estar allí. No sabía quién era ella, ni qué había pasado entre ellos, pero las miradas furtivas que se intercambiaban me decían más que mil palabras. Y algo en mi interior se removió. Esa situación, que ya era incómoda de por sí, de repente me pareció mucho más compleja.

La tensión era palpable, y todo lo que había estado sintiendo con Álvaro en los últimos días pareció desmoronarse en un instante. Él se quedó mirando a esa mujer como si estuviera esperando una reacción, mientras que ella lo miraba como si hubiera ganado la lotería. Y yo… yo me quedé allí, atrapada en un lugar que no entendía del todo.

—Paula… —dijo Álvaro con una sonrisa algo forzada, intentando mantener su postura, aunque en su voz se percibía que algo había cambiado.

—Álvaro, qué sorpresa verte aquí —la mujer se acercó a él, con un tono cálido que no dejaba lugar a dudas. No pude evitar sentir una ligera punzada de celos, aunque no había nada entre nosotros.

—Lucía, te presento a Paula. Una antigua amiga —Álvaro me presentó de una manera casi automática, como si aquello fuera un trámite más de la noche.

—¿Antigua amiga? —Ella arqueó la ceja —Hemos compartido cama, querido, no lo ocultes —sonrió con malicia. —Encantada de conocerte, Lucía —me dijo con la mano extendida, aunque podía ver en sus ojos que ella no estaba tan emocionada por conocerme como me quería hacer creer.

Su sonrisa era amable, pero algo en su mirada me decía que había algo más detrás de esa cordialidad. ¿Era acaso una exnovia celosa, o había algo más?

No sabía qué hacer, ni qué decir. Me quedé allí, sonriendo de manera forzada mientras los dos intercambiaban miradas que no dejaban nada claro.

La situación me incomodaba, y, aunque intentaba no dejar que me afectara, no podía evitar sentirme incómoda. La feria, que había sido un escape, ahora se había convertido en un campo de batalla emocional. Mientras tanto, Claudia, al ver la situación, comenzó a acercarse lentamente. ¿Qué estaría pensando? Seguro que no tenía ganas de ver a su padre interactuar con su ex, no por lo menos delante de ella.

—Bueno, yo ya me voy —me adelanté a romper el silencio incómodo, forzando una sonrisa. No quería estar allí, no quería quedarme observando cómo los tres intercambiaban palabras mientras yo me convertía en una especie de espectadora extraña. Aunque realmente no sabía por qué me molestaba tanto. ¿Qué derecho tenía yo a ponerme celosa si no tenía nada con ese hombre? Que me gustaba, sí, pero nada más.

Salí de la caseta sin mirar atrás, sin saber muy bien si la huida era una forma de protegerme o de salir de una situación que no quería enfrentar. En el fondo, sabía que no había nada entre nosotros, que Álvaro solo era un

hombre que me caía bien y que la feria tenía una manera extraña de juntar a las personas.

Me concentré en reponer bebidas y aperitivos para que María y un par de alumnos más fueran poniendo en las mesas, pero no podía dejar de mirar a cada poco hacia donde estaba Álvaro.

—Esa mujer es odiosa —me giré al escuchar la voz de Claudia.

—¿Quién?

—Paula —suspiró. —Tuvo algo con mi padre durante unos meses, quería convertirse en mi madre, pero por suerte, mi padre no quería nada serio con nadie. De eso hace ya tres años, pero ella sigue buscándolo cada cierto tiempo. Así, de forma "casual" —dijo entrecomillando esa palabra. —No la aguanto. Quería que mi padre me llevara a un instituto interno solo para chicas; decía que en uno mixto corría el peligro de quedarme embarazada —volteó los ojos.

—Bueno, no se les ve tan mal juntos.

—Profe, créeme, mi padre no quiere nada con Paula, pero ella insiste. Es como si su meta en la vida fuera cazar al CEO multimillonario y quitarme de en medio a mí.

—No pienses así, cariño —sonreí, mientras le acariciaba la mejilla. —Todas las mujeres de este mundo estarían encantadas de tenerte como hija.

—Y a ti como madre, que eres mayor, pero molas mucho. Eres muy enrollada, profe —me dio un abrazo.

Se fue para llevar unas bandejas de jamón a las mesas y yo me quedé allí sonriendo mientras la veía. No había mentido al decirle eso, pues esa niña era un amor y de lo más cariñosa.

Vi aparecer a mi hermano por allí, se acercó a saludarme y se quedó a echarme una mano en la barra al ver que tenía mucha tarea. Después se fue

a tomar una copita con mis alumnos.

La noche pasó y, aunque me encontraba rodeada de amigos, en algún lugar de mi mente seguía pensando en cómo la aparición de Paula había alterado la calma que pensaba que había alcanzado. Me sentía extraña, como si algo se hubiese roto sin que yo lo hubiera anticipado, y esa sensación se apoderó de mí durante toda la noche. Sabía que no debía darle más vueltas, que la Feria no era el lugar para pensar en esas cosas, pero no pude evitarlo.

Y menos aun cuando los vi marcharse juntos.

Mientras iba de vuelta a casa al acabar la noche, me di cuenta de que estaba viendo todo con una perspectiva diferente. Álvaro y su mundo, el peso que traía consigo, la presencia de Paula, era todo un enredo que no había anticipado.

Cuando me metí en la cama, me encontré a mí misma preguntándome si Álvaro pensaba en las mismas cosas que yo, si él también sentía esa extraña tensión que se estaba formando entre nosotros. Porque estaba ahí, en cada momento en el que se había acercado a mí, cuando bailamos, cuando me rozaba la mano, cuando su mirada se quedaba fija en mí el resto de la noche…

Aunque tal vez esto no eran más que imaginaciones mías, y Álvaro Roldán simplemente estaba siendo amable conmigo.

Capítulo 7

Álvaro

La Feria de Abril estaba siendo un éxito, como siempre lo fue, y siempre lo sería. Para mí estaba siendo una semana intensa, llena de risas, música y, sobre todo, encuentros inesperados. Pero lo que más me había marcado no había sido el bullicio de la feria ni las sevillanas en la caseta, sino el reencuentro con Paula.

Nunca imaginé que volvería a verla. Después de todo lo sucedido, creí que nuestras vidas habían tomado rumbos diferentes. Pero allí estaba ella, en medio de la feria, como si el tiempo no hubiese pasado.

Al principio, todo fue cordial. Un saludo, una sonrisa, palabras amables… Pero algo había cambiado. La tensión en el aire era palpable, y no solo por la multitud que nos rodeaba. Había algo entre nosotros que no podíamos ignorar.

Paula parecía más segura de sí misma, más decidida. Y yo, yo no sabía qué pensar de esa mujer a la que ya hacía fuera de mi vida. ¿Qué quería realmente? ¿Por qué había aparecido allí?

Yo estaba hablando con Lucía y con mi hija, tranquilo, relajado, completamente ajeno a lo que ocurriría en apenas cuestión de segundo.

Había llegado con la intención de disfrutar de la compañía de mi hija, de los demás padres, de sumergirme en el bullicio sin pensar en nada más. Pero entonces, la vi. Paula. Apareció en la caseta como si nada hubiera

pasado, como si el tiempo no hubiera transcurrido desde nuestra última conversación. Y lo peor de todo: me sentí incómodo.

No era solo su presencia lo que me perturbaba, sino la manera en que se acercó, cómo me miró con esa sonrisa que conocía demasiado bien. Intenté mantener la calma, sonreír como siempre, pero por dentro, algo se retorcía. Sabía que no quería que estuviera allí, que su aparición solo complicaba las cosas.

Saludó, le presenté a Lucía, más por cordialidad que porque quisiera que se conocieran, y solo unos minutos después Lucía se marchó, visiblemente incómoda.

No iba a negar que ella me atraía, como tampoco me pasó desapercibido que ella también sentía algo por mí. Lo vi en sus ojos, lo había notado en sus gestos y sonrisas durante los momentos compartidos en la caseta.

Lucía estaba cerca, hablando con Claudia, ajena a la situación, y decidí que era hora de hablar con Paula, aclarar las cosas de una vez por todas. Así que, en el momento en el que nos quedamos solos, me la llevé de allí.

—¿Qué pasa, Álvaro? —preguntó, cruzando los brazos mientras me miraba.

Respiré hondo, buscando las palabras adecuadas.

—Te dejé claro que no quería que me buscaras más —comencé, sin rodeos. —No quiero que estés aquí.

Paula me observó en silencio durante un momento, y luego soltó una risa suave.

—¿No quieres que esté aquí? —repitió, como si la idea le pareciera absurda —No seas tonto, Álvaro. Sabes que siempre hemos estado bien juntos. ¿Por qué negarlo?

Su cercanía me incomodó aún más. Intenté dar un paso atrás, pero ella lo notó y me detuvo con una mano en el brazo.

—¿Qué te pasa? —preguntó, esta vez con tono serio —¿Por qué me rechazas así?

—Porque no quiero nada contigo —respondí, más firme que antes. —Las cosas entre nosotros se acabaron, y no hay marcha atrás.

Paula me miró fijamente, como si estuviera evaluando mis palabras.

—Más te vale pensarlo bien antes de decidir alejarme de tu vida definitivamente —dijo finalmente, con voz baja, pero cargada de amenaza, y no me pasó desapercibido el modo en el que miraba de reojo hacia la caseta, como si hubiera visto algo entre Lucía y yo minutos antes.

Sin esperar una respuesta por mi parte, se dio media vuelta y se alejó, dejándome allí, con el peso de sus palabras resonando en mi mente.

Me quedé en el mismo lugar durante unos minutos, procesando lo que acababa de ocurrir. ¿A qué se refería Paula con aquello? ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza ahora a esa mujer? Las dudas comenzaron a invadir mi mente, pero las aparté con un esfuerzo consciente. No podía permitirme dudar ahora.

Decidí regresar a la caseta, busqué a mi hija, que estaba hablando con el mismo chico de la otra vez y se apartó de ella evitando mi mirada, y le dije que tuviera cuidado y no volviera muy tarde a casa. Ella me dio un beso en la mejilla y me pidió que no la esperara despierta. Solo que los dos sabíamos que lo haría porque me encerraría en el despacho a trabajar.

Regresé a casa esa noche con la mente llena de preguntas y con la sensación de que esta nueva aparición de Paula no podía ocurrir en peor momento. Traté de concentrarme en el trabajo, en las tareas pendientes, en cualquier cosa que me distrajera de los pensamientos que me asaltaban. Pero era inútil. Paula y sus dudosas intenciones estaban en mi cabeza, y no podía sacarlas.

Horas después, mientras revisaba unos papeles que Clara me había enviado, me llegó un mensaje al móvil y sonreí al ver que era una foto de mi hija con Lucía. Ambas sonreían, disfrutando de la feria. En otra imagen, estaban bailando juntas, y riendo como si nada más importara.

Observé esas fotos durante un largo rato, sintiendo una punzada en el pecho. ¿Qué tenía Lucía que me hacía sentir aquello que juré no sentir nunca más? ¿Por qué su presencia me desbordaba de esa manera?

Me levanté de la silla y me acerqué a la ventana. Miré las luces de la ciudad, intentando encontrar algo que me diera respuestas, pero no las tenía. No sabía qué hacer con lo que sentía, ni cómo manejar la situación.

Lo único que sabía era que Paula había vuelto a mi vida, y con ella, todo lo que había intentado dejar atrás.

Suspiré, fui a prepararme un café y me acomodé en la terraza para tomarlo. En ese momento sonó mi móvil y vi un mensaje de mi primo preguntando dónde me había metido, puesto que habíamos quedado en vernos en la caseta del instituto de mi hija.

Álvaro: *Estoy en casa.*

Julián: *Yo te mato, primo, te juro que te mato. Vamos a ver, ¿no habíamos quedado? ¿Por qué no has venido?*

Álvaro: *Para tu información, sí he ido, pero me he vuelto a casa. Apareció Paula, así, como por casualidad, y no quería seguir de fiesta. No sé qué intenciones tiene ahora, si hace meses que no me buscaba y creí que de verdad ya le había quedado claro.*

Julián: *Por Dios, ¿esa sanguijuela aún sigue respirando? ¿Qué quería, además de joderte la noche? En serio, esa mujer siempre sabe dónde encontrarte, nunca aparece por casualidad. ¿No ha encontrado a otro ricachón al que querer desplumar?*

Álvaro: *Se ve que no, solo espero que no me busque más. El caso es…*

Le conté por mensaje lo que me había dicho Paula, esa especie de amenaza velada, pero que, conociéndola, podría llevar a cabo de algún modo y no sabía cómo, y me dijo que tendría que haber puesto remedio a eso mucho antes y sí, debería haberlo hecho, pero esa mujer me atraía y me hacía sentir bien, hasta que metió a mi hija por medio y quiso que la apartara de mi vida.

Nadie, nunca, jamás, bajo ningún maldito concepto, haría que dejara a mi hija o la apartara de mi vida. Ella era mi prioridad, siempre lo sería, y la mujer que me quisiera tendría que entenderlo y aceptar que Claudia era parte del pack, como si fuéramos yogures indivisibles.

Julián: *¿Y qué pasa con Lucía? Porque esa mujer te gusta, y no me digas que no.*

Buena pregunta… ¿Qué pasaba con Lucía? ¿Qué me pasaba a mí con ella?

Que me gustaba, sí, que me atraía, y que en apenas unos meses se me había metido en la cabeza de un modo que no entendía ni yo mismo. Y sentía que le debía una explicación, o al menos decirle… ¿Qué? ¿Qué podría decirle sobre lo que había pasado esta noche?

Porque a ojos de ella, yo me había ido con esa mujer, y aunque entre Lucía y yo no había nada, no iba a fingir que no quería que lo hubiese.

Quería conocerla, quería poder invitarla a cenar o a lo que fuera porque no era tonto, sabía de señales y los dos parecíamos emitir en la misma frecuencia el hecho de que entre nosotros había conexión y atracción a partes iguales.

Así que, sí, debía hablar con ella y decirle que esa mujer no significaba nada para mí.

Álvaro: *Hablaré con ella en cuanto pueda.*

Fue mi respuesta, y él contestó que hacía bien en, al menos, querer dejar algunas cosas claras.

Me tomé el último sorbo de café y antes de irme a la habitación, escuché la risita de mi hija en la puerta. Fruncí el ceño y, sin querer ser uno de esos padres cotillas, pero al mismo tiempo sin poder evitarlo, me asomé discretamente por la ventana de la cocina.

Ahí estaba mi niña, esa que sin que me diera apenas cuenta se había convertido en una mujer, acompañada de un chico que, en ese momento, la estaba besando en los labios.

Dios, no debería haber visto eso, ningún padre debería ver eso en realidad, pero ahí estaba, el beso que me dejaría traumatizado de por vida.

Me giré para quedarme frente al fregadero cuando la vi caminar hacia la puerta y poco después la escuché entrar. El sonido de los tacones de sus zapatos resonaba en el silencio que envolvía la casa, y no tardó en venir a la cocina.

—En serio, papá, el día que no me esperes despierto, me voy a la iglesia a encender diez velitas a la virgen —resopló.

—Estaba trabajando, sabes que soy de quedarme hasta tarde —me encogí de hombros—. ¿Quién te ha traído?

—El padre de Jimena, una de mis compañeras —sonrió, y ni se inmutó ante aquella mentira.

—¿Lo has pasado bien? —pregunté sin querer delatarme ante lo que había visto en realidad, mientras le pasaba el brazo por los hombros para ir hacia el pasillo de nuestras habitaciones.

—Sí —sonrió. —La feria siempre me ha gustado, y esta… —suspiró —Esta tiene algo diferente, algo especial. Como la propia Sevilla.

—Vaya, qué profunda estás últimamente —reí.

—Será que me queda poco para ser mayor de edad, y estoy madurando.

—Como las manzanas, que diría tu tío Julián.

—Calla, por Dios —rio, y yo con ella.

Mi niña se había convertido en una mujer y, a pesar de que no me gustaba la idea de que hubiera crecido tan pronto, siempre me tendría para ella.

—¿Qué quería la sanguijuela?

—Claudia, no la llames así.

—El tío Julián se lo llama —se encogió de hombros, —y es verdad, porque lo es. ¿Qué quería?

—Nada, hija, solo pasaba por allí.

—Ya, y yo me chupo el dedo. No irás a volver con ella, ¿verdad? Sé que te dije que deberías fijarte en alguien, pero no precisamente en ella.

—No voy a volver con Paula.

—Mejor, porque, si me permites opinar…

—Miedo me das —volteé los ojos cuando llegamos a la puerta de su habitación.

—Haces mejor pareja con Lucía.

—¿Qué, Lucía? —Fruncí el ceño.

—Ah, no, conmigo no te hagas el loco, que te quedas embobado mirándola. Y una cosa te digo, yo que tú me daría prisa en invitarla a algo, porque… hay un profesor que la mira mucho —se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla. —Buenas noches, papá.

—Buenas noches, hija.

En el momento en el que me quedé solo en el pasillo, pensé en lo que acababa de decirme. ¿Sería posible que alguien fuera a tomarme la delantera en lo que a Lucía respectaba?

Capítulo 8

Lucía

El domingo por la mañana, el sol brillaba con una intensidad única, como si Sevilla estuviera invitándome a disfrutar de su belleza sin pensar en nada más. Y, aunque todo parecía normal, algo había cambiado en el aire.

Después de la aparición de Paula en la feria, me encontraba atrapada en un torbellino de emociones. ¿Por qué me afectaba tanto ver a Álvaro con ella? Paula no era una intrusa, era su ex, alguien del pasado, ¿y qué más me daba? Nada. Pero lo cierto era que no podía dejar de pensar en la forma en que se miraban, en cómo parecía que había algo más no resuelto entre ellos.

Cada vez que cerraba los ojos, podía ver la forma en que se habían saludado, ese pequeño instante en el que sus miradas se entrelazaron, un segundo en el que ambos parecían recordar algo importante que yo no alcanzaba a comprender. Había algo en su interacción que me hacía sentir pequeña, como si fuera una parte más de un mundo que no conocía bien. Esa familiaridad entre ellos me hizo ver que la que había entre Álvaro y yo no era ni siquiera parecida.

Me levanté tarde ese domingo, sin prisa, en parte porque el ritmo frenético de la feria me había dejado agotada. Había sido una semana llena de emociones a flor de piel, y aunque las risas y las charlas con los amigos me habían permitido desconectarme, siempre quedaba algo, una pequeña parte de mí, que no lograba soltar todo lo que se acumulaba en mi mente. Pero, al mismo tiempo, me quedé en la cama un rato extra porque estaba

evitando enfrentarme a lo que había sentido por Álvaro durante esos minutos incómodos, a lo que ahora entendía que había sentido en los últimos meses.

A veces, el silencio era más fácil de digerir que la confusión interna. Había tantas preguntas sin respuesta y, sin embargo, no estaba segura de si realmente quería saber las respuestas.

Finalmente me levanté, fui a la ducha y dejé que el agua se llevara ese cansancio acumulado. Me vestí con ropa cómoda y desayuné antes de ponerme a revisar el temario que quería dar en clase en estos días.

Y tras un par de horas en las que todo había estado bajo control, me llegó un mensaje de Álvaro. Mi corazón dio un pequeño brinco cuando vi su nombre en la pantalla. La notificación parecía romper con la calma que había logrado encontrar en los primeros momentos del día. ¿Por qué me escribía? Era domingo, no había clases, y no creía que fuera a preguntarme por su hija. No tenía ni idea de lo que quería, pero algo en el fondo me decía que debía prestarle atención.

Álvaro: *¿Te apetece tomar algo esta tarde? He estado pensando en lo que pasó en la feria, y me gustaría que habláramos. No me gusta dejar las cosas en el aire.*

Me quedé mirando la pantalla durante un buen rato, sabiendo que no podía responder solo con un simple “sí” o “no”. Había algo en su mensaje que me descolocaba. ¿Por qué estaba buscando hablar de lo que pasó? ¿Por qué estaba tan empeñado en continuar esta interacción tan extraña entre nosotros?

Al principio me pregunté si tal vez solo quería disculparse por lo sucedido con Paula, pero algo me decía que no era tan sencillo. Quizá la cosa iba más allá, y no sabía si estaba lista para adentrarme en ese terreno.

Aun así, respiré hondo y me armé de valor para contestar.

Lucía: *Claro, ¿dónde quieres que nos veamos?*

Mi respuesta fue rápida, casi como si mi cuerpo hubiera decidido actuar sin mi mente. La verdad es que me moría de curiosidad por saber qué quería Álvaro, pero no podía dejar que fuera tan fácil. Necesitaba entender sus intenciones, porque, si me dejaba llevar por la emoción del momento, sabía que podría hacerme daño. No podía dejar que todo se desmoronara sin saber realmente qué estaba en juego.

Y su respuesta no tardó en llegar.

Álvaro: *¿Te parece bien el café de la plaza? A las 7.*
Lucía: *Perfecto.*

Recogí todo y llamé a mi hermana para comer juntas; quedamos en vernos en la arrocería que tanto nos gustaba y, cuando llegué, ya tenía una botella de vino blanco en la mesa y había pedido una paella para las dos.

—¿Qué tal por la feria? —preguntó, cuando le di un beso en la mejilla antes de sentarme.

—Creo que necesito un masaje de pies.

—Pues mira, Julián Gómez puede dártelo —rio.

—No, ese quiere dártelo a ti.

—Lucía…

—Vale, ya me callo. ¿Cómo han ido tus guardias?

—Agotadoras, así que voy a aprovechar para descansar hasta el martes.

—Tengo algo que contarte.

—¿Y ese algo tiene que ver con cierto padre sexy? —Arqueó la ceja.

—Joder, ¿es que llevo un letrero en la frente o algo?

—Soy tu hermana mayor, y te conozco. Álvaro Roldán te gusta, y no es de ahora. ¿Me equivoco?

—Pues no, no te equivocas —suspiré. —El caso es que…

Y comencé a contarle todo eso que yo sentía y lo que en los días en la feria había experimentado con Álvaro.

Cuando terminé, ya con el postre en la mesa, mi hermana suspiró.

—Por lo que yo vi el día que estuve contigo en la caseta, los dos lo sentís. Álvaro no te quitaba los ojos de encima, estaba siempre pendiente de ti, incluso cuando no te dabas cuenta. Y lo de esa ex… Tal vez su hija tenga razón, y sea ella la que más lo busca a él. Ve a verlo, habla lo que tengáis que hablar y que pase lo que tenga que pasar —sonrió.

Nos tomamos el café y acabamos despidiéndonos, quedando en vernos otro día.

A las siete de la tarde, estaba allí, sentada en la terraza del café de la plaza, mirando la calle llena de gente, de risas y conversación. Todo lo que sucedía a mi alrededor parecía tan lejano en ese momento, como si la vida de los demás siguiera su curso sin alteraciones, mientras que mi propia vida parecía estar suspendida en una especie de incertidumbre. ¿Qué esperaba Álvaro de esta charla? ¿Por qué me sentía tan vulnerable, tan expuesta? Mi mente estaba llena de preguntas y mis manos ligeramente temblorosas.

Cuando vi llegar a Álvaro, mi corazón dio un saltito, pero, al mismo tiempo, me sorprendí de lo calmada que estaba.

Vestía con un pantalón vaquero, una camisa arremangada hasta los codos y el cabello ligeramente alborotado. Se veía muy bien, demasiado sexy para mi salud, si era sincera.

Él se acercó con esa mirada tan suya, la que siempre tenía esa mezcla de concentración y tranquilidad. No parecía nervioso, pero yo sí. Mi respiración se hizo más lenta cuando se sentó frente a mí, como si el simple

hecho de estar a solas con él diera un giro a todo lo que había estado pensando en los últimos días.

—Hola —dijo, tomando asiento sin perder su postura de hombre de negocios. Su mirada, aunque cálida, no dejaba de tener algo distante. Era la primera vez que lo veía fuera de ese entorno festivo de la feria, y me costaba ver más allá de la fachada de hombre seguro y controlado que siempre proyectaba.

—Hola —respondí, intentando parecer tranquila. De alguna manera, me sentía un poco ridícula por estar tan nerviosa por una simple conversación. Pero es que no era una conversación cualquiera. No cuando él estaba involucrado.

—Gracias por venir —añadió, sin rodeos, como si fuera un tipo que prefería ir directo al grano. Eso, de alguna manera, me tranquilizaba. No perdía el tiempo con rodeos, no necesitaba darme explicaciones innecesarias. Pero también me daba la sensación de que no estaba dispuesto a abrirse completamente, y eso me inquietaba.

La camarera se acercó para preguntarle qué quería tomar y pidió un café, quedándose en silencio después de eso, al igual que yo. Y solo cuando le trajeron el café, hablé.

—¿De qué querías hablar? —me atreví a preguntar, intentando no sonar demasiado ansiosa. Mi voz salió más firme de lo que pensaba, como si intentara hacer frente a una situación que me incomodaba más de lo que quería admitir.

Él suspiró, tomó un sorbo de su café y, por un momento, pareció estar pensando las palabras adecuadas. Como si estuviera buscando el tono correcto para darme una respuesta que no me dejara aún más confundida.

—Lo del otro día, no me sentí bien dejándote así, cuando te marchaste al llegar Paula. No sé qué pasó, pero me dio la sensación de que te sentiste

incómoda —dijo, mirándome directamente a los ojos, como si tratara de leer mi mente.

Algo en su tono me hizo pensar que realmente le importaba lo que yo sentía, pero a la vez había una parte de mí que dudaba que así fuera. Al fin y al cabo, esa mujer era una exnovia suya, y yo, solo la profesora de su hija.

Me quedé callada, procesando lo que acababa de decir. Tenía razón en algo: me había sentido incómoda, pero no porque Paula estuviera allí. Me molestaba más la sensación de no ser importante, de ser una más en la lista de mujeres que pasaban por su vida. Aunque, claro, no le había dado motivos para pensar que podía ser algo más. Después de todo, ¿quién era yo para estar tan convencida de que algo podría nacer entre nosotros?

—No fue por Paula —respondí finalmente, con sinceridad. —Solo, no sé, a veces me siento un poco fuera de lugar en este tipo de situaciones.

Álvaro sonrió levemente, como si ya supiera que mi respuesta no era toda la verdad. Pero, al mismo tiempo, parecía que no quería presionarme más.

—Lo entiendo. A veces me olvido de lo poco que sabes de mi vida, de mi mundo —dijo, en un tono que sugería que no le gustaba esa desconexión entre nosotros. —Lo que pasa con Paula es parte de mi pasado; no esperaba que fuera por allí, la verdad, pero ella es así, aparece cuando uno menos se espera.

Pude ver en sus ojos que no decía todo lo que pensaba. Algo en su postura, en su manera de mirarme, me decía que había más. Pero no quería ser yo quien lo sacara. Ya me había comprometido demasiado solo con esa conversación.

—No pasa nada —contesté, encogiéndome de hombros, tratando de restarle importancia a lo que en el fondo me seguía molestando. Sabía que

estaba mintiendo un poco, pero no quería seguir profundizando en algo que me hacía sentir tan vulnerable.

Un silencio incómodo nos envolvió por unos segundos, hasta que Álvaro cambió de tema, como si no quisiera que ese malestar permaneciera mucho tiempo.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó, mirando mi cara con una ligera sonrisa, como si no le importara en absoluto hablar de algo que no tuviera nada que ver con nosotros. Como si realmente le interesara saber cómo me iba en mi vida cotidiana, fuera de la feria.

—Bien, más o menos. Los chicos están un poco perdidos con todo esto de la feria. Es difícil mantenerlos enfocados cuando todos están pensando en lo que van a hacer por la noche —respondí, sonriendo ante el recuerdo de los adolescentes tratando de organizar sus vidas mientras estaban más concentrados en el rebujito que en las matemáticas.

—Lo entiendo. Yo también tendría problemas para concentrarme en mi trabajo si tuviera que lidiar con la feria cada año —respondió, haciéndome reír por primera vez en la conversación.

Pasaron unos minutos más, y la charla fue fluyendo de manera más relajada. Álvaro tenía una manera de hacer que las cosas parecieran fáciles, como si las tensiones no existieran. Pero, en el fondo, yo sabía que había algo más entre nosotros, algo que aún no estaba claro, pero que definitivamente ya estaba creciendo. Algo que, quizás, solo el tiempo se encargaría de aclarar.

—Si te sirve de consuelo, mi hija no deja de hablar de ti. Dice que, de todos los profesores, eres la mejor. La que más se involucra con ellos, la más enrollada.

—Eso me dijo a mí, sí —reí.

—Como padre, creo que hablo en nombre de todos al decir que me alegro de que seas la profesora de esos chicos. Eres una gran mujer, Lucía, y no me cabe la menor duda de que debe haber muchos hombres a los que les encantaría estar contigo.

—Siento decirte que no hay una larga fila de ellos esperando —me encogí de hombros.

—Ellos se lo pierden —contestó volviendo a coger su café para dar un sorbo.

Seguimos hablando sobre Claudia, el instituto y una excursión que ella le había comentado que tendrían en unas semanas y que había organizado la profesora de historia.

Cuando quisimos darnos cuenta, se nos había echado la noche encima, entre cafés y risas, y nos despedimos allí mismo con un par de besos en la mejilla que, por parte de Álvaro, duraron un poco más de lo normal.

—Espero verte pronto, Lucía —me dijo sin apartar sus ojos de los míos.
—Gracias por esta tarde —sonrió.

—Lo mismo digo. Adiós.

Me giré y comencé a caminar para volver a casa, mientras me preguntaba si sería buena idea echar un vistazo atrás por última vez, comprobar si estaba o no aún allí, pero claro, se habría ido, no estaría, ¿por qué iba a estar?

Finalmente miré por encima del hombro y… Sí, allí estaba, con las manos en los bolsillos, observándome, y al ver que la miraba sonrió y me hizo un guiño que, por extraño que pareciera, me hizo sonreír y sonrojarme mientras me volvía para continuar con mi camino.

Que Álvaro Roldán me gustaba más de lo que podría haberme imaginado jamás, era un hecho más que confirmado.

Capítulo 9

Lucía

Viernes, y después de una semana de lo más intensa, entré al instituto con la misma rutina de siempre: bolso al hombro, sonrisa contenida y la sensación de que el mundo seguía girando cada vez más rápido, sin parar ni un segundo su frenético ritmo. Pero esa mañana, algo en el aire era diferente. El bullicio en los pasillos parecía más animado, los murmullos más intensos. Al principio pensé que era por la cercanía de los exámenes, pero pronto me di cuenta de que había algo más.

Claudia estaba en su taquilla, con una sonrisa traviesa y una mirada que no dejaba lugar a dudas.

—¡Profe! Qué fuerte lo de la feria —dijo en tono burlón, y fruncí el ceño, sin entender.

—¿Por qué lo dices? ¿Pasó algo que yo no sepa?

—No me digas que no te diste cuenta —sonrió mientras se acercaba y, en voz baja, añadió. —Mi padre baila bien, ¿eh?

En ese momento sentí un nudo en el estómago. Yo pensando que mi alumna estaba centrada en divertirse con sus amigos, y resultaba que se había fijado en su padre y en mí, bailando.

—No se le da mal, no —sonreí.

—Se os daba bien a los dos juntos, como si lo hubierais hecho toda la vida —dijo mientras me miraba con picardía, y yo sentí cómo el color se me subía a las mejillas.

—No sé de qué hablas —dije, intentando mantener la calma.

—Sí, profe, sí que lo sabes —Claudia me miró fijamente sin perder la sonrisilla.

—Para empezar, señorita, no deberíamos hablar de estas cosas.

—Pero hablamos porque sabes que contigo tengo confianza.

—¿Con tu padre eres igual de zalamera? —Arqueé la ceja cuando la vi agarrarse a mi brazo.

—Con él lo soy más, que es el que me da la paga.

—Qué granujilla eres —sonreí.

—Ahora en serio, profe —dijo, poniéndose un poco más seria. —Se os veía bien juntos. Y, otra cosita… —carraspeó —El otro día me dijo que estábamos las dos muy guapas en las fotos que le envié después de que se fuera de la caseta cuando apareció la sanguijuela.

—¿Quién?

—Paula, mi tío Julián y yo la llamamos así, desde el cariño, por supuesto —volteó los ojos, y fui a hablar, pero no pude, porque la llamó una de sus amigas. —Nos vemos después en clase, profe —dijo mientras se giraba y salía corriendo.

“Se os veía bien juntos”. Esas simples palabras hicieron que me diera un vuelquecito el corazón.

Fui hacia la sala de profesores, me tomé un café con María y después fui a la primera de mis clases; en la de Claudia hoy no me tocaba hasta última hora.

Y a lo largo de todo el día no pude dejar de pensar en lo que esa chiquilla me había dicho, en la feria y, sobre todo, en Álvaro.

La imagen del momento en el que me invitó a bailar volvía a mi mente cada vez que pensaba en él desde ese día. El sonido del taconeo sobre la tabla, la risa espontánea de una niña al pasar, la luz dorada del atardecer que

se colaba entre los toldos de rayas. Y Álvaro. Álvaro con esa forma de mirarme, como si no hubiese nadie más en la caseta, como si la música se hubiese puesto solo para nosotros.

No sabía por qué ese hombre se instalaba en mi mente tan a menudo desde hacía unos meses, pero así era, y lo malo es que empezaba a sospechar que Álvaro Roldán me gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Al final de la jornada me encontraba en la sala de profesores, organizando unos papeles, cuando Álvaro apareció en la puerta.

—¿Tienes un momento? —preguntó, y me quedé por un instante sin palabras al verlo.

Llevaba un traje azul marino con camisa blanca y la corbata en un azul más claro y que le sentaba de maravilla, y es que, como diría mi madre, ese hombre tenía una percha…

—Claro, pasa —dije al fin, y le indiqué una silla frente a la mía para que se sentara.

—Verás, me preguntaba si te gustaría salir a tomar algo esta noche —dijo, después de sentarse, y no sabía qué esperar que fuera a decirme, pero eso, sin duda, no. Y él lo notó, porque me quedé mirándolo sorprendida.

—¿Esta noche?

—Sí, si no tienes otros planes.

—No tengo nada que hacer —sonreí, y él lo hizo también.

—Entonces, ¿a las ocho en el bar de la plaza?

—Perfecto —asentí.

—Bien. Voy a recoger a Claudia que hoy toca comer donde mis padres —dijo, levantándose. —Nos vemos esta noche.

—Sí. Adiós.

Lo vi marcharse y cuando me quedé sola de nuevo, solté el aire de mis pulmones. ¿Aquello podría ser considerado una cita? No, ni mucho menos, seguro que solo quiere que hablemos de su hija y de cómo le van las clases.

Recogí todo y cuando salí a la calle vi a mi hermano en la puerta, arqueé la ceja y él sonrió.

—¿Qué haces aquí? ¿Quieres volver a tu época de estudiante de instituto? —le pregunté dándole un beso.

—He pasado a ver a mi hermana, a ver si me invita a comer en la pizzería.

—No me digas más, mamá ha hecho patatas con alcachofas.

—¡Bingo!

—Desde luego, Pablo, eres imposible —reí.

—Le he dicho que no podía ir, que tenía un trabajo que hacer con los compañeros.

—El día que mamá se entere que cuando no quieres comer ese plato, me buscas para que te lleve a la pizzería, verás.

—No se va a enterar nunca, porque yo no se lo voy a decir, y tú tampoco. —Me pasó el brazo por los hombros.

Desde luego, él era el pequeño, pero nos sacaba veinte centímetros de altura tanto a Marina como a mí. Y era el consentido de las dos, que esto también había que decirlo.

—¿Cómo te van las clases? —le pregunté, mientras caminábamos hasta mi coche.

—Genial, soy un crack. Algún día tendré mi propia empresa, ya verás.

—Seguro, y ese día te dejaré beber dos copas de champán.

—Joder, Lucía, espero tener mi empresa dentro de, no sé, unos cinco o seis años. ¿En serio me estás diciendo que solo me dejarás beberme dos

copas de champán? Porque te aseguro que pensaba beberme una botella yo solo.

—Qué avaricia la tuya —reí.

—No, es que tengo ya dieciocho años y no me dejáis beber más de un rebujito.

—Pero sabes que eso es porque te queremos mucho, y nos preocupamos por ti.

—Si es que sois como dos madres más, en serio. ¿Me dejas conducir?

—Pides mucho ya —arqueé la ceja. —Anda, toma —le di las llaves y me plantó un beso en la mejilla de esos sonoros de abuela que alguna vez nos daba nuestra madre.

Pablo tenía carnet de conducir desde hacía un par de meses, pero no tenía coche porque decía que quería comprárselo él, como habíamos hecho mi hermana y yo en su momento, por lo que a veces, para salir, se lo pedía prestado a nuestro padre.

Condujo tranquilo y con calma hasta la pizzería que quedaba cerca de mi edificio, y nos sentamos en una de las mesas donde no tardaron en venir a tomarnos nota. Después de pedir un par de refrescos y una pizza familiar de jamón y queso, con extra de queso, me estuvo contando que lo del trabajo de clase era cierto, que lo tenía muy avanzado y que seguro que el profesor les ponía una buena nota.

No me pasó desapercibido que estuvo mirando el móvil en más de una ocasión, escribiendo y con una leve sonrisilla en los labios. Por eso no me pude resistir a preguntar.

—¿Quién te tiene así de sonriente? ¿Una novia? ¿O novio?

—Me gustan las chicas, hermanita —sonrió.

—Y si te gustaran los chicos, no habría ningún problema, y lo sabes.

—Lo sé. Es una chica, una especial.

—Ay, el primer amor.

—Bueno, no sé, yo estoy a gusto con ella, me gusta, y yo a ella también.

—Me alegro, pero no te olvides de lo que no te tienes que olvidar si jugáis a los médicos.

—No, tranquila —rio, —pero no hemos llegado a eso.

—¿Es una de tus compañeras? —pregunté, cogiendo el último trozo de pizza.

—No.

—¿Y la conozco?

—No seas cotilla, hermanita. —Me lanzó una servilleta hecha bolita.

—¿Es algo serio?

—Llevamos un año, desde la feria pasada.

—Uy, qué calladito lo tenías —sonreí. —Cuando quieras me la presentas.

—Ya veremos. Muy rica la pizza —dio el último sorbo a su refresco. —Me voy, que he quedado.

—¿Con tu novia? —curioseé.

—Sí, con ella.

—Venga, yo te acerco —me puse de pie, y la cara de horror de mi hermano me hizo soltar una carcajada. —Era broma —le di un beso en la mejilla. —No llegues muy tarde a casa, que ya sabes que mamá se preocupa.

—No, tranquila. Adiós.

—Adiós.

Me quedé mirando cómo se iba, con su mochila al hombro. Parecía mentira que el bebé que una vez tuve en brazos ya fuera un hombre.

Cogí el coche y me fui para casa; quería preparar unos ejercicios para el lunes antes de ducharme y salir para tomar una copa con Álvaro.

Esa noche, me preparé con más cuidado del habitual. Elegí un vestido sencillo, pero elegante, me maquillé ligeramente y me recogí el cabello en un moño bajo. Quería verme bien, pero sin parecer que me había esforzado demasiado.

Mientras caminaba hacia el bar, mi mente era un torbellino de pensamientos. ¿Y si Álvaro solo estaba siendo amable, y yo estaba malinterpretando todo? Pero también había otra voz, más suave, más persistente: *¿Y si no? ¿Y si esto era algo que valía la pena explorar?*

Al llegar al bar, vi a Álvaro esperándome en una mesa junto a la ventana. Estaba vestido con una camisa azul claro y unos pantalones oscuros. Cuando me vio entrar, se levantó y sonrió.

—Hola, Lucía —me saludó con un beso en la mejilla, y en ese momento me llegó el aroma de su perfume, suave, pero muy varonil.

—Hola, Álvaro —me senté frente a él.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Bien, tranquilo. ¿Y a ti?

—Lo mismo. Pensando en la feria —sonrió.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque fue diferente a otros años. No suelo dejarme caer mucho por allí, la verdad, a mi primo le cuesta llevarme, pero esos días me hizo bien salir.

Bajé la mirada, sintiendo cómo algo se abría dentro de mí. Como una puerta que había estado cerrada durante años.

—Yo la disfruto mucho, pero antes más que ahora —sonreí. —Pero si te soy sincera, eso de bailar contigo me gustó.

Álvaro asintió despacio, con los ojos fijos en los míos, y se le dibujó una sonrisa.

—A mí también me gustó —dijo justo antes de que llegara el camarero para tomarnos nota.

Acabamos pidiendo vino y unas tapas, y mientras lo tomábamos, la conversación entre nosotros fluyó sin esfuerzo. Hablamos de todo: del trabajo, de nuestras familias, de libros, de películas. Álvaro me confesó que cuando tenía diecisiete años barajó la posibilidad de dedicarse al mundo de la música. Al parecer, su primo Julián y él tocaban la guitarra, pero lo descartaron porque les interesaba mucho más el tema de la informática. Yo acabé admitiendo que era una sensiblera, como me llamaba mi madre, y lloraba con los anuncios navideños.

La noche avanzó con una cadencia que parecía marcar su propio ritmo, y mientras hablaba con él y me reía de cualquier cosa que dijéramos, me di cuenta de que no estaba fingiendo. No había necesidad. Con Álvaro, podía ser simplemente yo.

Después de tomarnos la última copa de vino, decidimos pasear. La brisa era suave y las calles estaban medio vacías, con ese silencio cálido que sólo tenían las noches de primavera. Acabamos llegando a un parque cercano y nos sentamos en un banco.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué nos cuesta tanto aceptar cuando sentimos algo de verdad? —preguntó Álvaro, sin mirarme directamente.

Aquello me había pillado por sorpresa, y me quedé en silencio unos segundos antes de responder.

—Porque cuando sentimos de verdad, también nos exponemos. Y eso da miedo.

—¿A ti te da miedo?

—Antes, sí. Mucho.

—¿Y ahora? —curioseó.

Respiré hondo, disfrutando del olor a jazmín y tierra húmeda que había en el aire, y miré a Álvaro.

—Un poco menos.

Él sonrió, y durante un momento, solo se escuchó el canto lejano de un grillo y el leve crujir de las hojas al moverse bajo nuestros pies.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Álvaro, rompiendo ese silencio que nos rodeaba.

—Claro.

—¿Te arrepientes de haber venido esta noche? —No, esa sí que no me la esperaba, y lo miré directamente a los ojos.

—No. Me habría arrepentido de no venir —sonreí, y él asintió.

La noche terminó con un abrazo, largo y cálido, de esos que no se daban todos los días. No hubo beso. No hubo promesas. Solo un gesto que decía: *estoy aquí. Estoy empezando a entender algo que no sé cómo nombrar todavía.*

Cuando llegué a casa, me quité los zapatos, me deshice el moño y me miré al espejo. La mujer que me miraba en ese momento no era la misma que había salido de casa horas antes. Había algo en su expresión, en sus ojos, que la hacía parecer más viva, más presente.

Me tumbé en la cama sin cambiarme de ropa, con una sonrisa suave en los labios. Cerré los ojos y dejé que el recuerdo de la noche se instalara en mi memoria como una flor recién plantada. No sabía qué iba a pasar. No tenía respuestas. Pero, por primera vez en mucho tiempo, eso no me molestaba.

Porque, tal vez, lo importante no era saberlo todo, ni controlarlo todo. Tal vez, lo importante era permitir que la vida me sorprendiera.

Y Álvaro… Álvaro era una sorpresa que no pensaba rechazar.

Capítulo 10

Álvaro

Nunca pensé que una feria pudiera cambiarme algo por dentro.

Lo digo con total honestidad, aunque suene melodramático.

Me había acostumbrado a una vida de certezas: desayuno a las siete, reunión con el equipo a las ocho, trabajo el resto de la mañana y evitar complicaciones. Me había convertido, con los años, en un hombre que prefería lo seguro a lo intenso. Y, sin embargo, esa tarde en la feria, bastó una sevillana y una risa para sacudirme los cimientos.

Y una mujer, una cuyo nombre era, Lucía.

La recordaba esa mañana, al despertar, con una nitidez casi fotográfica, en la noche del viernes cuando salimos. El vestido verde. El moño improvisado. Esa sonrisa que le salía de manera natural. No era la mujer seria y precisa que podrías imaginar de una profesora, o yo al menos no la veía así. Se veía una mujer libre, luminosa y viva.

Y me gustaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Me pasé dos días masticando esa imagen. Volviendo a ella como quien regresaba a una canción que no podía sacarse de la cabeza. Al principio intenté convencerme de que era solo eso: una imagen bonita, una anécdota, un momento aislado. Pero las imágenes bonitas no te perseguían hasta el sueño y esa, sí lo hacía.

Cuando entré en la sala de profesores aquella tarde, la vi revisando unos papeles. Concentrada, con el ceño ligeramente fruncido, como si todo lo

demás no existiera. Dudé. Pensé en darme media vuelta y callarme para siempre. Pero no lo hice. Había algo dentro de mí, algo nuevo, o tal vez viejo, pero adormecido, que me empujó hacia adelante.

—*¿Tienes un momento?* —pregunté.

Lo demás fue más fácil de lo que había imaginado. O quizá no fue fácil, pero ella lo hizo parecerlo. Y cuando le propuse tomar algo esa noche, lo hizo tan simple como decir: "perfecto".

Perfecto. Una palabra sencilla, pero esa noche la sentí como un regalo.

Horas después, la vi entrar al bar.

Lucía tenía ese don de hacer que lo sencillo pareciera elegante. No llevaba un vestido espectacular, pero en ella se veía impresionante. El moño bajo, el maquillaje leve. Era como si hubiera cuidado cada detalle sin parecer que lo había hecho. Se sentó frente a mí, y durante una hora, o tal vez fueron dos, o quizá tres, el mundo desapareció.

Hablamos de todo. De cosas aparentemente insignificantes: sus meriendas de infancia, las novelas que no termina, la costumbre de clasificar los lápices por color. Y de cosas grandes, aunque no lo parecieran: la pérdida de su abuelo, su miedo a las decisiones precipitadas, la forma en que el tiempo parecía escapársele entre las manos… Yo le hablé de mis padres, de mi primo, de mi hija, de mi adolescencia callada y de aquel momento en el que Julián y yo estuvimos a punto de poner en marcha un grupo de música. Ella sonrió, pero diría que vi algo parecido al horror en sus ojos al imaginarme convertido en el integrante de un grupo de rockeros.

Me escuchó con un cuidado que no recordaba haber sentido en mucho tiempo. No asentía por cortesía, no cambiaba de tema con prisas. Me escuchaba de verdad. Con el cuerpo entero.

Y entonces, sin darme cuenta, me descubrí preguntándome: *¿cómo es posible que hayamos tardado tanto en encontrarnos así?*

Al salir del bar, la noche nos abrazó con una complicidad inesperada. Caminamos sin rumbo fijo, como dos adolescentes que buscaban alargar el momento. Yo llevaba las manos en los bolsillos, no por frío, sino porque no sabía qué hacer con ellas. Sentía la urgencia de tocarla, de rozarle siquiera la muñeca, pero no me atreví.

Cuando llegamos al parque, nos sentamos en un banco y hablamos de nuevo. De otra manera. Más pausada. Más honda. Las palabras eran menos importantes que los silencios. Ella me dijo que tenía miedo. Que no sabía cómo actuar cuando sentía algo verdadero. Y yo me vi reflejado en esa frase. Porque a mí me pasaba lo mismo. Fingimos controlarlo todo, pero lo que sentimos nos desborda.

Entonces le pregunté si se arrepentía de haber venido. Fue una pregunta torpe, lo sabía. Pero la necesitaba.

Y su respuesta fue más de lo que esperaba: “me habría arrepentido de no venir”.

Esa frase me desarmó. No la besé. Pude haberlo hecho, creo. El momento estaba ahí, abierto, lleno de posibilidades. Pero había algo en mí que me pedía ir más despacio. No por cobardía, sino por respeto a ella. A lo que tal vez podría estar empezando. A mí mismo. Así que, la abracé. Un abrazo largo, silencioso, profundo.

Y me fui a casa con la sensación de haber empezado algo sin nombre.

Y hoy era lunes de nuevo. Y todo parecía igual. Mi casa, la cocina, la cafetera, incluso la música que Claudia escuchaba mientras terminaba de vestirse antes de bajar a desayunar para ir al instituto.

Pero yo no era el mismo. Me sentí distinto, como si una parte de mí hubiese despertado después de un sueño largo. Como si, por fin, me estuviera permitiendo desear algo con todas sus consecuencias.

—Buenos días, papá —dijo mi niña, ya no tan niña, dándome un beso en la mejilla.

—Buenos días, cariño. ¿Qué tal se presenta la semana?

—Pues mira, creo que nos van a poner un examen sorpresa de literatura, y tranquilo, que ayer por la tarde estuve repasando mientras tú hablabas de trabajo con el tío Julián.

—Entonces, seguro que lo apruebas.

—No te quepa la menor duda, soy una estudiante modelo.

—Anda, siéntate que te pongo las tostadas —reí.

No había nadie en el mundo a quien quisiera más que a ella, y me dolía el hecho de que su madre la abandonara de aquel modo y nunca, jamás, se hubiera molestado en llamarla y saber cómo estaba.

Después de desayunar, me dio un beso despidiéndose y me dijo que no vendría a comer a casa, que tenía un trabajo que hacer con las compañeras y se quedaría en la biblioteca. A mí me sonaba a mentirijilla para verse con ese chico del que aún no sabía nada, pero bueno, tampoco quería delatarme diciéndole que la vi besarse con él en la puerta de nuestra casa; quería que ella misma me contara, cuando quisiera, que tenía novio.

Y siguiendo con mi rutina, a las ocho estaba en mi despacho haciendo una videollamada con mi equipo. En cuanto vi a Clara y esa carita que tenía, me preocupé.

—¿Estás bien, Clara? —pregunté con el ceño fruncido.

Ella nunca iba sin un poco de maquillaje al trabajo, pero es que los ojos que le veía, rojos e hinchados, eran como de haber llorado.

—Sí, estoy bien. Solo es alergia a las gramíneas —me contestó con la voz congestionada. —Voy a ser, durante unos días, una mujer pegada a un paquete de pañuelos.

Dentro de la gravedad, me sacó una sonrisa, porque mi asistente era seria y formal, pero también un tanto alocada.

—Si te sientes mal, vete a casa, no te preocupes por nada y quédate el tiempo que necesites.

—Tranquilo, que a no ser que acabe hinchada como un pez globo, yo vengo a trabajar.

Y a todos se nos escapó una risa, porque sí, en nuestra mente vimos a la pobre Clara hinchada como un pez globo por culpa de las gramíneas.

Y durante una hora nos pusimos al día de todo, pero mi cabeza también estuvo en otro lado. En su risa. En sus ojos. En cómo me miraba la otra noche mientras hablaba de su abuela y sus recetas de lentejas.

En su gesto concentrado mientras revisaba aquellos papeles, en cómo se le arrugaba la nariz cuando algo le divertía. Y por suerte, durante aquellas horas que pasamos juntos, averigüé muchas cosas sobre ella. Por ejemplo: que le gustaba el vino tinto, pero sólo si es suave, que solía llorar con los anuncios navideños y que detestaba el invierno porque le recordaba la pérdida de un gatito que tuvo cuando era niña.

Después de la reunión y de hacer algunas gestiones, cogí el móvil y me decidí a enviarle un mensaje a Lucía.

Álvaro: *¿Cenamos el viernes?*

No esperaba una respuesta inmediata dado que posiblemente estuviera dando clase. Me bastaba con saber que lo leería, que tal vez sonreiría y que, por qué no, pudiera pensar en mí.

Estaba preparándome un café cuando sonó el timbre; sabía que era mi primo, pues teníamos trabajo que hacer.

—Traigo unos bollos de la panadería de mi barrio —dijo, levantando la mano. —Ponme un cafelito, anda.

—Sí, sí, no te lo prepares tú, no sea que se te disloque un dedo. —Volteé los ojos.

—Oye, que mis dedos son de vital importancia para nuestro trabajo; ya sabes que, con el ordenador, soy un crack. Creo que debería asegurarme las manos, como hacen los porteros.

—¿Los porteros de discoteca se aseguran las manos? —pregunté, con el ceño fruncido.

—No, esos no, los de fútbol. Y mira a Jenifer López, que se aseguró las posaderas. Mañana me informo para asegurarme las manos.

—Dios mío, qué paciencia tengo contigo —resoplé.

—Tendrás queja, condenado, si soy el que más te quiere de todos los primos.

—Será porque tú y yo somos los únicos varones de la familia, que el resto son todas primas.

—Es verdad, y todas casadas y con hijos, y a nosotros siempre con lo mismo: que si para cuándo sentamos cabeza, que se nos pasa el arroz… Me estoy agobiando —dijo mientras cogía uno de los bollos de la bolsa, relleno de trufa. —Bueno, ahora que estamos sin ropa tendida.

—¿Qué dices ahora de ropa?

—Joder, es lo que dicen las primas cuando no están sus hijos delante. En este caso, la ropa, es Claudia, por si te quedaba alguna duda.

—Toma, el café, bebe y calla, anda —se lo puse delante y dio un buen sorbo.

—Buenísimo. Si vamos a la quiebra, ponemos una cafetería que se te da muy bien prepararlos.

—¿Qué ibas a decir?

—Que quiero que me cuentes cómo fue tu cita con la profe de tu hija.

—No era una cita.

—No, qué va. La invitaste a tomar algo, y ella aceptó. En mi pueblo eso se llama cita, primo.

—Nos tomamos unos vinos, unas tapas, hablamos y nos despedimos. Todo muy cordial.

—Dime que la besaste, al menos.

—No.

—¿No? Madre mía, desde que dejaste a Paula hace casi un año, has perdido facultades.

—Julián, no estoy buscando un polvo rápido y ya.

—¿Ves? Te lo dije —me señaló con el dedo. —Tú estás enamorado de esa profesora desde hace meses. Si es que lo sabía.

—No puedo ponerle nombre a lo que sea que siento, porque ni siquiera sé qué cojones siento.

—Pues, amor, pero en mayúsculas.

—Mira, mejor vamos a trabajar.

—¿Vas a volver a verla? Ya sabes que siempre puedes ir por la niña y dejarte caer por allí, en plan casual y eso.

—A trabajar —le señalé el pasillo para ir a mi despacho, y volteó los ojos, pero no dijo nada más.

No iba a decirle que le había enviado un mensaje a Lucía para invitarla a cenar el viernes, porque si me decía que no, no tendría que contárselo a él.

Nos centramos en el trabajo y como él había dicho, era un crack con los dedos. Esos volaban por el teclado, probando una y otra vez con cosas nuevas para prevenir que alguien vulnerara la seguridad de una empresa, que era lo que nuestros clientes nos compraban.

A la hora de comer y sabiendo que Claudia no vendría por ese supuesto trabajo que estaba haciendo con sus amigas, pedimos comida al restaurante chino y nos tomamos una botella de vino.

Después del café se marchó y yo me quedé otra vez solo en casa, pensando en ella.

Esa noche, después de ducharme y mientras preparaba unos sándwiches mixtos para la cena, recibí un mensaje. Y era de Lucía.

Lucía: *viernes, a las ocho. Pero esta vez elijo yo el lugar.*

Me quedé mirando la pantalla durante un minuto entero. Luego sonreí. La respuesta era perfecta. Ella era perfecta. No perfecta en el sentido idealizado y absurdo de las películas. Sino perfecta en lo real, en lo humano, en lo que me provocaba.

Apagué el móvil y fui al salón para sentarme en el sofá a cenar con mi hija, que al verme sonrió con esa preciosa sonrisa que me tenía cautivado desde que nació. Ella puso una de las películas que nos gustaba a los dos, y así pasamos la noche.

Por mi parte, no sabía a dónde nos llevaría esto que estaba empezando entre Lucía y yo. Tal vez solo durara unas semanas, o tal vez se acabase antes. Pero, por una vez, no quería adelantarme al final. Por una vez, solo quería vivir el principio.

Y esta vez, sí que estaba dispuesto a dejarme llevar.

Capítulo 11

Lucía

Nunca había sido supersticiosa, pero el viernes tenía algo que me inquietaba. No por la fecha en sí, sino porque me recordaba a aquellas tardes de infancia durante las vacaciones de verano en las que mi madre nos obligaba a limpiar la casa entera mientras sonaban boleros en la radio.

Había elegido un conjunto sencillo: vaqueros oscuros y una blusa color marfil que apenas dejaba ver los hombros. No era un look para impresionar, o eso me repetía mientras ajustaba los pendientes diminutos que solo usaba en ocasiones especiales. Me recogí el pelo a medias, dejando caer algunos mechones sobre las sienes. Quería parecer, tranquila. Quería parecer, casual. Pero en el fondo, estaba temblando.

El mensaje que le había enviado a Álvaro el lunes me había dado un aire de seguridad que en realidad no tenía. Lo elegí porque necesitaba controlar algo. Aunque fuera solo el restaurante. Aunque fuera solo el momento exacto en el que nuestras miradas se encontrarían de nuevo.

Y sí, durante toda la semana había estado de los nervios, hasta mi hermana Marina me dijo que me iba a comprar unas pastillas para que se me quitara la tembladera que tenía.

Le había contado a ella lo de la invitación antes de enviarle una respuesta a Álvaro, y ella no tardó en decirme que dejara de pensarlo y que simplemente actuara, que le dijera que sí y me divirtiera como lo había

hecho el viernes anterior. Que sí, que también le conté lo de esa salida prácticamente improvisada.

Eso sí, le prometí que el sábado saldríamos las dos a cenar y a tomarnos una copita en el pub de su amiga Susi, porque también necesitaba una noche de chicas con mi hermana.

Elegí un restaurante íntimo, pequeño, con luz tenue y música suave. Nunca se llenaba demasiado y tenía ese encanto de los lugares que no se publicitaban, pero sobrevivían por el boca a boca. Un refugio. Como necesitaba que fuera esta noche. Ese lugar donde Marina y yo habíamos pasado tantas noches después de que ella perdiera al amor de su vida.

Salí con tiempo. Caminé sin prisa, como si el cuerpo me suplicara aplazar el vértigo que crecía en el estómago. Era absurdo, lo sabía. Álvaro era un hombre encantador y con el que me sentía cómoda, por lo que los nervios deberían ser inexistentes. Pero también era un hombre atractivo, muy atractivo en realidad, que me hacía sentir… cosas.

Lo conocía poco y solo como padre de una de mis alumnas, pero ahora había algo distinto, algo que se había instalado entre nosotros desde aquella tarde en la feria. Desde que bailamos. Desde que lo miré y, por un instante, dejé de ser la mujer que planificaba todo al milímetro.

Llegué cinco minutos antes y él ya estaba allí.

Estaba de pie junto a la entrada, con una camisa gris clara, arremangada hasta los codos y ese gesto de nerviosismo que lo hacía parecer más joven. Cuando me vio, su rostro se iluminó como si de pronto se encendieran todas las luces del local solo para él.

—Hola —dije, con una sonrisa contenida.

—Hola. Has llegado puntual, o yo muy pronto.

Nos reímos suavemente. Fue un saludo torpe, pero cálido. Con un breve beso en la mejilla que a mí me supo a poco, y a él me atrevería a decir que

también.

El camarero nos condujo hasta una mesa del fondo, cerca de una ventana por la que se colaban las últimas luces anaranjadas del día. Nos sentamos uno frente al otro, aunque por un momento pensé en proponerle que se sentara a mi lado. Pero no lo hice, me podía la vergüenza, qué le íbamos a hacer.

—Bonito sitio —dijo Álvaro, mirando alrededor.

—Me gusta porque no parece que estés en una cita —respondí, casi sin pensar.

—¿Y lo estamos? —preguntó, mirándome fijamente, con ese tono de voz que no buscaba incomodar, pero sí una verdad.

Me mordí el labio. No era el tipo de pregunta que uno respondía con rapidez. Y, sin embargo, la respuesta estaba clara desde que me vestí, desde que salí de casa, desde que lo vi sonreír frente a la puerta.

—Supongo que sí —dije al fin. —Pero una sin guion —añadí, y él asintió despacio.

Pedimos vino y algunas tapas. Nada complicado. La comida era solo una excusa. Lo sabíamos. El verdadero banquete estaba en las palabras, en las pausas, en las miradas que se alargaban más de lo socialmente aceptable.

Álvaro empezó a contarme una anécdota sobre su primer año como dueño de la empresa, que hoy en día era una de las más reconocidas en todo el país. Y también me contó el momento en el que se vio solo por primera vez con su hija, una niña de apenas siete años, y tuvo que hacerle un par de trenzas para ir al colegio.

—Decir que lo que llevaba Claudia ese día, eran trenzas, sería faltar a la verdad. No sé qué le hice, pero mi hija las presumió tanto en el colegio que acabó gustándoles a todas sus amigas y querían que sus madres les hicieran lo mismo. Yo me moría de vergüenza, si te soy sincero. Yo, hasta ese

momento, había cuidado de la niña en cosas básicas, me dedicaba a la empresa y su madre a ella. El caso es que, al día siguiente, cuando la llevé al colegio, todas iban con las mismas trenzas, despeinadas y a la moda, como dijo mi hija.

Reímos. Reímos de verdad. De esa risa que hacía que se te relajaran los hombros sin darte cuenta.

Después me habló de su madre, de cómo ella fue quien le enseñó a leer cuando tenía cuatro años, sentándolo frente a los cuentos con dibujos hasta que memorizaba las letras. Lo escuché con atención, apoyando mi barbilla en la mano, sintiéndome parte de un espacio que se abría solo para mí.

—Siempre he sido más de letras que de personas —dijo de repente.

—Yo, en cambio, siempre he sido más de números porque creía que me protegerían de sentir demasiado —respondí, sin saber de dónde me había salido eso.

Él me miró, y en ese momento sentí que me desnudaba sin tocarme. Con los ojos. Con la calma. Con la forma en que respiraba cuando yo hablaba, como si cada palabra mía necesitara espacio para habitar en su pecho.

Nos quedamos callados unos segundos. No era incómodo, era silencio del que se sentía como una paz cálida y tranquila.

Y entonces, sin previo aviso, Álvaro se inclinó hacia mí.

—Lucía, ¿qué es lo que más miedo te da de lo que los dos sabemos que está pasando entre nosotros? —preguntó, y mi garganta se secó un instante.

No esperaba esa pregunta. No en ese momento. No con esa honestidad.

Tomé un sorbo de vino, como si pudiera encontrar la respuesta en el fondo de la copa. Y entonces le contesté.

—Que no sea real. Que me guste tanto que no sepa qué hacer si se acaba.

Él no respondió de inmediato. Me sostuvo la mirada. Después, muy bajito, volvió a hablar.

—A mí me da miedo que no me atreva a quedarme.

Suspiré. Por dentro. Por fuera. Todo mi cuerpo se aflojó como una cuerda tensa que por fin se soltaba. Porque no era solo mi miedo. Era el suyo también. Éramos dos adultos intentando abrir una puerta sin romperla.

Las palabras se quedaron flotando sobre la mesa como si no supieran a dónde ir. No eran grandes declaraciones, ni promesas románticas. Pero tenían peso. Y en el silencio posterior, sentí que algo se había inclinado dentro de mí, como una balanza que por fin encontraba equilibrio.

Álvaro jugaba con el tallo de su copa, moviéndola en círculos suaves. Sus ojos, sin embargo, no se apartaban de los míos.

—¿Te ha pasado antes? —pregunté, sin saber si me refería al miedo o al deseo de quedarse, y él asintió despacio.

—Sí. Pero me fui. No sé si por cobardía o por costumbre. A veces uno se acostumbra más al hueco que a lo que podría llenarlo.

Me conmovió su franqueza. Porque no tenía nada de teatral, ni de autocompasivo, era simplemente verdad. Cruda, sin adornos. Y a la vez, hermosa en su vulnerabilidad.

—A mí me pasó al revés —confesé. —Me quedé demasiado. Cuando debía irme, me quedé. Por miedo, por necesidad, por eso que llaman amor y a veces no es más que un simple hábito. Y cuando por fin me fui… no supe quién era sin ese lugar, sin esa persona.

—¿Y ahora? —curioseó, y lo pensé un instante.

—Ahora estoy descubriendo que hay partes de mí que nunca aprendí a mirar con ternura.

Álvaro sonrió, esa sonrisa suya que empezaba ligeramente en las comisuras de sus labios y terminaba en sus bonitos e impresionantes ojos.

—Pues yo llevo días mirándote con ternura —dijo.

No supe qué hacer con esa respuesta, pero me hizo estremecer. Lo sentí como una caricia sin manos.

En ese instante me di cuenta de que no estábamos hablando de amor aún. Ni de pareja. Ni de planes. Estábamos hablando de permitirnos. De dejar que el otro nos viera. Y, más importante aún, de vernos a nosotros mismos en esa mirada.

La comida llegó en platos pequeños y bien llenos, como siempre. Probamos de todo: croquetas, un poco de pescado frito, un revuelto de setas que a él le encantó. Hablamos menos. No por incomodidad, sino porque el silencio se había convertido en aliado. A veces nos reíamos con frases sueltas, y a veces solo bastaba una mirada para saber qué estábamos pensando.

Yo lo observaba comer, y me fascinaba su forma de estar en el momento. Masticaba con calma. Escuchaba con atención. No revisaba el móvil. No tenía prisa. Parecía que, para él, esa mesa era el centro del universo. Y yo estaba allí, al otro lado, siendo parte de su tiempo.

Cuando trajeron el postre, una mousse de chocolate que compartimos sin discutir, nuestras manos se rozaron por accidente. Él retiró la suya rápido, pero no por incomodidad, más bien como quien temía romper algo frágil.

Yo la dejé sobre la mesa. Quietecita. No como una invitación explícita, sino como un “está bien, si quieres”.

Y él volvió a colocar la suya junto a la mía. No la cogió, no me acarició, solo la dejó cerca. Como si nuestras manos también aprendieran a hablar en voz baja.

Después de pagar, insistió en hacerlo él, aunque yo protesté con esa falsa firmeza que no engañaba a nadie. Salimos del restaurante. La noche había caído del todo, pero el aire no era frío. Era una de esas noches templadas de primavera en las que uno podía caminar sin rumbo y sin abrigo.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó.

No respondí enseguida. Miré hacia la calle vacía, hacia las farolas que lanzaban círculos de luz sobre el pavimento.

—¿Y si no quiero que esta noche se acabe aún? —contesté, y Álvaro me miró en silencio.

No hizo ningún gesto, tampoco sonrió, pero sus ojos se abrieron un poco más, como si no esperara esa respuesta. Como si algo en su interior se hubiera aflojado de golpe.

—Entonces vamos a dar un paseo —dijo, y eso hicimos.

Caminamos por calles secundarias, sin decir mucho. Hablábamos a ráfagas: de libros que nos marcaron, de las películas que nos gustaban, de canciones que dolían sin saber por qué. En un momento dado, le hablé de mi abuelo. De cómo su muerte me dejó una herida silenciosa. No era una historia que compartiera fácilmente, pero con Álvaro se deslizó sola, como si necesitara salir.

—A veces sueño que vuelve, y que solo se sienta conmigo a tomarse su café mientras yo le cuento cómo me ha ido el día en el colegio. No habla. Solo está. Y cuando despierto, siento que todo va a estar bien, aunque no sepa por qué.

Él no dijo nada. Solo se acercó un poco más y me rozó el brazo con el suyo. Fue un gesto mínimo, pero sentí que me envolvía entera.

—A mí me pasa con mi abuela —dijo poco después. —Ella me enseñó a leer en voz alta. A veces, cuando estoy solo en casa, leo en voz alta alguna cosa y me imagino que ella me escucha. No sé si eso es raro.

—No lo es, al contrario. Es algo bonito. Los abuelos son como segundos padres, y a pesar de que nuestros progenitores nos quieran con locura, ellos nos adoran, porque ven en nosotros lo que una vez vieron en sus hijos.

—¿Sabes qué es lo raro? Que hasta esta noche no se lo había dicho a nadie —confesó, y me detuve.

Él también lo hizo y nos miramos. El aire estaba suspendido entre nosotros como una cuerda invisible.

Entonces le cogí la mano. Sin prisa. Sin timidez.

Y fue como si todo el día, toda la semana, toda la vida nos hubiera llevado a ese gesto.

—¿Quieres subir a mi casa? —le pregunté, sin apartarle la mirada, manteniéndola fija en sus ojos, esos que podía decir con toda seguridad que no es que me gustaran, es que me encantaban.

No hubo vacilación en sus ojos. No hubo alarma ni deseo urgente. Solo una calma cómplice.

—Sí.

Y caminamos hacia mi casa, cogidos de la mano, como dos personas que no corrían a ninguna parte, pero sabían exactamente a dónde iban.

Capítulo 12

Lucía

El camino a casa no fue largo, pero cada paso se sentía distinto. Como si las baldosas que pisábamos fueran nuevas, como si el aire entre nosotros se hubiese vuelto más denso, más lleno de significado. Seguíamos caminando cogidos de la mano, sin decir nada. No hacía falta.

Cuando abrí la puerta del portal, me detuve un momento. No por duda, sino por respeto, y miré a Álvaro.

—No es una invitación con segundas —le advertí, con media sonrisa. —Es solo que… no quiero que la noche se acabe con un "hasta luego" cualquiera.

Él asintió despacio, con esa forma suya de decir "entiendo" sin palabras.

—Lo sé. Gracias por dejarme entrar.

Y así, subimos.

Mi piso olía a lavanda. Siempre dejaba un saquito en la entrada, una costumbre que heredé de mi madre. Era un piso pequeño, acogedor, sin lujos. Todo en su sitio. Libros apilados junto al sofá, mantas dobladas con esmero, cuadros que no combinaban, pero que me decían cosas. Me gustaba pensar que el caos y el orden convivían aquí con cierta armonía, igual que en mí.

Álvaro se detuvo a mirar una ilustración que tenía colgada en la pared del pasillo: una mujer con alas de mariposa, sentada sobre una taza de café.

—¿Tú la elegiste?

—Sí. Me recuerda a mí los domingos.

—¿Con alas? —sonrió con la ceja arqueada.

—No —sonreí, porque él me provocaba esas sonrisas. —Con café y tristeza.

Nos reímos, y eso alivió la tensión que flotaba. Le ofrecí algo de beber: té, vino, agua, y eligió té. Nos sentamos en el sofá, cada uno con su taza caliente entre las manos. Él miraba a su alrededor, como si intentara aprender algo de mí a través de los objetos. No lo hacía de manera invasiva, sino con curiosidad y de manera respetuosa.

—No imaginaba que tu casa sería así —dijo.

—¿Y cómo la imaginabas?

—Más fría, más... minimalista. Ordenada. Intocable. Como suele ser un profesor —contestó antes de dar un sorbo a su té.

—¿Y eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy intocable?

Me miró con una media sonrisa.

—No. Ahora sé que no, pero lo pensaba hasta la feria.

—La feria —repetí, y es que el simple recuerdo de aquellos momentos, de ese baile, me hacían sentir cosas que creí dormidas.

Hubo una pausa larga, no incómoda, solo larga. Como esas pausas en las que uno se escuchaba a sí mismo.

—Nunca bailo en público —dije. —Ese día lo hice y no supe por qué. Me dejé llevar y estabas tú.

—Yo tampoco suelo bailar. Ni dejarme llevar, pero te vi reír, y pensé: *¿qué pasa si me acerco?, ¿qué pasa si no me quedo ahí, al margen, como siempre?*

—¿Y qué pasó?

—Pasaste, tú.

Nos quedamos así, frente a frente, con las tazas tibias entre las manos. No había música. No había guion. Solo el sonido suave del viento fuera y nuestros latidos intentando entenderse.

—¿Sabes qué me desconcierta? —dije, con la voz apenas audible.

—¿Qué?

—Que no estoy esperando que me beses, y eso es raro para mí. Porque otras veces, en otras situaciones, había una expectativa. Como si besar fuera el objetivo, la meta. Pero ahora, si no pasa nada más esta noche, si solo hablamos, si solo estamos… me parece suficiente. Me parece incluso perfecto.

Él cerró los ojos un momento. Como si masticara esa palabra: perfecto.

—Yo no sé cómo se construyen estas cosas —dijo al fin. —A veces me siento como un adolescente torpe. Como si tuviera que reaprender a estar con alguien sin protegerme tanto. Desde el divorcio, siempre ha sido así. No te voy a mentir diciendo que no ha habido mujeres, porque ya conociste a una —aparté la mirada un segundo, concentrándome en el té, —pero no han sido más que sexo.

—Yo desde mi última relación, solo estuve con un hombre unos meses, y no fue tan bien como pensaba. Y en cuanto a lo de aprender a estar con alguien, creo que estamos aprendiendo juntos.

—¿Y si lo estropeamos? —preguntó, mirándome.

—Lo haremos con cariño.

Entonces dejé la taza en la mesa baja, me incliné hacia él y apoyé mi cabeza sobre su hombro. Fue un gesto instintivo, sin cálculo. Él no se movió. Me envolvió con su brazo en un abrazo que no tenía urgencia ni presión, solo cobijo.

Y así nos quedamos.

No sabría decir cuánto tiempo. Quizá, minutos. Quizá horas.

En algún momento de la noche, me levanté y le ofrecí una manta. Él la aceptó y me miró con ternura.

—¿Me estás diciendo que me quede? —sonrió levemente.

—Te estoy diciendo que te quedes si quieres, pero en el sofá. Aún no sé si podría dormir con alguien en mi cama.

—Está bien. El sofá está bien.

—¿Roncas? —curioseé.

—A veces. Y tú, ¿hablas dormida?

—No —sonreí, —pero sí soñar en voz alta.

Nos reímos, y fue un alivio. Porque ese era el punto exacto donde quería estar: entre la intimidad y la risa, entre lo que empezaba y lo que se cuidaba.

Busqué una almohada extra, se la di, me incliné y le di un beso en la mejilla que me devolvió. Apagué las luces y me detuve en la puerta del salón antes de retirarme.

—Buenas noches, Álvaro.

—Buenas noches, Lucía.

Y me fui a la cama con una paz que no recordaba haber sentido desde hacía mucho tiempo.

No era euforia, tampoco era pasión desbordada. Era otra cosa.

Era el inicio de algo real.

Desperté antes de que sonara el despertador. Aún no había luz en el cielo, pero ya no era de noche. Era esa hora indefinida en la que los sueños se replegaban sin despedirse, y la mente se acomodaba lentamente a la realidad.

Por un momento no recordé que Álvaro estaba en el salón. Mi cuerpo aún flotaba en la tibieza de un sueño sin nombre, uno en el que me sentía acompañada sin necesidad de palabras. Entonces, el silencio distinto de la casa me lo recordó. No estaba sola.

Me senté en la cama, con el corazón tranquilo y una punzada suave en el pecho. Era la primera vez en años que alguien dormía bajo mi techo sin que yo sintiera que debía protegerme. No había tensión, ni miedo, ni ansiedad por el después. Solo una serena conciencia de que algo había cambiado.

Me recogí el cabello en un moño desordenado y caminé descalza por el pasillo. Antes de llegar al salón, me detuve. Algo en mí necesitaba mirar sin ser vista, como si quisiera guardar una imagen privada antes de entrar al mundo compartido.

Y allí estaba.

Álvaro, dormido, envuelto en la manta hasta el pecho, con una pierna asomando y el rostro girado hacia el respaldo del sofá. Su respiración era profunda, regular. Una expresión de descanso sincero. Como si en mi casa, en mi presencia, hubiera encontrado una pausa que no sabía que necesitaba.

Me quedé observándolo desde el marco de la puerta. No era una escena romántica en el sentido clásico. No había velas, ni caricias, ni besos de despedida. Pero sentí una ternura tan intensa que me dolió el pecho. La clase de ternura que no te permite huir.

Volví a la cocina sin hacer ruido y puse agua a calentar. Mientras buscaba las tazas, pensé en cómo una noche podía cambiar el rumbo de muchas cosas. Y no por lo que se dijera o se hiciera, sino por lo que no se forzaba. Por lo que simplemente ocurría.

Preparé café para los dos. Con leche y azúcar para mí, negro y solo para él, como lo había tomado el primer día que nos vimos.

Cuando entré de nuevo al salón, ya estaba sentado, con el torso ligeramente encorvado, intentando doblar la manta. Se le notaba desorientado, pero al ver la taza en mis manos, sonrió.

—¿Ya es de día? —preguntó con voz ronca.

—No del todo, pero casi.

Le ofrecí el café, y lo cogió con ambas manos, como si el calor fuera parte de la conversación.

—Dormí profundamente. No lo esperaba.

—Eso es bueno, significa que mi sofá es cómodo —sonrió al escucharme, y asintió.

Nos sentamos en el sofá, sin hablar durante un rato. Cada uno con su taza, los pies descalzos tocando la alfombra. Afuera, el mundo aún no despertaba del todo. Dentro, parecía que no queríamos romper ese estado frágil de confianza recién tejida.

—¿Estás bien? —preguntó de pronto.

—Estoy... en paz.

—¿Te arrepientes de haberme invitado?

—No. ¿Tú sí de haberte quedado?

Negó con la cabeza, con esa media sonrisa que se le escapaba cuando quería decir más de lo que se atrevía.

—No. Lo necesitaba. Más de lo que pensaba.

—¿El té de anoche o el sofá?

—La compañía.

Y entonces, sin previo aviso, apoyó su cabeza suavemente en mi hombro.

No fue un gesto de conquista. No fue un paso hacia lo físico. Fue descanso. Fue confesión. Fue una entrega en forma de roce leve.

Apoyé mi mejilla sobre su cabello y no dije nada.

No hacía falta.

Cuando el reloj marcó las ocho, el mundo ya empezaba a agitarse. Era sábado y no tenía prisa por ir al trabajo, no tenía que dar clases y me apetecía tomar un desayuno tranquilamente en la terraza.

Así que me levanté y fui hacia la cocina donde, además de otro par de cafés, tosté pan y puse jamón, tomate y algo de fruta en una bandeja que

llevé al sofá.

Álvaro estaba hablando por teléfono con su hija, diciéndole que no tardaría en llegar a casa, a lo que ella respondió que, si estaba con una mujer, no tuviera prisa. Aquello me hizo sonreír, porque desde luego se notaba que entre ellos había mucha confianza.

—Podías haberme dicho que ibas a preparar todo esto y te habría ayudado —dijo cuando me senté a su lado.

—Otro día me lo preparas tú.

—Eso está hecho. Le digo a Claudia que se vaya a dormir a casa de una amiga, y duermes conmigo.

—¿En tu cama? —arqueé la ceja y él sonrió con picardía.

—En mi cama —contestó mientras me miraba con una intensidad que me hizo estremecer. —Yo dormiré en el sofá, que también es muy cómodo —hizo un guiño, y sonreí negando.

Desayunamos mientras me hablaba de Claudia, y es que se había dado cuenta de que escuché lo que ella le había dicho. Me confirmó lo que ya sabía, que tenían mucha confianza, y que su hija estaba deseando que encontrara a alguien que de verdad mereciera la pena para compartir su vida.

Me ayudó a recoger todo y, una vez en la cocina, cuando me giré y lo encontré cerca de mí, sentí un escalofrío. Me mordisqueé el labio, nerviosa por el modo en el que me miraba. Álvaro acortó la distancia, llevó sus manos a mi cintura sin dejar de mirarme con esa intensidad que me ponía nerviosa y entonces pensé que, esta vez sí, podría pasar.

—Tengo que confesar que me costó dormirme —dijo en un tono bajo y sugerente. —Había una mujer preciosa a solo unos metros, a la que me moría por besar.

—¿Y sigues queriendo hacerlo? —pregunté en un susurro, y asintió.

—Quiero hacer muchas cosas, Lucía.

—¿Qué te lo impide?

—El que puedas no querer que las haga.

Me quería besar, y aunque yo no había esperado que eso pasara en ningún momento, aunque no me había dejado llevar de ese modo con él, quería que pasara, en este momento, justo ahora.

—Creo que quiero lo mismo que tú —confesé.

Álvaro me miró con un brillo distinto en los ojos; los segundos pasaron y se me hicieron eternos, y entonces…

Se inclinó llevando una mano a mi rostro, posó sus labios en los míos y me besó. Comenzó con un breve roce de labios, algo suave y sutil, y acabé separando mis labios, permitiéndole que llevara su lengua hasta la mía. Me pegó a él con la mano que aún tenía en mi cadera y llevé las mías a su torso.

Jamás en toda mi vida me habían besado así, y disfruté de cada segundo que duraba aquel beso, de cada sensación que me envolvía.

A veces un beso era suficiente para que nuestro cuerpo reaccionara y comenzáramos a excitarnos, y en ese instante nos pasó a los dos. En mí notaba el modo en el que mi centro parecía pedir más, palpitando y reclamando ser atendido, y en él noté cómo su miembro en mi vientre comenzaba a cobrar vida.

—Lucía, si no paro ahora…

—No pares, Álvaro, por favor. No pares —le pedí, porque por primera vez en mucho tiempo, quería que eso ocurriera, y quería que fuera con él.

Capítulo 13

Lucía

Volvimos a besarnos y esta vez fue mucho más intenso y apasionado.

Álvaro fue subiendo la mano que tenía en mi cintura muy despacio hasta colarla por la camiseta, haciendo que me estremeciera ante el contacto de su roce en mi piel.

Gemí levemente en su boca en el momento en el que cubrió uno de mis pechos, masajeándolo despacio y haciendo sutiles y tentadores círculos con el pulgar sobre el pezón hasta conseguir que este se pusiera erecto.

Hizo lo mismo con la otra mano en mi otro pecho y cuando sentí una punzada de deseo y excitación en el centro de mi zona íntima, gemí de nuevo.

Eso sin duda debió ser una invitación para él, puesto que no tardó en quitarme la camiseta y lanzarla a algún lugar de la cocina.

Se quedó mirándome los pechos mientras los masajeaba y me estremecía ante esa mirada de admiración y excitación que tenía.

Acabó inclinándose y lamió un pezón primero, mordisqueándolo y haciendo que se me escapara un gemido, para después hacer lo mismo con el otro. No tardó en comenzar a dejar suaves besos por mi cuerpo mientras se arrodillaba ante mí, y con los pulgares en la cintura de mi pantalón de pijama, así como de las braguitas, comenzó a quitármelo mientras observaba cada centímetro de mi piel.

Yo lo miraba y tragué con fuerza al ver ese modo en el que parecía devorarme con los ojos. Levantó la mirada, sonrió de medio lado y sostuvo una de mis piernas para flexionarla levemente y colocarla en su hombro.

En ese momento me estremecí de anticipación cuando lo vi enterrar el rostro entre mis piernas, momento en el que sentí su lengua, húmeda, suave y caliente, deslizándose entre mis labios vaginales.

Dios, qué sensación tan placentera.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y me agarré con fuerza a la encimera, dejándome llevar por lo que me hacía, por lo que sentía. Comenzó a lamer más deprisa poco después, y mis gemidos sutiles pasaron a ser gritos de puro placer.

Sin darme cuenta, empecé a mover las caderas, acercándome a su boca, a esa lengua que me hacía estremecer y gemir, que me llevaba de manera imparable a lo que sin duda iba a ser un intenso orgasmo.

Y así fue en el momento en el que Álvaro me penetró con el dedo por la vagina sin dejar de lamer toda mi zona íntima.

Grité, mi cuerpo se sacudía una y otra vez sin control, mis gritos llenaron la cocina y estaba segura de que se estarían escuchando incluso por la ventana que estaba abierta.

Cuando la última oleada de ese placer indescriptible se disipó, Álvaro se incorporó y no pude evitar coger el cuello de su camisa y atraerlo hacia mí para besarlo; necesitaba sentir sus labios sobre los míos.

Me cogió por las caderas, haciendo que le rodeara con las piernas por la cintura, y me llevó hasta el salón, donde, tras sentarse en el sofá conmigo a horcajadas sobre él, siguió besándome mientras yo le desabrochaba el pantalón.

En cuanto liberé aquel miembro erecto y con esa ligera humedad en la punta que me indicaba que estaba tan excitado como yo, lo envolví con mi

mano y comencé a subirla y bajarla para darle un poco de lo que él me había dado.

—Lucía, no puedo más —dijo entre jadeos, y en un movimiento rápido se bajó un poco más la ropa y me fui deslizando hacia abajo hasta que sentí toda su longitud, gruesa y erecta, dentro de mí.

Ambos jadeamos ante ese contacto y comenzamos a movernos sin dejar de besarnos.

El deseo nos envolvía; esas ganas contenidas de tantos días y que en realidad no sabíamos que estaban ahí nos hicieron dejarnos llevar de un modo que, por cómo me miraba Álvaro, estaba claro que ninguno de los dos esperaba que fuera a ser posible.

No nos detuvimos hasta que alcanzamos el clímax, ese con el que ambos gemimos entre besos mientras nuestros cuerpos temblaban, saciados y excitados ante tanto placer.

Álvaro me rodeó por la cintura mientras me apoyaba en su hombro, los dos jadeando y con el pecho subiendo y bajando para recobrar el aliento. Y entonces lo escuché murmurar.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —pregunté levantándome para mirarlo, pero Álvaro tenía los ojos cerrados y estaba con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá.

—Que se nos ha olvidado algo, preciosa —dijo mirándome al fin, y fruncí el ceño. —No me he puesto preservativo.

Esas palabras hicieron que me estremeciera, y por un momento me quedé callada.

—Lo siento, Lucía, de verdad que normalmente pienso en estas cosas, pero hoy, contigo…

—No pasa nada —sonreí. —Tomo la píldora y no he estado con nadie en… mucho tiempo —lo dejé ahí, y él asintió.

—Para la próxima prometo tener una caja a mano —me dio un beso en los labios.

—¿Una caja? ¿Es que pretendes tenerme toda la noche en la cama?

—No me des ideas, anda, que todavía te puedo hacer gritar más.

Sonreí al escucharlo y nos dimos un tierno beso antes de separarnos.

Nos levantamos con lentitud. No hubo prisa.

Después de vestirnos, yo me acerqué a la mesa del comedor y saqué una hoja de papel. Escribí algo rápido, casi sin pensarlo. Lo doblé con cuidado y lo dejé junto a su móvil.

Él se acercó y lo miró, sin abrirlo aún.

—¿Puedo? —preguntó señalándolo; asentí y lo desdobló.

Era una frase que le había dicho semanas atrás a uno de mis alumnos; el chico tenía problemas de ansiedad y temía fallar en todo lo que hacía.

"*Lo importante no es llegar, es saber quedarte sin huir*".

Álvaro la leyó, y al levantar la vista, tenía los ojos brillantes.

—¿Y esto? —preguntó, con los ojos brillantes.

—Para que sepas que no tenemos que temer el quedarnos en un lugar o con una persona.

Sonrió y me besó.

Aquel fue un beso lento, sin urgencias. Un beso que no pedía promesas, solo presencia. Sus labios en los míos eran como un susurro de algo que empezaba, pero sin necesitar nombrarlo aún.

Al separarnos, no dijimos nada. Y fue perfecto así.

—Hoy te invito yo. Una cena y un buen vino.

—¿Y si me quedo otra vez sin querer que acabe?

—Mi cama es tu cama —hizo un guiño, y sonreí.

Álvaro me dio un último beso, uno fugaz y rápido, abrió la puerta y se fue dejándome sola y pensando en lo que había ocurrido desde que nos

encontramos la noche anterior en ese bar donde tuvimos nuestra primera cita más oficial.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que la vida no era algo que me pasaba a pesar de mí.

Era algo que, por fin, estaba empezando conmigo dentro.

Suspiré y se me dibujó una sonrisa en los labios, una de esas que solía ver en ocasiones en algunas de mis alumnas, cuando el chico que les gustaba les había prestado atención o cuando se sentían enamoradas.

Mi vida amorosa hasta el momento no había sido fácil y tampoco perfecta, ya que el destino me puso a prueba en una ocasión y de la peor manera. Por eso el miedo a sentir, a entregarme, a querer estar con alguien y dejarme llevar por lo que me hiciera sentir.

Pero Álvaro era tan diferente a otros hombres, no solo porque fuera padre y tuviera la responsabilidad bien arraigada en su manera de ser, sino porque era alguien con los pies en la tierra y la sabiduría de alguien que tuvo que madurar antes de tiempo.

Me di una ducha y tras ponerme algo de ropa cómoda, salí de casa para ir por los pasteles favoritos de mi madre y un pan de leña de ese que tanto le gustaba. Había quedado en ir a comer hoy a su casa, al igual que mi hermana Marina, y para allá fui caminando y disfrutando de un nuevo sábado de lo más primaveral.

Cuando entré en la que había sido mi casa durante tantos años, el delicioso olor de la paella hizo que se me cayera la baba.

—Qué bien huele, por favor —dije entrando en la cocina, donde ya estaban todos reunidos alrededor de la encimera comiendo un poquito de jamón y queso que había cortado mi padre.

—Aprovecha que tu hermano se ha levantado con hambre y no veas cómo le está dando al jamón —comentó Marina.

—Estoy en edad de crecimiento, hermana.

—¿Más? —gritamos las dos, al unísono.

—¿Quieres un vinito, hija? —me preguntó mi padre, y asentí.

Nos quedamos allí los cinco como solíamos hacer tiempo atrás, tomando ese aperitivo antes de la comida que mi madre nos preparaba con tanto esmero.

Ella solo trabajaba en su peluquería de lunes a viernes por la mañana; todas las tardes las tenía libres, a no ser que fueran fechas concretas y se quedara para atender a las clientas, mientras que los sábados dejaba todo en manos de las chicas que tenía contratadas.

Charlamos sobre nuestros respectivos trabajos, nos interesamos por los estudios de mi hermano pequeño y comimos esa paella que estaba de muerte y que, como siempre, sobró para que nos lleváramos Marina y yo un táper cada una para el día siguiente.

Aprovechando que nos quedamos solas en la cocina mientras preparábamos el café y los pasteles, le dije que no iba a poder salir con ella como le había prometido.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo? —preguntó.

—Álvaro, él ha pasado —sonreí.

—Es verdad que anoche saliste con él. ¿Cómo fue?

Suspiré, le conté todo y ella sonrió sin interrumpirme. Solo cuando terminé diciéndole que me invitaba a cenar esta noche también, habló.

—Pues me alegro, así que por mí ni te preocupes, que yo me hago una pizza y me pongo la serie, y tan feliz en mi casa —sonrió. —Además, mañana tengo turno por la mañana, se lo he cambiado a una compañera que lo necesitaba.

—Te prometo que el próximo sábado, la noche es para nosotras.

—Me lo apunto en la agenda —sonrió.

Después de tomarnos el café con nuestros padres y nuestro hermano, me despedí para volver a casa; quería descansar un poco mientras esperaba que Álvaro me dijera dónde nos veríamos, porque de eso no habíamos hablado antes de que se fuera.

Y sí, a pesar de que entre nosotros al final había pasado lo que estaba claro que podría pasar, estaba nerviosa por esa segunda cita que íbamos a tener esta noche.

Capítulo 14

Álvaro

Estaba en casa tranquilamente, tomándome un café, cuando me llegó un mensaje de mi primo diciéndome que tenía que hablar conmigo sobre una mujer.

Julián no solía hablar en serio de mujeres, o al menos antes no. Me dijo que estaría en mi casa en veinte minutos y, cuando escuché su coche, sonreí. Era tan puntual como yo.

Cuando lo vi entrar por la puerta de mi casa con el móvil en la mano y esa expresión que mezclaba asombro con un punto de ilusión contenida, supe que había algo distinto. Estaba raro. Callado, que en él ya era sospechoso de por sí.

—He buscado a Marina —dijo sin preámbulos, levantando la vista del teléfono y mirándome con una media sonrisa.

—¿Qué Marina? —Fruncí el ceño.

—¿A cuántas Marinas conocemos, primo? O, mejor dicho, ¿a cuántas hemos conocido recientemente?

—¿La hermana de Lucía? —Abrí los ojos ante la sorpresa, y él asintió, como si solo pronunciar su nombre lo pusiera en evidencia.

—Tiene algo. No sé explicarlo… pero me gusta.

Solté una carcajada leve y negué con la cabeza mientras le ofrecía un café. Julián, el eterno conquistador, de pronto hablaba de alguien como si no quisiera solo un polvo de sábado. No lo veía venir.

—¿Y desde cuándo te gustan las mujeres que, a simple vista, no parecen dispuestas a una noche sin más expectativas que un poco de sexo? —le solté con cierta ironía mientras me apoyaba en la encimera de la cocina —Porque esa mujer no parece de las que busca sexo, y ya.

Julián no se ofendió. Se sentó en el taburete frente a mí, apoyó los codos en la encimera y dio un sorbo al café como si pensara muy bien lo que iba a decir.

—Desde hace un año, más o menos —contestó con sinceridad, y supe que esta vez no iba de broma.

Fruncí el ceño. Julián llevaba años encasillado en ese papel de mujeriego empedernido. El de siempre tener una historia picante que contar. El que no se comprometía ni con el recuerdo. Así que me costó un poco creerlo.

—¿Qué te pasó?

—Lo que nos pasa a todos tarde o temprano: que las palabras de alguien se te quedan atrapadas en la cabeza como una canción vieja —me dijo, bajando la voz un poco. —Fue la abuela, ¿te acuerdas de la última vez que fuimos a verla juntos?

Asentí. Hacía casi un año. Había sido una tarde tranquila, con café y risas flojas. Ella ya estaba enferma, pero mantenía esa lucidez tierna y punzante que la caracterizaba.

—Esa tarde me dijo: “Julián, ¿no te cansas de estar siempre de paso?” —recordó con los ojos clavados en la taza —Y me reí, como siempre, porque su forma de hablar parecía sacada de una novela, pero después, cuando me fui y me subí al coche, no pude dejar de pensar en eso. En que siempre estaba de paso. En que no había dejado huella en nadie, ni había dejado que alguien la dejara en mí.

Sus palabras me llegaron más de lo que quise admitir en voz alta. Porque, aunque nuestras historias eran distintas, en el fondo todos

buscábamos lo mismo: sentido, arraigo, algo más allá del placer inmediato.

—Y desde entonces —continuó él, con tono más suave, —empecé a mirar distinto. A desear distinto. Vi a nuestras primas con sus parejas, vi a tus padres cuando los visitamos en Navidades, y entendí que, aunque la vida sin amor puede ser cómoda, también es terriblemente tediosa. Y cuando vi a Marina… fue como si todo lo que había estado evitando durante tanto tiempo me encontrara de golpe.

Lo miré en silencio unos segundos, y luego sonreí con honestidad. No siempre se tenía el privilegio de ver cómo alguien a quien quieres empezaba a abrirse, a permitirse sentir desde otro lugar.

—Marina es distinta, eso seguro —dije al fin. —Pero no creo que esté buscando algo tampoco. Por lo que nos dijo Lucía, esa mujer debe haberlo pasado mal.

—Ya lo sé —asintió. —Pero no quiero buscar. Solo… estar. Ver qué pasa si no corro esta vez.

Nos quedamos callados unos instantes, bebiendo en silencio. Afuera, la tarde iba cayendo lenta, y el cielo se teñía de un azul cada vez más profundo. Fue entonces cuando sentí que debía contarle algo también. No por obligación, sino porque había en el aire una sinceridad que no quería dejar pasar.

—Anoche estuve con Lucía —solté, como quien dejaba caer una piedra en un lago y esperaba las ondas.

Julián me miró con los ojos ligeramente abiertos, pero no con juicio, sino con sorpresa.

—¿En serio? —preguntó, y asentí —¿Y… os acostasteis?

—Sí —respondí sin rodeos. —Pero fue más que eso. No fue una aventura. No fue un error.

Julián se acomodó en la silla como si necesitara procesar lo que acababa de oír.

—Voy a cenar con ella otra vez esta noche. Y quiero traerla aquí, a casa —añadí, como si el decirlo en voz alta le diera aún más peso.

Él me miró con una mezcla de complicidad y asombro, y luego se rio, bajito.

—Te has enamorado, cabrón. Se te nota.

No respondí enseguida. Solo sonreí de lado, porque lo que decía tenía razón. Era eso. Había algo en Lucía que me removía, que me calmaba y me agitaba a la vez. No era solo su risa, ni su manera de mirarme como si pudiera verme más allá de lo obvio. Era la paz y el vértigo.

—No dejes que nadie lo estropee —dijo Julián, poniéndose serio de repente. —Ni tus miedos, ni el pasado. Nadie.

—No lo haré —le aseguré, sintiendo que por fin una parte de mí se alineaba con algo verdadero.

En ese momento apareció Claudia. Su entrada siempre tenía ese efecto de aire fresco.

—Me voy con mis amigas. A lo mejor me quedo en casa de Vero, ¿vale? —dijo mientras se acercaba para darme un beso en la mejilla. Y no pude evitar arreglarle un mechón de pelo como cuando era niña y le pedí que tuviera cuidado.

Me sonrió, me dio un beso rápido y se marchó como siempre: ligera, decidida, con el mundo por delante.

—Esa niña va a romper más corazones que tú y yo juntos —dijo Julián en broma.

—Y espero que los rompa bien —respondí, sintiendo el orgullo y el miedo de ser padre, sabiendo que la que una vez fue mi niña ya tenía algo parecido a un novio.

Volví a mirar la puerta después de que se cerrara, y entonces me giré hacia Julián, que aún tenía esa cara de medio bobo enamorado.

—¿Sabes qué me gusta de todo esto? —le dije mientras recogía las tazas de café vacías de la encimera —Que, por primera vez, en mucho tiempo, siento que no tengo que fingir. Ni con Lucía, ni contigo, ni conmigo. Y eso, primo, es un buen inicio.

—Pues brindemos por los inicios —propuso él, yendo a la nevera para sacar un par de cervezas.

Y lo hicimos. Con la complicidad de los que habían sido muchas versiones de sí mismos, y aún estaban aprendiendo a quererse en la nueva.

Porque, a veces, los *matches* no buscados con alguien eran los que más sentido tenían.

Se fue dejándome solo poco después y le puse un mensaje a Lucía para que viniera a mi casa, indicándole la dirección y la hora. Me di una ducha mientras pensaba en todo lo que había ocurrido entre nosotros en unas pocas horas, y debía admitir que estaba deseando que ella llegara para volver a verla.

Faltaban quince minutos para las nueve cuando Lucía llamó al timbre. Fui hacia la puerta para abrirle y noté que tenía las manos ligeramente temblorosas. No por nervios, sino por la conciencia de que esto ya no era un juego.

Venía con un vestido sencillo, azul oscuro, sin maquillaje apenas, el pelo suelto. Bellísima, sin quererlo demasiado.

—Hola —dijo con esa sonrisa que me desarmaba.

—Hola. Pasa, estás en tu casa.

Entró, recorriendo con la mirada la casa como si quisiera memorizarla. Le di una copa de vino, y le hice un pequeño recorrido por la casa, esa donde se detuvo a contemplar la infinidad de fotos que tenía de mi hija.

Finalmente la guie hasta la cocina abierta, donde ya tenía todo dispuesto: velas bajas, un risotto de setas casi listo, pan tostado y música suave de fondo.

—Huele increíble —dijo.

—Es mi plato estrella. Bueno, mi único plato estrella.

—Pues tiene una pinta buenísima —se puso de puntillas y me dio un beso rápido en los labios.

No, yo no lo había hecho cuando la abrí porque me había prometido a mí mismo darle el tiempo y el espacio que necesitara para que esto fluyera como ella misma quisiera. Con ella no tenía prisas, pero sí era cierto que la deseaba tanto que no podía dejar de pensar en quitarle ese vestido y hacerla mía de nuevo.

Nos sentamos en la isla de la cocina y comimos entre sonrisas y frases suaves, sin prisas. El vino ayudó, pero más ayudó la forma en que ella me miraba, como si escuchara también lo que no decía.

—¿Estás bien aquí? —le pregunté.

—Sí. Siento que hace mucho no estaba en un lugar así. Seguro. Luminoso —respondió, mirando alrededor, pero sabiendo que no hablaba solo del espacio.

Después del postre, nos quedamos en silencio varios minutos, mirándonos. Luego la besé. Con calma. Sin prisa. Con la sensación de que, por primera vez, el deseo no era fuego sino raíz.

—¿Está Claudia? —preguntó en un susurro, con los ojos brillantes de lo que, sin duda alguna, era deseo.

—Se fue con unas amigas —contesté, y ella se mordisqueó el labio. —¿Quieres irte, o quieres quedarte, Lucía?

—Quiero quedarme —susurró, y en ese momento me hizo sentir el hombre más afortunado del planeta.

No lo dudé ni por un momento, me levanté, la cogí en brazos y sonreí al ver el modo en el que se sonrojaba y escondía el rostro en mi cuello. Pero me sorprendió notar el beso que me daba en esa zona mientras con sus dedos lo acariciaba.

La llevé a mi habitación y allí, con la única luz de la luna entrando por la ventana, la dejé en el suelo a los pies de la cama y volví a besarla mientras la estrechaba entre mis brazos.

Nos desnudamos el uno al otro, despacio y entre besos, contemplándonos, y yo me deleité de nuevo con ese cuerpo que me volvía loco. La toqué como quien tocaba una obra de arte, despacio y con delicadeza, como si de ese modo pudiera memorizar en mi mente cada rincón de su cuerpo, de su piel, todo.

Separé sus piernas ligeramente con la mano y comencé a tocar esa zona que encontré húmeda, deslicé los dedos entre sus labios vaginales y la hice gemir ante ese contacto. Se agarró con fuerza a mis hombros y dejó caer la cabeza un poco hacia atrás, y en ese momento me sentí tentado para besarle el cuello, lamerlo y hacer que esa mujer que me había tenido durante meses pensando en ella se estremeciera entre mis brazos.

Su mano bajó despacio por mi torso y mi vientre, haciendo que cada centímetro que cubría se erizara por la anticipación de lo que iba a hacer. Y lo hizo.

Mientras yo la tocaba a ella y le arrancaba un gemido tras otro, ella envolvió mi miembro erecto con su mano y comenzó a masturbarme como había hecho esta mañana.

Lo hacía despacio, con cuidado, como si temiera que no fuera a gustarme cuando en realidad me encantaba. Su tacto era suave, su mano estaba caliente y mi miembro palpitó de placer bajo ella.

Jadeé, gimió, nos miramos y nos lanzamos el uno a por los labios del otro en un beso urgente, necesitado y desesperado como ningún otro que hubiéramos compartido antes.

Nos llevamos al límite, al borde del placer, y ella se corrió cubriendo mi mano con sus fluidos mientras yo me controlaba por no acabar de igual modo antes de tiempo. Y es que esta mujer me volvía tan loco y me excitaba tanto, que se me hacía casi imposible poder controlarme.

La recosté en la cama y comencé a lamer su entrepierna mientras la miraba con esa lascivia que sabía que había en mis ojos, con el deseo de querer darle más y más placer del que ya le había dado.

Lucía se estremecía, arqueaba la espalda, agarraba las sábanas y gemía mientras movía las caderas en busca de mi lengua. Ya la estaba empezando a conocer y sabía lo que me pedía sin palabras. Ella quería más, y yo se lo di.

Comencé a penetrarla con el dedo, tirando hacia mí como si fuera un pequeño gancho, haciendo que se agitara más y que sus gritos resonaran en la habitación.

No me detuve, sino que aumenté el ritmo y la enloquecí de tal modo que, ahora sí, dejó la vergüenza a un lado y comenzó a pedirme que no parara, que siguiera, y lo hice mientras mi propia excitación crecía más y más.

Se corrió entre temblores de su cuerpo y las sacudidas de este, moviendo las caderas en mi boca, haciendo que yo mismo no pudiera contenerme más. Cuando acabó de liberar todo, dejé un beso en el interior de su muslo y me acomodé entre sus piernas.

Esta vez no me olvidé de lo esencial, aunque bien poco me habría importado hacerlo sintiéndola plenamente como esta mañana. Me puse el preservativo ante su atenta mirada y la besé mientras me adentraba en ella.

Embestí con fuerza una última vez y los dos gemimos al sentir el contacto; tras unos segundos, comencé a moverme de nuevo y no nos detuvimos en ningún momento.

Besos, caricias, sus uñas en mi espalda, el sonido de nuestros cuerpos chocando, sus gemidos y gritos mezclándose con mis jadeos, y al cabo de varios minutos más tarde ella volvió a correrse.

Me retiré y le pedí que se arrodillara en la cama, momento en el que la penetré con fuerza desde atrás. Gritó al sentirme completamente dentro y tan profundo, y ambos nos dejamos llevar por las ganas que nos teníamos, esas que era inevitable no ver que existían.

Llegamos juntos al clímax, liberándolo al unísono entre gemidos y gritos de puro y exquisito placer; me dejé caer ligeramente sobre su espalda y dejé un beso suave antes de retirarme.

Fui al cuarto de baño para deshacerme del preservativo y cuando regresé, la vi sonreír en la penumbra. Me metí en la cama y pasé el brazo por sus hombros para besarla una última vez en los labios.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó con timidez, y fruncí el ceño.

—Estaría loco si quisiera que lo hicieras, preciosa —le besé la frente, un gesto tierno y dulce que me salió del corazón. —Buenas noches.

—Buenas noches, Álvaro.

No sabía por qué me había preguntado eso, pero debía ser porque alguno de esos hombres con los que estuvo antes que conmigo funcionaban así.

De hecho, yo mismo había funcionado así desde que me divorcié de la madre de Claudia.

Y nunca, bajo ningún concepto, las había traído a mi casa a tener sexo y quedarse a dormir. Ni siquiera Paula; ella solo comió o cenó aquí alguna noche, pero el sexo en esas ocasiones no tuvo cabida, puesto que estaba mi hija.

Lucía era la primera mujer a la que metía en mi cama desde hacía diez años, cuando mi exmujer salió de mi vida para siempre. Lucía era diferente, era especial; ella lo era todo en este momento y quería que siguiera en mi vida, en mi mundo.

Se quedó dormida en mi pecho, respirando en sincronía conmigo.

Y mientras sentía su cuerpo pegado al mío, supe que no quería perder esa sensación. Que no quería volver a mirar el futuro como algo incierto, sino como algo compartido.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, dormí profundamente. Sin ruido en la cabeza. Sin vacío.

Desde luego que estaba más que confirmado que el *match* no buscado era el que más sentido tenía. El que menos se planeaba. El que te encontraba justo cuando estabas listo para no huir.

Capítulo 15

Álvaro

La luz del amanecer se filtraba suavemente a través de las cortinas, tiñendo la habitación con tonos cálidos y dorados. Me desperté lentamente, sintiendo una calidez a mi lado que no era habitual. Giré la cabeza y sonreí al ver que allí estaba Lucía, dormida plácidamente, con el rostro sereno y relajado. En ese momento me sentí diferente a como me había sentido en otras ocasiones, parecidas a esta.

Sin hacer ruido, me incorporé ligeramente y la observé durante unos minutos. La imagen de Lucía dormida me transmitía una paz que no había experimentado en mucho tiempo. La serenidad de su rostro, la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración, incluso la manera en que su cabello se desparramaba sobre la almohada, todo parecía parte de una escena que no quería olvidar jamás.

Decidí no despertarla; en lugar de eso, me recosté nuevamente y la abracé con suavidad, rodeándola con mis brazos de manera protectora. En ese instante, sentí algo profundo y verdadero. No era solo atracción, ni siquiera únicamente cariño. Era una sensación de pertenencia, de haber encontrado finalmente un refugio en medio del caos que en los últimos años había sido mi vida.

Lucía, al sentir el movimiento, despertó lentamente. Sus ojos se abrieron y, al verme tan cerca, una sonrisa tímida apareció en sus labios. Sin decir

palabra, se acercó más a mí, buscando el calor de mi cuerpo. Y yo la sostuve con ternura, acariciando su espalda con suavidad.

—¿Has dormido bien? —murmuré con la voz algo ronca por el sueño.

—Como hace mucho no dormía —respondió con sinceridad, cerrando los ojos un momento mientras se acurrucaba aún más.

El silencio entre nosotros era cómodo, lleno de complicidad y entendimiento. No necesitábamos palabras para expresar lo que sentíamos; nuestros corazones hablaban por sí mismos. Después de un rato, Lucía levantó la cabeza y me miró a los ojos. Sin pensarlo, se acercó y me dio un beso suave, lleno de cariño.

Yo respondí al beso con la misma dulzura, acariciando su mejilla mientras nuestros labios se encontraban. El mundo exterior parecía desvanecerse en ese momento, como si solo existiéramos nosotros dos, envueltos en nuestro propio universo de afecto y conexión.

Finalmente nos separamos un poco, pero permanecimos abrazados. Lucía apoyó su cabeza en mi pecho y cerró los ojos, sonriendo al escuchar el latido de mi corazón. Y sonreí a mi vez, porque esa mujer me hacía sonreír como solo mi hija conseguía. Le acaricié el cabello y, tras besarle la sien, murmuré:

—Buenos días, Lucía.

—Buenos días —respondió, levantando la cabeza para mirarme. Creo que ya sí debería irme —dijo.

—¿Irte? Imposible, antes hay que desayunar.

—Veo que te has tomado al pie de la letra lo de dormir y desayunar juntos —sonrió.

—Soy un caballero, no voy a permitir que una hermosa dama como tú se vaya sin probar mi delicioso desayuno.

—Me estás empezando a dar hambre, que lo sepas —rio.

—Yo sí que tengo hambre, preciosa, y no es de comida precisamente.

—No me mires así —se sonrojó.

—Así, ¿cómo?

—Como si tú fueras el lobo, y yo, la pobre Caperucita.

—No me hagas imaginarte con un traje de Caperucita sexy, porque entonces no salimos de la cama.

—¿Eso es una amenaza, señor CEO? —Arqueó la ceja.

—No, señorita profesora, es una promesa.

Y me lancé a sus labios como un hombre hambriento. La besé mientras mis manos recorrían su cuerpo, acariciando esa piel suave y delicada, y ella hacía lo mismo, devolviéndome el beso con una pasión que me tenía completamente rendido a sus pies.

La llevé al orgasmo con mis manos y mi boca, acariciando sus pechos, lamiendo y mordisqueando sus pezones, tocando entre sus piernas esa zona húmeda y caliente mientras todo su cuerpo se estremecía de puro placer y ella gemía una y otra vez sin parar.

Tras ese primer orgasmo, me acomodé entre sus piernas y bebí de ella, de ese calor que emanaba de su sexo, de la humedad que conseguí que se formara. Se corrió en mis labios y no pude contenerme más tiempo para estar dentro de ella, por lo que en cuanto acabó, cogí el preservativo y, tras ponérmelo, volví a hacerla mía, entregándome a ella y recibiendo todo lo que me daba.

Saciados, exhaustos, jadeantes y con el pecho subiendo y bajando rápido a causa de la excitación compartida, nos quedamos en la cama abrazados unos minutos hasta que recobramos el aliento y, tras un último beso, sonreímos mirándonos fijamente en silencio.

Nos levantamos de la cama y, tras ponerme unos pantalones de chándal y ella mi camisa que había quedado tirada en el suelo la noche anterior, le

cogí la mano y fuimos a la cocina. Mientras preparábamos el desayuno, compartimos risas y bromas, disfrutando de la compañía del otro. La atmósfera era ligera y alegre, llena de momentos espontáneos y gestos cariñosos. Lucía cortaba fruta mientras yo tostaba el pan. El contacto visual entre nosotros era constante, las miradas cómplices, los pequeños roces de manos, todo hablaba de una intimidad recién nacida, pero ya profundamente anclada.

—Tu café con leche y azúcar, ¿verdad? —le pregunté y ella sonrió al tiempo que asentía.

Me encantaba verla sonreír; ese simple y sencillo gesto era una maravilla, algo que me daba la vida.

—Marchando entonces —le di un leve azote en la nalga y ella dio un respingo.

Preparé el café mientras la veía colocando la fruta con un cuidado y una precisión que solo alguien tan organizado como yo podría tener, y eso me gustó. Lo que, para mi ex, la madre de Claudia, era un agobio, para Lucía era algo natural.

Me acomodé a su espalda y la abracé; ella sonrió al notar mi beso en su cuello y no pude evitar llevar mis manos por sus muslos, acariciándolos despacio mientras las subía hasta alcanzar su cintura.

—Te ves tan sexy ahora mismo en mi cocina, con mi camisa, que te sentaría en la encimera y volvería a hacerte mía —susurré, notando cómo ella se estremecía ante mis palabras.

—Si lo haces, el desayuno se va a quedar frío.

—No me importa lo más mínimo —confesé, y haciendo que girara hasta quedar frente a mí, comencé a besarla de nuevo mientras notaba cómo mi cuerpo volvía a cobrar vida.

Esta mujer me enloquecía, me excitaba y me hacía querer estar con ella a cada instante.

De repente, la puerta de la cocina se abrió, nos apartamos y apareció Claudia, con su pijama de estrellas y una expresión de sorpresa en el rostro.

—¡Papá! —exclamó, mirándome primero a mí y luego a Lucía —¿Qué hacéis aquí?

Lucía se sonrojó intensamente, y en su rostro vi una mezcla de sorpresa y vergüenza. Yo, sin embargo, me acerqué a mi hija con una sonrisa y la abracé.

—Buenos días, cariño —dije. —Lucía y yo estábamos a punto de desayunar juntos.

Claudia, con una sonrisa traviesa, se acercó a Lucía y la abrazó también.

—¡Qué bien! —dijo. —Me alegra verte aquí, profe —sonrió.

Lucía, aún sonrojada, respondió tímidamente:

—Hola, Claudia. No sabía que estarías aquí. Tu padre me dijo que te habías ido con unas amigas —me miró con terror y vergüenza, y yo solo pude sonreír.

—Sí, llegué tarde —contestó Claudia, mirándome con una sonrisa cómplice. —Al final no me quedé en casa de Vero porque ella se fue a casa de su prima. Anoche mismo la dejó el novio, y la pobre estaba destrozada —dijo de manera casual y haciendo que Lucía no se sintiera una extraña entre nosotros.

El ambiente en la cocina se volvió más relajado. Los tres compartimos el desayuno, hablando sobre la noche que había pasado mi hija celebrando el cumpleaños de una de sus amigas y disfrutando de la compañía mutua. Claudia, con su energía juvenil, aportó un toque de frescura a la conversación, mientras que Lucía y yo, intercambiamos miradas llenas de complicidad.

En un momento, Claudia relató una anécdota divertida de su noche que nos hizo reír a los dos. Y a mí me sorprendió descubrir lo fácil que le resultaba a Lucía conectar con mi hija fuera de las aulas.

Siempre me había preocupado cómo reaccionaría Claudia al verme con otra mujer aquí, en nuestra casa, puesto que nunca había estado presente, pero la espontaneidad de mi hija en este instante disipó esas dudas. Era una chica madura, inteligente y sensible. Y, por encima de todo, parecía verdaderamente feliz por mí.

Cuando terminamos de desayunar, Claudia se levantó y se despidió de Lucía con un abrazo.

—Voy a estudiar un poco, que cierta profesora de mates nos pone mañana un examen —carraspeó mirando a Lucía, que sonrió al tiempo que negaba. —Nos vemos después, papá —me dio un beso y un abrazo que me llegaron al alma.

—Claro, hija —respondí.

Lucía, aún algo avergonzada, me miró y suspiró.

—No puedo creer que me haya visto así —murmuró.

Sonreí, la miré con ternura y le acaricié la mejilla.

—No tienes por qué avergonzarte —dije. —Claudia está feliz por nosotros. Ya me comentó que hacíamos buena pareja.

Lucía sonrió tímidamente, agradecida por las palabras que le había dicho. Me acerqué y le di un beso en la frente.

—¿Te quedas a pasar el día conmigo? —pregunté mientras la abrazaba mirándola a los ojos.

La vi dudar por un momento, pero finalmente negó con la cabeza.

—Creo que mejor no —respondió. —Aún estoy un poco avergonzada por lo de Claudia.

Asentí, comprendiendo su reacción. Me incliné y la besé en los labios, un beso suave, pero lleno de cariño.

—Te entiendo —contesté, —pero recuerda que no tienes nada de qué avergonzarte.

Lucía sonrió y se dirigió a la habitación para vestirse. La observé irse, sintiendo una mezcla de emociones. Era consciente de que los sentimientos que estaban creciendo entre nosotros no eran algo pasajero. La conexión iba más allá de lo físico, más allá incluso del simple enamoramiento. Era algo real, honesto, profundamente humano.

Cuando ella salió de la habitación, se acercó y me dio un beso apasionado en los labios.

—Hasta pronto —dijo, antes de salir por la puerta, y me quedé allí, pensativo.

Decidí entonces ir a hablar con Claudia, así que me dirigí a su habitación y llamé a la puerta suavemente.

—¿Puedo pasar? —pregunté, asomando la cabeza.

—Claro, papá —respondió con una sonrisa.

Entré y me senté junto a ella en la cama.

—Quería hablar contigo sobre lo que has visto hoy —dije, y Claudia me miró con una sonrisa comprensiva.

—Papá, si estás empezando algo con Lucía, me parece genial —dijo ella, para mi sorpresa. —Pero si no va a ser algo serio, por favor, no le hagas daño. Ella tiene una historia dolorosa detrás.

Asentí, pensativo. Sabía a qué se refería Claudia. Había escuchado fragmentos de la vida de Lucía: una relación fallida, una decepción que le dejó cicatrices, una soledad que aprendió a disfrazar con sonrisas. Era una mujer fuerte, sí, pero también frágil en lo profundo. Y eso me conmovía más de lo que podía admitir.

—Gracias por tu preocupación —dije. —Voy a ser cuidadoso.

Claudia sonrió y me abrazó con fuerza.

—Te quiero, papá —murmuró en mi cuello.

—Yo también te quiero, hija —respondí, estrechándola en mis brazos.

Al salir de la habitación de Claudia, saqué mi móvil y le envié un mensaje a Lucía.

Álvaro: *Me ha encantado pasar esta noche contigo. Estoy deseando repetirlo pronto.*

Guardé el teléfono de nuevo en el bolsillo y me quedé mirando por la ventana, reflexionando sobre lo que Claudia me había dicho. Sabía que debía ser cauteloso, pero también sentía que lo que estaba comenzando con Lucía era algo especial. No quería precipitarme, pero tampoco deseaba dejar pasar la oportunidad de construir algo real. La vida ya me había enseñado a no dar por sentadas las segundas oportunidades.

Pensé en lo mucho que había cambiado todo en los últimos días. En cómo la soledad, que antes era mi única compañía, había sido reemplazada por momentos de risa, ternura y esperanza. Lucía había llegado como una ráfaga de aire fresco, y ahora todo tenía un nuevo color, una nueva luz.

Respiré hondo. Aún no sabía qué caminos tomaría esa relación, pero por primera vez en mucho tiempo, sentía que el futuro podía traer algo bueno de verdad. Sonreí para mí mismo y, con renovada determinación, me dirigí al salón.

Mi vida debía continuar. Y quizás, solo quizás, esta vez no tendría que hacerlo estando solo.

Capítulo 16

Lucía

Aquella mañana de domingo había sido completamente diferente a lo que hubiera vivido antes.

Por un lado, la calidez de su abrazo aún me envolvía, pero por otro, la vergüenza de la inesperada aparición de Claudia me hacía sentir incómoda.

Por lo que, después de la sorpresa matutina en casa de Álvaro, necesitaba hablar con alguien. No solo para desahogarme, sino para entender lo que había sucedido y lo que sentía. Así que decidí ir al hospital a ver a mi hermana Marina. Ella siempre había sido mi confidente, la persona con la que podía compartir mis pensamientos más íntimos sin miedo al juicio.

Cuando llegué, la encontré en la cafetería del hospital, sentada junto a la ventana con una taza de café en las manos. Sonrió al verme entrar.

—Lucía, ¿qué haces aquí? —preguntó levantándose —¿Estás bien?

—Sí, dentro de lo que cabe —respondí tras abrazarla mientras me sentaba junto a ella. —Pero necesitaba verte.

Marina me miró con curiosidad, dejando la taza sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado? Pareces preocupada.

Suspiré profundamente antes de hablar.

—Anoche estuve en casa de Álvaro y, bueno, las cosas se complicaron un poco —dije, y mi hermana levantó una ceja, interesada.

—¿Se complicaron? ¿Cómo?

Le conté todo: desde la noche que pasamos juntos, el despertarnos abrazados, hasta el momento en que su hija Claudia entró en la cocina y me vio con solo su camisa puesta. Marina no pudo evitar reírse al imaginar la escena.

—¡Dios mío, Lucía! —exclamó entre risas —¡Eso sí que es una entrada triunfal!

Me sonrojé, pero también me reí con ella.

—No fue tan gracioso en ese momento —dije, aunque una sonrisa se dibujaba en mi rostro. —Pero ahora lo veo con humor.

Mi hermana sonrió y me miró con ternura.

—Es normal sentirse avergonzada, pero también es una señal de que estás viviendo algo auténtico. No todos tienen la suerte de encontrar a alguien con quien compartir esos momentos.

Asentí, sintiendo una mezcla de gratitud y nerviosismo.

—No sé qué está pasando entre Álvaro y yo, pero siento que es algo especial. Desde hace meses lo veía de otra manera, y ahora que estamos empezando algo, no quiero que se acabe.

Marina me cogió las manos con suavidad, con esa dulzura que una hermana mayor siempre tendría con sus hermanos pequeños, una casi maternal.

—Lucía, ya era hora de que te permitieras querer a alguien. Mereces ser feliz, dejar atrás el pasado y abrir tu corazón a nuevas experiencias.

La miré a los ojos, sintiendo una profunda conexión con ella.

—Gracias, Marina. Y tú también mereces ser feliz. No quiero verte siempre guardando luto por alguien que ya no está y que tampoco querría verte así. Quiero verte enamorada, viviendo plenamente —dije, y Marina sonrió, tocada por mis palabras.

—Lo sé, y lo intentaré en algún momento. Como dice mamá, aún soy joven y no puedo estar enterrada y muerta en vida. Pero por ahora, quiero que tú seas feliz. Y si Álvaro te hace sentir así, entonces, adelante.

Nos abrazamos, compartiendo un momento de complicidad y amor fraternal.

Antes de irme, Marina me dio un consejo final.

—Recuerda, Lucía, que el amor no siempre es perfecto, pero cuando es real, vale la pena. No tengas miedo de vivirlo.

Nadie como ella sabía lo que eso significaba, porque así fue ese amor que sintió con Fran, su difunto marido. Solo que ellos sí eran la pareja perfecta, esa en la que yo misma me fijaba cuando pensaba en el hombre con el que en un futuro querría compartir mi vida.

Salí del hospital con el corazón ligero, con la sensación de que, por fin, estaba en el camino correcto. Pensé en Álvaro, en lo que sentía por él y en lo que el futuro podría depararnos. Ojalá nada estropeara lo que estábamos empezando a construir.

La charla con Marina había sido como un bálsamo. Ella tenía esa forma de hacerme sentir que no estaba sola, que incluso en mis momentos más caóticos, había un lugar al que podía volver y donde todo cobraba sentido.

Me subí al coche, encendí el motor y dejé que el aire templado empezara a envolverme. Cerré los ojos un momento antes de arrancar. Aún sentía el tacto de Álvaro en mi mejilla, su forma de mirarme al despertar, como si yo fuera algo frágil y valioso a la vez. Aquello me había desarmado más que cualquier palabra.

Puse el coche en marcha y en la radio sonaba “Para tu amor”, una canción de Juanes que había escuchado alguna que otra vez, pero que, en este momento, sentía la letra mucho más.

“Y tengo también un corazón que se muere por dar amor y que no conoce el fin. Un corazón que late por vos…”

Mientras conducía de regreso a casa, mi mente repasaba la escena de la cocina como si la estuviera viendo desde fuera: yo, con la camisa de Álvaro casi hasta las rodillas, el pelo aún revuelto, nuestras risas mientras me incitaba de nuevo a dejarme llevar, el momento en el que me giró y sus labios se posaron en los míos, el instante en el que mi mente dijo “sí, quiero que lo hagas”, y, de repente, Claudia entrando como un pequeño huracán en pijama, parpadeando con sorpresa, y luego esa sonrisa tan suya al vernos.

Había sido tan natural todo. Tan inesperadamente sencillo. Y a la vez, eso era lo que más me desconcertaba: la normalidad con la que ella, su hija, había aceptado mi presencia en su casa, mi presencia en su vida.

Mi vergüenza se había disparado en ese instante. Había querido desaparecer, correr a esconderme en cualquier rincón, taparme la cara y no salir hasta que pasaran semanas. Pero Claudia, con su abrazo espontáneo y su alegría despreocupada, lo había desactivado todo. Me había recordado que, tal vez, no había nada que ocultar.

Mientras aparcaba frente a casa, el móvil vibró. Miré y vi que era un mensaje de Álvaro.

Álvaro: *Gracias por anoche. Y por esta mañana. Me ha encantado verte despertar conmigo. Ojalá podamos repetirlo pronto.*

Lo releí varias veces, con una sonrisa cada vez más tonta en la cara. Apreté el móvil contra mi pecho un instante, como si así pudiera guardar el calor de sus palabras.

Subí a casa despacio, sin querer que se acabara la sensación de flotar. Me preparé un té, encendí una vela en el salón y me dejé caer en el sofá con la

taza caliente entre las manos. Me sentía como si estuviera empezando algo, algo bueno. Algo real.

Y eso me asustaba.

Porque hacía tanto que no me permitía sentir con esta intensidad que ahora, que lo estaba viviendo, cada paso me parecía un salto al vacío. Me había protegido durante años, había construido muros altos a mi alrededor, temiendo que volver a amar significara volver a perder.

Pero con Álvaro… con él era distinto.

Con él no sentía que tuviera que defenderme. Sentía que podía bajar la guardia, mostrarme tal como era. Que él no se asustaría. Que no saldría corriendo. Que se quedaría.

Suspiré, un suspiro largo y profundo, dejando escapar parte de ese miedo que me rondaba por dentro.

Marina tenía razón: ya era hora de dejarme querer.

Lo que había entre Álvaro y yo era todavía frágil, como una hoja nueva que asomaba en primavera. Pero era real. Y si quería que creciera, tendría que cuidarla. Sin prisas, pero sin esconderme.

Miré el móvil otra vez, abrí su mensaje y esta vez sí me atreví a responder.

Lucía: *A mí también me encantó. No sabes cuánto. Ojalá se repita muy pronto.*

Y al enviarlo, sentí que daba un paso. Uno pequeño, pero firme.

Me abracé las piernas en el sofá, apoyé la mejilla en las rodillas y cerré los ojos, pensando en su mirada, en sus manos, en la forma en que decía mi nombre.

Ojalá nada estropeara esto. Ojalá pudiera durar. Y si había alguna forma de hacer que durara, esta vez estaba dispuesta a intentarlo.

Porque Álvaro Roldán no era como los demás, no se había mostrado insistente, no había ido con prisas y en busca de algo básico y primitivo, no, él se había tomado el tiempo y la molestia de hacer que yo llevara el control de los tiempos.

Y por eso me había dejado llevar, porque en ningún momento quiso ir con prisa conmigo y tampoco me exigió nada.

Suspiré mientras miraba por la ventana y recordaba el momento en la feria en el que bailamos juntos. No éramos unos expertos bailarines, pero ese hombre, dentro de la seriedad que le caracterizaba como a cualquier otro CEO del mundo, tenía una capacidad de hacerme reír que me gustaba.

Y como había dicho mi abuela en alguna ocasión, la persona que era capaz de hacernos reír incluso cuando estábamos rotos por el dolor, era la única que en realidad merecía obtener nuestro amor.

Me gustaba Álvaro, desde hacía meses si era sincera conmigo misma, y ahora estaba mucho más convencida de ello.

Capítulo 17

Álvaro

Era un día cualquiera, un lunes como otros muchos, pero para mí no lo era. Hoy, por alguna razón, desperté con un ánimo extrañamente alegre. Tal vez fuera la sensación de que algo especial podía pasar. O tal vez solo había dormido bien, lo que no era tan común últimamente.

Desde que conocí a Lucía, todo en mi vida parecía un poco más brillante. Incluso los lunes.

Me vestí sin prisas. Hoy no tenía reuniones, ni llamadas urgentes, ni nada que me apremiara. Solo tenía una idea en mente: sorprender a Lucía. Llevaba unos días pensando en cómo hacerlo. Sabía que tenía que ser algo fuera de lo común, algo inesperado. Y entonces se me ocurrió.

Me armé de valor, decidí que iría al instituto donde ella trabajaba, la sorprendería en su lugar de trabajo y la invitaría a comer. La idea me emocionaba, pero también me llenaba de esa incertidumbre que aparecía siempre cuando te arriesgabas a hacer algo espontáneo.

¿Qué pasaría si la pillaba en medio de una clase complicada o si su día no iba bien? Decidí no pensarlo demasiado. Lo importante era que debía saber que estaba pensando en ella.

—Buenos días, papá —dijo Claudia entrando en la cocina, ya lista para ir a comenzar su día de clases.

—Buenos días, hija. ¿Preparada para ese examen de matemáticas que cierta profesora va a poneros? —pregunté, y ella sonrió.

—Sí, tranquilo, seguro que apruebo porque soy buena estudiante, no porque mi padre la invitara a cenar hace un par de noches y la hiciera ver las estrellas en la cama.

—Claudia, por Dios —protesté, y ella soltó una carcajada.

—A ver, papá. Que ya no soy una niña y sé cómo se hacen los bebés. Y sí —me cortó antes de que dijera nada, dejándome con la boca abierta, —que sé lo que hay que usar para que estos no lleguen antes de tiempo. Que tú fuiste padre joven y no quiero hacerte abuelo todavía, que ibas a ser el abuelo más sexy de la ciudad, pero no es plan. Mejor… me das un hermanito, y así practico. ¿Qué te parece? —dijo con descaro mientras se llevaba la tostada a la boca para darle un buen bocado.

—Me parece que es pronto para eso con Lucía.

—No lo dejes mucho, que ya sabes lo que dicen tus primas: a ti y al tío Julián se os está pasando el arroz.

—Tienes que dejar de juntarte con mis primas —resoplé.

—¿Por qué? Ellas son como Lucía, no me tratan como a una niña —se encogió de hombros. —Por cierto, la abuela quiere que vayamos a comer mañana con ellos, dice que somos unos descastados que ya no los queremos —volteó los ojos y sonreí.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Ayer por la tarde me puso un audio. ¿Le digo qué sí?

—Ya estás tardando, porque capaz es tu abuela de quitarnos a los dos del testamento —reí.

—Sí, sí, esa se lo deja todo a su pájaro, el Manolillo.

Claudia cogió el móvil y le mandó un audio a mi madre para decirle que sus dos descastados favoritos irían a comer al día siguiente, y que llevaríamos el pan y unos pasteles. Me reí, porque desde luego que mi hija había sacado el humor de mi madre, ese que tenían también sus tres

hermanas, todas mis primas y mi primo Julián. Yo era más como mi padre, un poquito menos gracioso.

Después de desayunar, Claudia me dio un beso en la mejilla y me preguntó si quería mandarle alguna notita a Lucía, que ella estaría encantada de dársela. Me eché a reír con tal carcajada que creí que me quedaba sin aire. No podía con mi hija, es que no podía.

Me llegó un e-mail de mi primo para que echase un vistazo a unos documentos que me adjuntaba; preparé un café y los revisé mientras hacía tiempo para ir al instituto y sorprender a Lucía.

Cuando por fin acabé, salí de casa y me subí al coche.

El tráfico de la ciudad no ayudaba, como siempre. Pero al final, llegué. Estacioné el coche a una distancia prudente y me quedé mirando el edificio, ese que siempre me pareció tan serio, tan institucional.

En mis años de adolescente, las profesoras de allí eran todas personas de actitud severa, con gafas de pasta y cabello recogido en un moño apretado. Lucía, en cambio, era todo lo contrario. Ella no encajaba en ningún molde. Esa era una de las cosas que más me atraía de ella. Era genuina. Única.

Me levanté, metí las manos en los bolsillos y me dirigí hacia la entrada. Allí, una secretaria que no había visto antes me miró con una ceja levantada.

—Hola —dije, sonriendo con todo lo que tenía de simpático. —¿Lucía Torres está en la sala de profesores?

La secretaria, que parecía mucho más seria de lo que me hubiera gustado, me miró con cara de, "¿quién demonios eres tú?" antes de contestar.

—¿Y usted quién es?

—Soy Álvaro, padre de una de sus alumnas. ¿Podría decirle que quiero hablar con ella? Es importante.

La mujer me miró de arriba abajo. Me estudiaba como si le resultara demasiado joven para ser padre de una adolescente de diecisiete años, pero era la verdad. Y ella debía ser nueva o estaba haciendo una suplencia a la secretaria habitual, que me conocía más que de sobra como a todos los padres que venían a hablar de sus hijos.

—Bueno —dijo después de un largo suspiro. —No está en la sala de profesores, ahora mismo, por lo que veo en su horario —miró hacia la pantalla del ordenador —está en una de sus clases. Así que, si no le importa, será mejor que espere allí sentado a que terminen las clases lectivas de hoy.

Vaya, esto sí que no me lo esperaba, que tuviera clase justo ahora. ¿Cómo iba a entrar en una clase? Esto iba a ser más complicado de lo que pensaba.

—La verdad es que... no creo que sea necesario que espere, si no le importa. Es algo importante, urgente, de hecho.

—¿Su hija no ha venido hoy a clase y tiene que comunicar el motivo? —curioseó.

—No, mi hija sí ha venido.

—Entonces, caballero, si no le importa… —Señaló hacia el pasillo donde había algunas sillas, dejando claro que tenía que sentarme a esperar, sí o sí.

Suspiré, caminé hacia las sillas y me senté. Solo que allí estuve nada más que unos pocos minutos, puesto que probé suerte enviándole un mensaje a Lucía para ver si estaba libre en ese momento y, ¡bingo! Dijo que estaba en la sala de profesores terminando de corregir los exámenes que había hecho en la hora anterior, y esa debía ser en la clase de mi hija.

Sin que me viera la secretaria, que por Dios me recordaba a la institutriz de Heidi, me levanté y comencé a caminar por el pasillo hasta la sala de profesores.

Ella no me esperaba, así que cuando llegué a la puerta me asomé discretamente y la vi, sentada frente a su mesa, sola, con un café al lado de un montón de papeles, muy concentrada en sus correcciones.

Decidí que la mejor manera de sorprenderla era, bueno, hacer algo sorprendente. Entré sin hacer ruido y, antes de que pudiera pensarlo mucho, anuncié mi presencia.

—Hola, preciosa —susurré en su oído, y ella se sobresaltó en su asiento, se giró y me miró con los ojos abiertos ante la sorpresa de mi presencia, momento que aproveché para darle un beso rápido en los labios.

—Álvaro, ¿qué haces aquí? —preguntó mientras se levantaba y me miraba sorprendida y con una sonrisa en los labios.

—He venido a buscarte —respondí con una sonrisa triunfante. —¿Me acompañas a comer?

Lucía, todavía tratando de asimilar la situación, se acercó lentamente a mí.

—¿Ahora? Todavía me queda… —miró su reloj, y después habló de nuevo —Media hora para salir.

—Puedo esperar, solo quería verte —respondí, cogiendo su mano con una seguridad que ni yo mismo sentía.

—Pero no puedes esperar aquí, si te ven…

—Puedo decir que vine para hablar de Claudia.

—No, mejor espera fuera.

—Vale —sonreí, y volví a besarla.

—¿Dónde vamos a ir?

—Eso es una sorpresa, como mi visita —le hice un guiño antes de salir, diciéndole dónde estaba mi coche y que yo la esperaría allí.

Salí de vuelta al pasillo y caminé hacia la puerta, pasando por delante de la secretaria, que me miró con el ceño fruncido cuando me despedí, y fui

hasta el coche para esperarla allí.

Solo era media hora, y después ella sería mía durante buena parte de la tarde.

Estaba distraído con el móvil cuando escuché el bullicio de voces de los alumnos saliendo, y entre ellos, mi hija con una sonrisa preciosa. No tardé en verla acercándose a un chico que la recibió con un beso en los labios y le pasó el brazo por los hombros. En ese momento mi móvil empezó a sonar y vi su nombre en la pantalla.

—Dime, hija.

—Papá, que nos han puesto un trabajo de ciencias para mañana, así que me voy con las chicas a la biblioteca; comeremos algo en el búrguer o la pizzería antes —sonreí ante aquella mentira, pero no podía culparla; todos los adolescentes en algún momento decíamos alguna para estar con nuestra pareja.

—Vale, ¿llevas dinero?

—Sí, sí, tranquilo. Nos vemos esta noche para la cena, ¿sí?

—Ten cuidado, cariño.

—Siempre lo tengo. Te quiero, papá.

—Y yo a ti.

No la había perdido de vista en ningún momento, y mientras la observaba, vi que subía con aquel chico a un coche. Confiaba en ella, siempre lo había hecho, y sabía que para su edad era una niña muy madura y con la cabeza bien amueblada, como decía mi madre, algo que por suerte heredó de mí, ya que su madre tenía otras prioridades.

Vi a Lucía acercándose con una sonrisa en los labios que me hizo latir el corazón con más fuerza que nunca. Me dio un beso rápido en los labios y subimos al coche.

Poco después llegamos a un pequeño restaurante en un barrio tranquilo. Estaba casi vacío, lo que hizo que fuera perfecto para lo que tenía en mente.

La comida llegó, y nos reímos tanto que no sabía si realmente comimos o si solo nos dedicamos a hacer bromas. Lucía se sorprendió cuando pedí una botella de vino blanco para acompañar el almuerzo. Luego, un camarero algo torpe derramó el vino sobre la camisa de Lucía, lo que, lejos de ser una catástrofe, se convirtió en otro de esos momentos de risa irreprimible.

—¡Esto es un desastre! —dijo Lucía entre carcajadas, mientras trataba de limpiar la mancha con una servilleta.

—Lo siento, lo siento —me disculpé, sin poder evitar reír yo también. —Te prometo que no era parte del plan.

Lucía me miró, aún entre risas, con un brillo travieso en los ojos.

—Creo que el universo solo quiere que haga el ridículo hoy. Eso, o la camisa está gafada. Esta mañana me cayó un poco del café de un compañero en ella —suspiró.

—Está gafada, no hay duda —dije intentando no reír, pero acabamos los dos haciéndolo.

—Pues la voy a tirar, o la quemo en la chimenea de mis padres.

—Eso, hazle un exorcismo a la camisa, por si está poseída.

—Calla, que eso sería lo que me faltaba, vamos, que la camisa me hable en arameo.

La ayudé a limpiarse un poco y, después de tomarnos el café, me ofrecí a llevarla a su casa. No quería que el día acabara; el anterior me quedé con ganas de tenerla en casa todo el día y hoy pensaba aprovechar.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó.

—Un café, y a ti —susurré antes de besarla, aún en el coche, y ella sonrió mordisqueándose el labio cuando nos separamos.

Bajamos del coche y, cogidos de la mano, fuimos hasta su edificio. Una vez en el piso de Lucía nos olvidamos del café, yendo directos a su cama donde, entre unas cosas y otras, nos encontró la noche disfrutando del placer de sentirnos y entregarnos en cuerpo y alma.

Capítulo 18

Álvaro

Cuando Claudia me dijo que mi madre quería que fuéramos a comer con ellos, lo primero que pensé fue en lo mucho que iba a disfrutar ella metiéndose en mis asuntos. Lo segundo, en que seguro que tendría pensado cocinar alguna de sus especialidades: albóndigas en salsa, empanada de atún, flan de huevo o todas las anteriores. No sabía cómo lo hacía, pero siempre conseguía que comiera como si no hubiera visto un plato de comida decente en años.

El martes amaneció soleado. No uno de esos días de sol tímido, no. Un sol descarado, de los que iluminaban todo por completo. A pesar de ser un día lectivo, Claudia se puso un vestido de flores, de esos que le gustaban a mi madre, y yo intenté no parecer que iba a una entrevista de trabajo. Opté por unos vaqueros limpios y una camisa azul clara. La recogí en el instituto y me quedé con ganas de ver a Lucía, pero mi hija me dijo que estaba hablando con el padre de uno de sus alumnos y no saldría pronto.

En la bolsa llevábamos el pan, una tarta de queso del horno de la esquina y una botella de vino que mi padre, seguramente, criticaría como "innecesariamente afrutado".

Cuando llegamos, mi madre ya estaba en la puerta, esperándonos con un trapo de cocina colgado al hombro, como buena anfitriona. Nos dio varios besos de esos seguidos y que no tenían fin a cada uno y nos llevó hasta el salón.

—Pero, ¡qué guapa estás, hija! —le dijo a Claudia —Si pareces una princesa, ¿eh, Arturo? ¡Mira qué nieta tenemos!

—Más guapa no puede estar —dijo mi padre, sin levantar mucho la voz desde el sofá, donde estaba ya viendo el telediario, como si necesitara saber qué iba mal en el mundo antes de sentarse a comer.

—Y tú, hijo, estás más flaco —me soltó mi madre, como saludo habitual.

—Pues no será por falta de comer —respondí. —Que tu nieta me tiene a base de cenas con queso y tostadas con aguacate.

—Eso no es cena, Álvaro. Eso es un castigo —se rio mi madre, mientras nos acompañaba a la cocina.

Nos sentamos a la mesa un rato después, cuando ya olía a pimientos asados, a tomate frito y a gloria bendita. Mi padre se quejó un poco del vino, como ya esperaba, y mi madre empezó su interrogatorio habitual, ese que reservaba para las sobremesas donde el café se mezclaba con las ganas de cotillear.

—¿Y tú qué? —me preguntó, mirando de reojo a Claudia —¿No hay nadie en tu vida o qué?

—Mamá…

—No me vengas con evasivas, que ya tienes edad para rehacerla —insistió, señalándome con la cucharilla del café como si fuera un juez.

Y fue ahí donde Claudia, con su boca más rápida que su pensamiento, habló.

—¡Sí que hay, sí! Una mujer muy guapa y simpática.

La miré con esa mezcla de “te mato” y “ay, hija mía, qué lengua tienes”, pero ya era demasiado tarde. Mi madre ya se había incorporado en la silla, como un sabueso que olfateaba a su presa.

—Ah, ¿sí? —dijo con voz de pura emoción —¿Y quién es esa guapa y simpática mujer, hijo? ¿La conocemos?

—Claudia… —le advertí con la mirada porque la conocía, pero nada, ya estaba lanzada.

—¡Es mi profesora! Bueno, una de ellas. Se llama Lucía. Es majísima, abuela, de verdad. A mí me cae fenomenal.

—¿Una profesora? —dijo mi padre, que ahora sí parecía prestar atención —¿De qué da clase?

—De matemáticas —respondió Claudia, con toda la inocencia del mundo. —Pero no os penséis que es una antigua, ¿eh? Es moderna y muy guay. Le gusta leer, pero también ver pelis.

Yo ya no sabía si reírme, esconderme debajo de la mesa o seguirle el juego. Me rasqué la cabeza y suspiré.

—Bueno, sí… Estoy viéndome con alguien. Nos estamos conociendo, ya sabéis.

—¡Pero qué alegría! —dijo mi madre, encantada —¡Ya era hora, hijo! ¿Y cuándo nos la vas a traer a comer?

—Mamá, por favor, no empieces. Es pronto todavía.

—¿Pronto? ¡Pero si Claudia ya nos la ha descrito mejor que en un informe policial!

Los tres se rieron, y yo también, aunque un poco por compromiso. No porque no me hiciera ilusión, sino porque sentía que, al verbalizarlo ahí, con todos escuchando, le estaba quitando un poco la magia privada que tenía con Lucía. Pero supongo que eso formaba parte del trato cuando uno tenía familia: todo lo tuyo acababa siendo de todos un poquito.

—Pues yo digo que la traigas —intervino ahora mi padre, que rara vez opinaba sobre estas cosas. —Así la conocemos y vemos si es digna de nuestro Álvaro.

—¡Papá! —me quejé, riendo —No le pongas presión, que todavía salimos corriendo los dos.

—Bah —dijo mi madre. —Si te quiere, no va a salir corriendo. ¡Y si es profesora, ya sabe lo que es lidiar con cabezones!

Después del café y un trozo generoso de la tarta, nos despedimos con la promesa de repetir pronto y abrazos cargados de cariño. En el coche, de vuelta a casa, Claudia miró por la ventana, callada un momento, y luego habló.

—Yo creo que tenéis futuro, tú y Lucía.

La miré de reojo. Ella no me miraba, como si estuviera hablando consigo misma.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Se nota cuando dos personas se entienden. Y tú sonríes distinto desde que la ves.

No respondí de inmediato. Me limité a sonreír. Claudia tenía razón. Y ojalá, ojalá de verdad, que tuviera futuro.

El camino de vuelta fue tranquilo, con esa clase de silencio que no pesaba. El tipo de silencio que solo existía entre personas que se entendía sin necesidad de hablar. Claudia tarareaba algo bajito, una canción que probablemente escuchó gracias a Lucía, porque ahora todo lo relacionaba con ella.

Cada vez que la mencionaba, lo hacía con un brillo especial. No era solo cariño: era una especie de admiración, como la que uno sentía por alguien que aparecía en el momento justo.

Yo iba conduciendo despacio, con las ventanillas medio bajadas y el aire primaveral entrando, cargado de olor a hierba recién cortada y algún que otro recuerdo. Me vi pensando en Lucía, sin quererlo. No como profesora de Claudia, ni como esa mujer guapa y simpática que había descrito mi hija, sino como la persona que en los últimos meses se había colado, sin hacer

ruido, en mi cabeza. Y en estos días desde aquel baile en la feria, imprescindible en mi día a día.

No recordaba en qué momento empezó a gustarme, si realmente fue en el momento en el que mi hija me pidió que fuera a hablar con su profesora, o algunos días después cuando la vi saliendo del instituto con una sonrisa que me cautivó por completo.

Pero desde que le pedí ese baile en la caseta de la feria y la invité a un café para hablar con ella sobre la aparición de Paula, todo había cambiado. Empezó con mensajes sueltos, alguna llamada, una primera cena… Y de repente, ahí estaba. Lucía.

—¿Tú crees que le caerá bien al abuelo? —preguntó Claudia, sacándome de mis pensamientos.

—¿A tu abuelo? —reí —A tu abuelo, mientras no le escondan el mando de la tele y le respeten la siesta, le cae bien hasta el cartero.

—¿Y a la abuela?

—A la abuela… ya la tiene medio conquistada con solo ser profesora. Tú sabes cómo es tu abuela con los títulos académicos. En su escala de valores, están los doctores, los profesores y luego el resto de la humanidad.

—¿Entonces la invitamos?

—Claudia…

—Vale, vale, ya sé que es pronto, pero tú sabes que la abuela no se va a rendir.

—No. Y tú tampoco.

Ella sonrió sin mirarme, sabiendo que tenía razón.

Esa noche, después de cenar algo ligero, porque todavía llevaba en el estómago la mitad de la cocina de mi madre, Claudia se fue a su cuarto con una novelita que le había prestado Lucía. Me quedé en el sofá, con una copa

de vino y una calma que no siempre me visitaba. Pensaba en cómo las cosas estaban cambiando, despacio, pero con rumbo.

Había pasado tanto tiempo sin nadie al lado que casi había olvidado lo que era compartir el día a día con otra persona adulta. Los silencios cómodos, las bromas tontas, los mensajes a deshora solo para decir: "me acordé de ti porque escuché esta canción". Y claro, me daba miedo. No por Lucía, sino por mí. Por si era capaz de abrir otra vez esa puerta sin temblar.

Me acordé de la tarde anterior, cuando después de comer juntos fuimos a casa de Lucía. Había algo en su manera de moverse por su casa que me resultaba profundamente atractivo: esa confianza, esa calidez natural. No estaba intentando impresionarme, simplemente era ella, con su taza de porcelana agrietada, con su risa suave, con sus libros desordenados en las estanterías.

—*Tú me haces reír* —me dijo, después de que hiciéramos el amor la primera vez.

—*Eso es porque tú te ríes fácilmente* —contesté.

—*No tanto. Solo cuando alguien me hace sentir cómoda.*

Y ahí estaba. Eso era. Con ella me sentía cómodo. Y era raro, porque no era la comodidad del sofá o de la cama. Era otra cosa: la sensación de que podía decir cualquier tontería sin sentirme ridículo, de que podía hablar de mi trabajo, de mis miedos, de la adolescencia difícil de Claudia, y ella no saldría corriendo. Ella se quedaría, incluso si no entendía todo.

A la mañana siguiente, mientras preparaba el desayuno, Claudia llegó con la misma energía que siempre. Su cabello revuelto y esa forma suya de sentarse a la mesa como si le quedaran mil aventuras por vivir antes del mediodía.

—¿Te acuerdas de que Lucía me dio un par de libros?

—Sí, claro.

—Pues uno es de poemas y quiero que me ayudes a entenderlo. Es de Benedetti, creo. Se llama "Táctica y estrategia". Me pidió que lo leyera y que podía comentar con ella lo que quisiera —sonrió.

Me senté con ella, abrimos el libro y empecé a leer. Y mientras le explicaba qué quería decir eso de “mi estrategia es que un día cualquiera, no sé cómo ni sé con qué pretexto, por fin me necesites”, pensé en cómo la vida a veces se escribía justo así. En pequeños versos que uno no entendía del todo hasta que se veía dentro de ellos.

Porque quizá eso era lo que me pasaba con Lucía. Que, sin darme cuenta, se había vuelto parte de mi estrategia sin que yo la diseñara. Y que ahora, aunque no me atreviera a decirlo con todas las letras, la necesitaba un poco más cada día.

A media tarde, Claudia me volvió a mencionar a mi madre. Que si la abuela había mandado otro audio. Que si decía que no nos escaqueáramos el siguiente fin de semana. Que si quería saber cuándo iba a ver “con sus propios ojos” a esa Lucía de la que tanto hablaba su nieta.

—¿Y tú qué le has dicho? —curioseé con la ceja arqueada.

—Que tú eres un cobarde —me respondió, con una sonrisa desafiante.

—Muy bien. Eso es exactamente lo que me faltaba en la reputación familiar —resoplé.

—Anda ya. Les encantará. Y si no, yo los convenzo.

Me acerqué, le revolví el pelo y le di un beso en la frente.

—¿Tú crees que esto va en serio? —le pregunté de pronto, casi sin pensarlo. Claudia me miró como si la pregunta fuera absurda.

—¿Tú no?

Me quedé callado. No porque no supiera la respuesta, sino porque la respuesta me asustaba un poco.

—Yo creo que sí —dije al fin. —Ojalá que sí.

Ella asintió, satisfecha, como quien había tenido razón desde el principio. Esa noche, antes de dormir, le mandé un mensaje a Lucía.

Álvaro: *Ayer comimos con mis padres. Claudia se fue de la lengua, como buena cómplice. Así que, ya sabes: oficialmente existes en el universo de mi madre. Estoy entre asustado y emocionado.*

Ella respondió minutos después.

Lucía: *¿Y eso es una buena o una mala noticia?*
Álvaro: *Buena. Aunque mi madre ya quiere ponerte fecha de visita.*
Lucía: *Dile que me apunto. Pero solo si hay flan casero.*

Sonreí como un idiota frente a la pantalla. Tal vez fuera solo una respuesta a modo de broma. Aunque me decantaba más por el hecho de que Claudia tenía razón. Entre Lucía y yo, había futuro.

Capítulo 19

Lucía

Los sábados por la noche tenían algo diferente, algo especial. Algo que brillaba un poco más que los viernes, quizá porque el cuerpo ya se había sacudido del todo la semana y el alma estaba lista para salir sin deberle nada a nadie.

Y si encima quedabas con tu hermana mayor, que llevaba toda la semana diciéndote que: "se estaba volviendo una monja urbana", entonces la noche prometía carcajadas, vino y algún que otro comentario innecesariamente sincero.

Marina llegó al restaurante cinco minutos tarde, como siempre. Entró como quien no había llegado tarde en su vida, con un vestido sencillo, pero elegante en color negro y ese perfume que siempre me recordaba a los veranos de universidad. Me abrazó con una sonrisa tan amplia que supe de inmediato que traía chismes.

—Por fin salimos, hermanita, que ya pensaba que me querías dejar recluida en casa sola de por vida —dijo mientras se sentaba frente a mí.

—Lo siento, pero he estado algo ocupada estos días, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? ¿Cómo se llama esa ocupación? ¿Álvaro?

Me atraganté con el sorbo de agua, literal. Tosí, me limpié con la servilleta y le lancé mi mirada de "no empieces".

—No he dicho nada. Solo he preguntado.

—Ajá.

—Además, es un nombre bonito. Sólido. Respetable. Como de fontanero sexy o de CEO con conocimientos de seguridad, como de señor mayor.

—Tiene treinta y ocho años, por Dios, no es tan mayor reí.

—Es verdad, es verdad que, por lo que vi en la feria, tiene buena percha, como diría mamá. ¿Ya has pensado en presentarlo a la familia? —sonrió, la muy cabrita.

—Pues no, la verdad, por el momento no sabe nadie más que tú de su existencia.

—Qué honor —se llevó las manos al pecho. —Ahora en serio, ¿cómo te va con él?

—Bien —sonreí. —Es un hombre encantador, atento, y el otro día se presentó por sorpresa en el instituto para invitarme a comer. Acabamos tomando café en mi casa.

—Café, y lo que no es café, que cuando os juntáis… arde Sevilla —rio.

—Qué bruja eres.

—Sabes que me alegro, tienes derecho a ser feliz —me dio un apretón en la mano.

—Su madre ya quiere conocerme —dije, y se hizo el silencio entre nosotras.

Solo duró medio segundo, pero fue ese tipo de silencio que pesaba como una tonelada.

—¿Cómo qué su madre?

—Sí, su madre. Al parecer, mi nombre ya ronda sus sobremesas familiares. Y Claudia, que tiene la lengua un poquito suelta y un corazón muy grande, no ayuda mucho a mantener el anonimato.

—O sea que tu suegra te quiere conocer.

—¡No es mi suegra! —protesté.

—Lucía —Marina se me quedó mirando, como quien evaluaba un melón en el supermercado—. Yo sé que tú eres de relaciones lentas, pero si la suegra ya pregunta, igual no estaría mal hacer acto de presencia. Que se vea que tú también sabes hacer una tortilla de patatas. Ya me entiendes…

—¿Y si es demasiado pronto?

—¿Cuánto tiempo lleváis?

—Desde poco después de la feria, que no es ni un mes, Marina.

—A vuestra edad eso ya es medio año. Y si encima hay química, ya es matrimonio emocional.

Solté una carcajada y la camarera nos interrumpió justo a tiempo para que mi hermana no empezara a hablar de lo que ella llamaba: "los ciclos de compromiso *millennial*". Pedimos una botella de vino blanco, un par de entrantes y un risotto para compartir, porque así éramos nosotras: prácticas, hambrientas y con poca voluntad para pelearnos por la comida.

Durante la cena nos reímos como en los viejos tiempos. De nuestras citas fallidas del pasado, de mis alumnos y sus puntos que me arrancaban más de una carcajada en clase, de cómo Marina y su marido Fran se colaron una vez siendo novios todavía en una boda creyendo que era otra. Yo no recordaba la última vez que me reí así, con la tripa dolorida y con los ojos llenos de lágrimas, pero sabía que lo necesitaba.

—Bueno, ¿y después de esto qué? —preguntó Marina, mientras se servía el último chorrito de vino.

—Había pensado que podríamos tomar una copa. Hay un pub nuevo cerca del parque, con música decente y poco postureo.

—¿Y tú sabes eso por…? —Arqueó la ceja.

—Lo leí en una reseña.

—Ajá. Claro.

Terminamos de cenar, pagamos y nos fuimos caminando hacia ese lugar donde nosotras continuaríamos con la noche de chicas.

El pub tenía ese ambiente relajado de los sitios que no estaban llenos, pero tampoco vacíos. Luces bajas, música latina sonando de fondo y la agradable sensación de que nadie te miraba, aunque te veían. Marina se pidió un gin tonic. Yo, una copa de tinto. Nos sentamos en una mesa esquinera, y agradecí que no hubiera karaoke ni pantallas con fútbol.

—Vale —dijo Marina, mirando alrededor. —Admito que esto me gusta. Y eso que pensé que me ibas a llevar a uno de esos sitios con fluorescentes en el techo y las paredes, y música estridente.

—Estoy evolucionando —reí.

—O tienes una segunda intención.

Y ahí fue cuando, como si el universo estuviera dirigido por un guionista dramático con afán de comedia romántica, vi entrar a Álvaro. Con él, su primo Julián.

—No. No me jodas —dijo Marina, al verlos acercarse.

—¿Qué?

—¿Esto es una encerrona?

—¿Encerrona, yo? ¡Qué va! —me hice la tonta con tanta convicción que hasta yo me lo habría creído si no me conociera.

Porque sí, Álvaro me comentó de pasado unos días atrás que a su primo le había llamado la atención mi hermana, y acabamos hablando de salir esta noche y encontrarnos así, de manera inesperada.

—Lucía… —protestó, porque me conocía muy bien.

—Casualidades de la vida —me encogí de hombros.

—Te voy a matar.

Álvaro llegó con su sonrisa de medio lado, esa que parecía pedir permiso antes de instalarse en la cara.

—¿Puedo invitaros a otra ronda?

—Si prometes no decir que esto fue planeado —respondió Marina, ya con media sonrisa.

Julián, por su parte, nos saludó con un par de besos sin despegar la mirada de mi hermana, a quien le dijo: "me alegra verte de nuevo, pero te falta el precioso vestido de flamenca", señal de que no se había olvidado de ella.

Nos sentamos los cuatro. Álvaro a mi lado, Julián frente a Marina. Y a partir de ahí, la noche se volvió un pequeño caos adorable.

Bailamos. Bueno, Marina y Julián bailaron. Primero una bachata clásica que empezó como broma y terminó con ambos riéndose como si se conocieran de toda la vida. Yo me limité a mirar, a disfrutar de cómo Marina se soltaba el pelo, literal y figuradamente, y cómo Julián le seguía el ritmo con un aire de chico travieso con modales perfectos.

—Su primo me cae bien —me dijo Marina, en un susurro mientras se acercaba a por su copa.

—Ah, ¿sí?

—Sí, al menos me hace reír, y no intenta ser un baboso.

Reí, y Álvaro me miró de reojo.

—¿Estás contenta? —me preguntó Álvaro cuando mi hermana fue hacia Julián de nuevo.

—Mucho.

—Yo también.

Y ahí, sin decir más, me cogió la mano por debajo de la mesa. No fue un gesto grande, pero sí claro. Como diciendo: "te veo, estoy aquí".

Cerramos la noche entre bromas, brindis y alguna canción que Marina cantó en voz alta sin saber la letra. Julián parecía encantado. Álvaro también. Y yo… yo me sentía feliz. De esa felicidad sencilla, sin efectos

especiales. Y sobre todo por ver a mi hermana divirtiéndose, como hacía años no la veía.

—¿Te vienes a mi casa? —preguntó Álvaro cuando salimos del pub.

Marina y Julián ya estaban hablando de que él, como buen caballero que era, la iba a llevar a su casa.

—Me encantaría —le dije, —pero mañana por la mañana voy a ver a mi hermano pequeño. Me pidió ayuda para comprar un regalo para su novia. Quiere sorprenderla y me da a mí que sin ayuda va a acabar regalándole un llavero con su nombre.

—¿Es en serio?

—Te lo juro. Y como soy la hermana mayor más *cool*…

—Claro, la hermana mayor con criterio estético.

—Exacto —sonreí, y Álvaro asintió, divertido.

—Entonces te llevo a casa y me conformo con que no digas que no a un próximo plan.

—Eso está hecho.

Me acerqué a mi hermana, nos despedimos con un abrazo quedando en hablar pronto, y me dio un beso en la mejilla.

—Julián, me la cuidas o te corto lo que te cuelga —le advertí, señalándole.

—Con mi vida, futura prima, yo cuido de tu hermana con mi vida si hace falta.

—Míralo, todo un caballero del medievo —reí.

—Le falta la armadura y la espada —comentó Álvaro.

—*Milady* —le dijo Julián a mi hermana, haciendo una reverencia mientras le ofrecía el brazo, que ella aceptó con una risilla. —Su carruaje la espera.

—Adiós, Cenicienta —le dije, y ella soltó una carcajada.

—Oye, que tengo un buen coche, no una calabaza —protestó Julián.

—Primo, que yo creo que lo ha dicho porque Marina es como una princesa… —carraspeó Álvaro.

—Hombre, por supuesto, eso no se duda. Mi princesa, vayamos a su casa —le dijo, y volvimos a reír.

Desde luego que Julián era un tipo simpático y bromista, pero justo eso era lo que yo quería para mi hermana, alguien que la hiciera reír de nuevo.

Nos despedimos y Álvaro me pasó el brazo por el hombro para caminar hasta donde había aparcado.

Capítulo 20

Lucía

El coche olía a su perfume, ese que ya empezaba a asociar con cosas buenas. Mantuvo la radio baja, y hablamos poco. No porque no quisiéramos, sino porque había algo en el silencio compartido que nos sentaba bien.

Cuando llegamos a mi portal, me acompañó hasta la puerta. Me giré hacia él y, sin pensarlo dos veces, lo besé. O me besó. O nos besamos. Qué más daba. Fue de esos besos que quitaban el frío, las dudas y hasta el tiempo de encima. Largo. Cálido. Con sabor a vino y a ganas de más.

—Quiero verte pronto —me dijo, apenas separándose.

—Y yo a ti.

—No tardes en decirme cuándo —pidió sin dejar de mirarme.

—No pienso hacerlo.

Nos sonreímos y me metí en el edificio sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, todo encajaba como debía.

Cuando entré en casa después de ese beso con Álvaro, cerré la puerta con suavidad, como si no quisiera despertar al encanto de lo que acababa de pasar. Me quedé un instante, apoyada contra ella, con una sonrisa que no se me iba, ni, aunque lo intentara. Me habría reído en voz alta si no fuera porque el edificio entero dormía y no quería ser la vecina excéntrica que reía sola a las tantas de la madrugada.

Fui a la cocina, abrí la nevera, saqué un yogur solo por hacer algo y me senté en la encimera como en las películas, pensando en todo lo que había pasado esa noche. Marina bailando bachata con Julián como si llevara diez años en una escuela de salsa. Álvaro mirándome como si tuviera planes de futuro y no solo ganas de pasar el rato. Y yo, ahí, sin saber cómo había pasado de: “no me veo con nadie ahora mismo” a “tengo que pensar qué le llevo a su madre si algún día me invita a comer”.

Lo curioso no es que me gustara Álvaro. Lo sabía desde hace tiempo. Lo curioso es que no me diera miedo que me gustara tanto.

Después de comerme el yogur, me metí en la cama y, casi sin darme cuenta, me acabé quedando dormida con una sonrisa en los labios y ese último beso de Álvaro en la mente.

Al día siguiente, mientras desayunaba con el pelo todavía revuelto y el café cargado en las venas, recibí un mensaje de mi hermana.

Marina: *Vale, te odio menos. Julián me ha escrito esta mañana. Me ha puesto: "Gracias por bailar como si nadie mirara". Qué idiota tan adorable.*

Me reí, literalmente a carcajadas, antes de responderle.

Lucía: *Admite que te lo pasaste bien.*

Y ella, sin hacerse de rogar, no tardó en contestar.

Marina: *Vale. Me lo pasé GENIAL. Pero como descubra que fue una encerrona, te bloqueo.*

Lucía: *Pura casualidad. Palabra de hermana menor con intenciones cuestionables.*

Me tumbé en el sofá con el móvil sobre el pecho. Pensé en Marina. En cómo a veces la vida te empujaba a conectar justo con quien no esperabas. Como ella con Julián. Como yo con Álvaro. Yo, que llevaba años construyendo murallas de independencia emocional, que había convertido mi rutina en una especie de fortaleza donde nada ni nadie podía alterar demasiado el orden.

Y, sin embargo, ahí estaba. Con ganas de verle otra vez. De seguir descubriendo cosas sobre él, como por ejemplo qué música escuchaba cuando iba en el coche.

Mi hermano pequeño me recogió a las once. Llegó con el coche de nuestro padre, al que mimaba como si fuera la joya familiar. Llevaba una camiseta con la cara de Bowie en versión pixelada y una expresión de pánico.

—Necesito ayuda —dijo, ni hola ni nada.

—Buenos días a ti también, chiquitín.

—No soy chiquitín, mido un metro ochenta —volteó los ojos.

—Vale, chiquitín —reí.

—Venga, venga. Mi dignidad está en juego. Necesito un regalo que diga: "te adoro, te pienso, te escucho", pero sin parecer que he robado una tarjeta de Pinterest.

—Difícil, pero no imposible.

Pasamos la mañana saltando de tiendas, analizando pendientes, libros, tazas con frases cursis, incluso una planta que él estuvo a punto de comprar solo porque decía: "no necesita cuidados". Al final, se decidió por una pulsera sencilla, hecha a mano, con un grabado: "Gracias por mirarme como si fuera magia".

—¿No es demasiado cursi? —me preguntó, dudando de su propia elección.

—Sí —respondí, —pero si lo sientes, es perfecta.

Me abrazó, como cuando era pequeño y aún no era más alto que yo. En esos momentos, me parecía imposible que pudiera pasar algo malo en el mundo.

Nos tomamos un desayuno juntos antes de que me llevara de vuelta a casa. Le dije que, seguro que a su chica le iba a gustar la pulsera, y quedó en contarme por mensaje lo que le dijera ella esa noche.

Por la tarde, mientras me tomaba un café, sentada en el sofá preparando unas pruebas prácticas para las clases de la semana siguiente, me llamó Álvaro.

—¿Sobreviviste al tour de regalos? —preguntó.

—Sí. Mi hermano me ha sorprendido porque, para ser tan joven, cree en el amor y yo he renovado mi fe en las tiendas de artesanía.

—¿Te apetece que pase a buscarte esta noche?

Dudé, no porque no quisiera, sino porque tenía esa sensación de haber tenido demasiadas emociones en poco tiempo. Pero su voz al otro lado del teléfono tenía una ternura que desmontaba cualquier excusa que pudiera querer darle.

—¿A dónde iríamos? —curioseé.

—A donde tú quieras. Incluso podríamos quedarnos en mi casa, cocinar algo, ver una peli mala y comentarla como si fuéramos críticos profesionales.

—¿Y habrá manta?

—Habrá manta, sofá y vino tinto. De ese que criticaría mi padre por afrutado.

—Entonces, sí. Me apunto.

—Perfecto, preciosa, te espero a las ocho.

—Allí estaré, guapetón —me salió del corazón llamárselo, y él se rio con ganas antes de colgar.

Cuando llegué a su casa esa noche, Álvaro me recibió vestido de lo más informal, con un pantalón de chándal azul marino y una camiseta blanca. Me dio un beso en los labios, lento, como si aún estuviéramos aprendiendo el lenguaje de los gestos cotidianos.

—Hoy cocino yo —anunció con tono ceremonioso. —Pasta. No prometo que sea espectacular, pero la salsa es de receta familiar.

—¿Tuya o de tu madre?

—De mi madre, evidentemente. Yo soy un intruso en su templo —me reí al escucharlo y ver el modo en el que volteaba los ojos.

Nos movimos por su cocina como si lo hubiéramos hecho siempre. Yo pelaba el ajo, él revolvía la salsa. Hablábamos de cosas varias, como siempre, sin quedarnos sin temas de conversación; lo mismo daba que fuera sobre libros, sobre canciones que nos daban vergüenza admitir que nos gustaban, de Claudia y su súbita repentina admiración por la poesía.

—Dice que desde que le dejaste el libro de Benedetti, le gusta ese escritor.

—Pues eso es bueno —sonreí.

—A mí me gusta que en ti vea un referente —confesó, haciendo que me diera un vuelquito al corazón, antes de besarme.

Después de cenar, nos sentamos en el sofá con nuestras copas. La película era mala, como había prometido. Una película de terror cuestionable y con algunos clichés de lo más predecibles. Pero nos reímos. Y eso bastaba.

—¿Sabes? —dije mientras él me acariciaba el pelo sin mirar la pantalla —No me imaginaba así esta primavera.

—¿Así cómo?

—Sintiendo que las cosas encajan. Que no hay que forzarlas.

—A mí me pasa igual. Me daba miedo empezar algo nuevo. Y mira dónde estamos.

Nos miramos. Él se inclinó y me besó. Esta vez no fue el beso robado en un portal. Fue uno tranquilo, profundo, lleno de cosas no dichas. Me apoyé en su pecho después, sintiendo su respiración.

—¿Y si esto va en serio? —susurré.

—Ojalá. Yo quiero que lo sea.

Acabamos dejándonos llevar y, entre besos y caricias, nos entregamos a las ganas y el deseo, ese que nos envolvía cada vez que estábamos solos. Porque sí, Claudia había salido con unas amigas para ir al cine y a cenar, y le aseguró a su padre que no llegaría a casa hasta las once.

Cuando me fui, eran poco más de las diez y media. Me habría quedado encantada a dormir con él, pero al día siguiente tocaba rutina de trabajo y si me quedaba… íbamos a dormir poco o nada.

Me acompañó hasta la puerta como la primera vez. Me abrazó con esa forma suya que no deja dudas y, antes de subir al coche, me besó otra vez. Sin prisas. Como si estuviéramos construyendo algo paso a paso.

Y mientras me alejaba, vi su figura alejándose despacio, dándose la vuelta para mirar una vez más.

No lo sabíamos aún. Pero esa noche sería una de esas que uno recordaría años después, sin saber por qué. Como el punto de partida de algo que todavía no tenía nombre, pero sí forma de algo en construcción entre dos personas.

Y a mí, por fin, me daba igual que fuera pronto.

Capítulo 21

Álvaro

Los viernes siempre habían tenido algo de tregua. El trabajo solía aflojar, la cabeza empezaba a mirar al fin de semana y la casa olía a descanso. Aquel viernes no fue distinto, al menos en apariencia.

Cerré el portátil a las cinco y media, me serví un café y puse algo de música en el altavoz, una de esas listas que Claudia decía que yo usaba "para sentirme joven y *cool*", pero que, en realidad, me ayudaban a despejarme un poco y evadirme de la rutina.

Todo estaba en calma hasta que escuché la puerta abrirse con más fuerza de lo habitual. El sonido de las llaves, el crujido acelerado de sus pasos. Claudia entró con la mochila colgando de un hombro y esa expresión suya de: "quiero contarlo, pero no sé por dónde empezar".

—Hola —dije, acercándome a la puerta del pasillo. —¿Todo bien?

—Hola, papá… sí. O sea, no. Bueno… ¿Podemos hablar un momento?

Esa frase. Esa combinación exacta de palabras. Pocas cosas asustaban más a un padre. Yo lo sabía porque fue esa misma la que usé cuando, dieciocho años atrás, les conté a mis padres que mi novia estaba embarazada.

—Claro. ¿Ha pasado algo?

—Es que… —Se quitó la mochila, la dejó caer junto al sofá y se sentó con un suspiro —Es por un amigo. Está metido en un problema y no sabe cómo salir. Me preocupa.

—¿De tu clase?

—No… —hizo una pausa larga, como quien decidía si saltar o no. —Es un chico que ya no está en el instituto.

Me quedé quieto, sintiendo cómo empezaban a encenderse las luces de alarma. Me senté frente a ella.

—¿Y cómo es que tú lo conoces?

—Porque es… —se mordió el labio inferior y movía las manos, nerviosa —Bueno, es mi novio —dijo mientras bajaba la mirada y se tocaba distraídamente la pulsera del brazo, esa de cuero trenzado que llevaba desde hacía unos días y que yo había asumido que era solo un detalle más de su estilo.

Ahí fue cuando todo cambió de tono. No porque me molestara que tuviera novio, sino por la forma en la que lo dijo. Como si llevara tiempo guardándolo, como si supiera que ese momento llegaría y no estuviera segura de cómo reaccionaría yo. Ya lo sabía, o al menos lo intuía desde que la vi aquella noche de feria cuando se besó en la puerta de casa, pero no iba a confesarlo para que no se sintiera aún más avergonzada.

—Claudia… —dije, con toda la calma que pude. —Vale. Ya. ¿Y ese amigo, ese novio, quién es? ¿Qué problema tiene?

Ella me miró, seria. Sin dramatismos, pero con la sinceridad de quien no quiere esconder nada.

—Se llama Pablo. Tiene dieciocho años. Está estudiando informática en un ciclo superior. Hace poco le hicieron un encargo online para un trabajo de programación. Algo pequeño, supuestamente. Le dijeron que era para automatizar ciertas funciones en una web de ventas, nada raro. Él aceptó porque necesitaba un dinerillo extra. Lo hizo, lo entregó, le pagaron… y hace unos días descubrió que lo que programó está siendo usado como parte de una estafa.

La miré con atención, intentando ordenar toda esa información. El código, el encargo, la estafa.

—¿Y sabe exactamente qué hizo? —pregunté, porque si todo eso que me decía era cierto, el chaval podría estar en un buen lío.

—Sí. Eso es lo peor. Cuando lo revisó, entendió que el código que le mandaron modificar sirve para interceptar datos personales. Alguien lo usó para robar información de clientes y ahora está asustado. No quiere decírselo a sus padres ni a sus hermanas, y lleva tres días sin dormir.

—¿Y tú le dijiste que podía venir a casa?

—No. Le dije que a lo mejor tú… tú podrías ayudarlo. Como sabes de ciberseguridad —se encogió de hombros.

Me apoyé en el respaldo del sofá y me pasé la mano por la cara. Este no era el tipo de viernes que esperaba, pero lo cierto es que la preocupación en su cara me partía el alma. Ella confiaba en mí. Pablo, sin conocerme, también. Y si algo tenía claro, era que a los dieciocho se pueden cometer errores sin tener que pagar toda una vida por ellos.

—Dile que venga.

—¿De verdad? —preguntó con los ojos abiertos, mirándome completamente sorprendida.

—Claro. Vamos a ver en qué lío está metido exactamente.

Claudia sacó el móvil sin decir nada más y lo llamó. Su voz cambió al instante: suave, casi maternal. Le dijo que viniera, que hablaría con su padre, que no se preocupara.

Media hora después, Pablo estaba en casa.

Llegó con el portátil bajo el brazo y una expresión de derrota que no correspondía a su edad. Me recordó a mí mismo, en la universidad, cuando pensaba que cualquier error técnico iba a costarme el futuro.

—Hola, señor Roldán —me dijo, con voz baja. —Perdón por venir así, y por conocerle en estas circunstancias.

—No hay nada que perdonar, Pablo. Si Claudia confía en ti, yo también. Siéntate y cuéntame todo desde el principio.

Y lo hizo, sin adornos, sin excusas. Me explicó qué le encargaron, cómo recibió el correo, el código que le mandaron, lo que él añadió, y cómo, días después, uno de sus contactos lo alertó de que ese código estaba siendo usado en una web fraudulenta. Que había rastros suyos y que podían señalarlo a él si alguien lo investigaba.

—No quiero que se enteren mis padres. No sé cómo explicárselo. Y mis hermanas… menos todavía —suspiró.

Asentí, intentando mantener la calma mientras él abría su portátil y me mostraba los mensajes, el código fuente y los accesos.

—Vale —dije tras unos minutos. —Esto hay que verlo con más detalle. Voy a llamar a alguien que puede ayudar también.

—¿Otro experto? —curioseó, pero con un ligero temor en la mirada.

—Mi primo Julián. Es… digamos que tiene una mezcla rara de hacker, abogado y sabueso. Si hay alguien que puede seguirle el rastro a esto, es él.

Llamé a Julián y, como siempre, solo necesité decir: “tenemos un caso que huele raro” para que dijera que venía enseguida.

Cuando llegó, le presenté a Pablo y mi primo lo saludó con un apretón de manos breve y un gesto de: “tranquilo, chaval”. Julián se sentó, sacó su portátil y en menos de diez minutos estaba leyendo aquel código como si fuera una novela de misterio.

—Hay algo raro aquí —dijo, con su tono habitual de quien ya estaba viendo más allá de lo evidente. —Alguien usó a este chico como pantalla. Lo que programaste tú es legal en apariencia, pero fue modificado después.

Usaron tu entrega como base para insertar lo verdaderamente peligroso. Alguien lo planeó así.

—¿Y quién haría eso? —preguntó Pablo.

—No tengo ni idea todavía, pero para que un crío de dieciocho años como tú tenga enemigos que manipulan así el código, tiene que haberse cruzado con alguien bastante cabrón. —Julián miró a Pablo con seriedad. —¿Se te ocurre alguien?

—No… O sea, hice algunos encargos pequeños, pero no tengo enemigos.

—Los tendrás en cuanto empieces a trabajar en serio —dijo Julián, medio en broma, medio en serio. —Pero, tranquilo, que vamos a encontrar quién fue —le hizo un guiño de ojo y Pablo asintió.

Después de un par de horas revisando más información, Julián se levantó y se estiró.

—Vale, yo me lo llevo. Esta noche empiezo a buscar rastros. En cuanto tenga algo, te llamo.

Le di las gracias, y él se marchó con su habitual despedida de dos dedos en la frente.

Claudia, Pablo y yo cenamos unas pizzas que pedimos casi sin pensarlo, con la casa oliendo a orégano y una especie de alivio flotando en el aire. No había soluciones aún, pero al menos ya no estábamos solos con el problema.

Y justo entonces, vibró mi móvil.

Lucía: *¿Cómo estás? ¿Te apetece que pase un rato o estás ocupado?*

Sonreí al leerlo, porque sin darme cuenta yo mismo había estado pensando en ella también.

Álvaro: *Cenando con Claudia y su novio. Me lo ha presentado hoy, por sorpresa. Buen chico. En un pequeño lío… pero buen chico.*

Lucía: *¿Buen chico según tú? No me fío. ¿Voy y le echo un vistazo?*

Me reí, porque no me esperaba que fuera a ser tan protectora con mi hija, más allá de la relación profesora-alumna que tenían.

Álvaro: *Te espero encantado.*

Lo que no esperaba era lo que iba a pasar cuando Lucía llegara.

El timbre sonó cuando estábamos en ese limbo entre la tercera porción de pizza y el postre improvisado que Claudia había rescatado del congelador. Me levanté y fui a abrir con una sonrisa que ya no podía quitarme. Ver a Lucía siempre me provocaba esa especie de corriente eléctrica en la piel, como si todo tuviera más sentido cuando estaba cerca.

—Hola, tú —dijo, entrando con una bolsa de papel en la mano. —He traído helado. Pensé que un interrogatorio sin helado pierde mucha credibilidad.

—Estás loca —reí. —Y bienvenida.

Nos dimos un beso rápido. Uno de esos que dicen: "me alegra verte" más que: "tengo prisa por comerte". Aunque ambas cosas eran ciertas.

Cuando entró al salón y vio a Claudia sentada con ese chico alto, medio flacucho, nervioso y con cara de no saber dónde meterse, su sonrisa se mantuvo durante exactamente tres segundos. Luego, frunció el ceño, parpadeó y dijo:

—¿Pablo?

Él giró la cabeza con la misma expresión con la que un preso ve entrar al fiscal al juicio.

—¿Lucía?

Yo me quedé quieto. Claudia abrió los ojos como platos. Y ellos dos, parados el uno frente al otro, parecían una escena eliminada de alguna comedia familiar con muchos enredos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, medio incrédula.

—¿Y tú? —dijo él, devolviéndosela.

Claudia se levantó de golpe, mirándome con cara de, "por favor, que esto no sea lo que parece".

—¿Vosotros…? —empecé a decir, como si la respuesta no estuviera ya clara.

—Es mi hermana —dijo Pablo.

—Es mi hermano —dijo Lucía, al mismo tiempo.

Nos quedamos todos callados durante un segundo eterno, hasta que Lucía se echó a reír. De verdad. Una carcajada abierta, honesta, de esas que llenaban la habitación.

—No me lo puedo creer. ¿Este es el novio de Claudia?

—¿Y tú eres una de las hermanas de Pablo? —preguntó Claudia, al borde del ataque de risa también.

Pablo, que hasta ese momento parecía estar al borde del colapso, dejó escapar un suspiro que bien podría haber apagado una vela.

Lucía se acercó a su hermano pequeño y lo abrazó sin decir nada. Él se dejó hacer, medio torpe todavía, pero agradecido. Yo observaba la escena con una mezcla de incredulidad y ternura.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó ella en voz baja, separándose un poco para mirarlo la cara —Porque dudo mucho que os hayáis atrevido a venir a que te conozca tu suegro. Dime que no está embarazada.

—¡No, no! —contestó Claudia, con los ojos casi saliendo de sus órbitas.

—¿Entonces?

—Un lío de programación. Me metieron en algo sin saberlo. Claudia pensó que su padre podría ayudarme.

—Y acertó —dijo Lucía, mirándome con esos ojos que a veces parecían ver más de lo que uno quería mostrar. —Estás en buenas manos.

—Julián ya está rastreando todo —expliqué. —Parece que alguien lo utilizó como pantalla para meter un código malicioso. Nada que no tenga solución.

—Menos mal. ¿Por qué no me lo dijiste? Podría haber buscado ayuda también.

—No quería preocuparos a ninguno —contestó, agachando la mirada.

—Bueno, entonces esto nos lo guardamos nosotros, que no tienen por qué saberlo los papás ni Marina.

—Gracias, hermanita —volvió a abrazarla. —¿Y tú qué haces aquí?

—Bueno… —carraspeó.

—Es la medio novia de mi padre, ¿o podemos decir que sois novios, y ya? —contestó Claudia, y Lucía y yo nos miramos; ella se sonrojó y yo sonreí acercándome para darle un beso en la frente.

—Creo que ya somos mayores para decir que somos pareja —dije, y Lucía asintió mientras sonreía.

Lucía se sentó junto a su hermano en el sofá, le pasó el brazo por los hombros como solía hacer conmigo, y me miró de reojo con una sonrisa que decía: “esto se merece una copa de vino”.

La noche continuó de forma insólitamente natural. Comimos helado y hablamos de todo. Claudia se reía de lo surrealista de la situación; Pablo ya no parecía un espectro, y Lucía y yo compartíamos esa complicidad que aparecía cuando el destino decidía mezclar las cartas con un sentido del humor retorcido.

En algún momento, Lucía se giró hacia mí, mientras Pablo hablaba con Claudia en la cocina.

—¿Te imaginas que esto sigue adelante? —murmuró.

—¿Lo de ellos?

—Lo de ellos. Lo de nosotros… —Se encogió de hombros.

Me quedé callado un momento. Luego, respondí sin pensar demasiado.

—Alguna vez lo imaginé, y me gusta la idea.

Ella sonrió, tocó mi mano con la suya y dijo:

—Mañana, ¿comemos aquí los cuatro? Como si ya fuéramos una especie de familia moderna y caótica.

—¿Tú crees que sobreviviremos?

—Depende de quién elija la película después de comer.

—Claudia es experta en dramas coreanos y Pablo parece que ve series de robos.

—Perfecto. Yo traigo el postre.

Me reí y no pude evitar darle un beso en los labios a esa mujer que me volvía loco. Cuando los chicos regresaron, mi hija puso la guinda al pastel, como solía decirse, con un comentario que nos hizo estallar en carcajadas.

—Entonces, además de mi profe, eres mi cuñada desde hace un año y, por si fuera poco, puede que algún día seas mi madrastra. Esto es de locos.

Lucía abrió los ojos con algo parecido al terror, pero después rio, como todos.

Porque sí, las relaciones familiares que iba a tener esta familia serían, como poco, complicadas de explicar. Porque aquel joven era mi yerno y, a la vez, mi futuro cuñado.

Lucía y Pablo se fueron más tarde de lo que esperaban después de confirmar que al día siguiente pasaríamos los cuatro el día en esta casa. Nos quedamos hablando un rato en la puerta, abrazados como adolescentes en un portal. Cuando por fin se despidió con un beso lento, de esos que se quedaban flotando en la piel, me quedé solo en el pasillo un instante, saboreando el silencio de una casa llena de palabras.

Claudia se asomó desde su cuarto.

—Se te ve muy sonriente cuando está Lucía —dijo con una sonrisilla de lo más pícara.

—Y tú estás muy pillada por ese chico, ¿eh?

Ella sonrió y, sin decir nada, se volvió a meter en su cuarto.

Y yo, mientras apagaba las luces y ordenaba los platos de la cena, pensaba que la vida, de vez en cuando, sabía hacer sus propias conexiones inesperadas.

Y que, a veces, cuando todo parecía demasiado enredado para salir bien… justo entonces, empezaba lo bueno.

Capítulo 22

Lucía

En mi cabeza, la comida del sábado en casa de Álvaro iba a ser una cosa entre tranquila y protocolaria. Yo llevaría postre, Claudia pondría la mesa, Pablo estaría nervioso, Álvaro haría ese gesto suyo de arquear la ceja izquierda que significaba: "tengo todo bajo control, pero no sé cómo ha pasado esto", y pasaríamos un par de horas simpáticas con anécdotas, risas suaves y sobremesa con café.

Lo que no esperaba era terminar llorando de la risa a mitad del segundo plato porque Claudia había contado, con todo detalle, cómo Pablo confundió el gel de ducha con la crema exfoliante de su madre durante un fin de semana en la playa. Y menos aún que Álvaro hiciera de imitador de pato asfixiado mientras fingía leer en voz alta los mensajes de WhatsApp que se mandaban "los adolescentes de hoy en día".

Fue glorioso. Pero mejor, vayamos por partes…

Llegamos a la una. Pablo, que había insistido en llevar el pan, como si con eso compensara el estómago revuelto con el que venía, llamó al timbre con la bolsa en la mano y una expresión que oscilaba entre "esto va a ir bien" y "mejor que haya un extintor cerca, por si todo explota".

—Tranquilo —le dije, mientras esperábamos. —Si Claudia te quiere, estás salvado. Y Álvaro ya te ayudó con lo del código, así que no hay mucho margen para que le caigas peor. Lo tuyo ahora es mantenimiento básico.

—¿Y si hago un chiste y no se ríe?

—Pues ríete tú. Siempre funciona.

Me abrió Álvaro con su sonrisa medio torcida, el delantal puesto y olor a horno encendido detrás. Me besó en la mejilla y saludó a Pablo con una palmada breve en el hombro.

—Veo que traes pan. Ya tienes puntos a favor.

—Lo elegí yo —aclaré, como quien se atribuía el mérito de una receta ganadora.

—Claro que sí —dijo Álvaro. —Pasad. Claudia está terminando la ensalada como si fuera una escultura renacentista.

La mesa estaba puesta en el salón, con mantel blanco, servilletas verdes dobladas en triángulo y vasos de colores. Todo muy "casa de domingo", lo cual era adorable viniendo de una familia de dos. Claudia nos recibió con un abrazo y una sonrisa que se le escapaba incluso cuando intentaba disimularla. Se notaba en cada gesto que estaba feliz. Y eso, para mí, ya hacía que todo valiera la pena.

—Hola, Lucía —dijo, dándome un beso en la mejilla. —Hoy no te vamos a dejar fregar nada, te aviso.

—Uy, qué raro. Siempre me toca el lavavajillas en casa. ¿Tú cómo te libras, Pablo?

—Yo cocino a veces —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¿A veces?

—Cuando se alinean los planetas y me apetece.

—Y cuando mi madre le insiste seis veces —añadí, con una sonrisa ladeada.

Comimos como si nos conociéramos de toda la vida. Álvaro había hecho un pollo al horno con hierbas y patatas que sabía a infancia; Claudia había preparado una ensalada de esas con frutas, queso, nueces y un aliño que

parecía sacado de un restaurante moderno. Pablo había traído pan de masa madre, y yo llevé una tarta de queso casera que había hecho esa mañana con miedo a que no cuajara.

—Esto está de escándalo —dije al probar el pollo.

—No me digas eso, que me vengo arriba y la próxima vez intento hacer sushi —respondió Álvaro, con una servilleta al hombro y cara de chef en un programa de televisión.

—A mí no me importa. Mientras no uses el arroz del supermercado que se pasa en tres minutos.

—Anotado. Arroz japonés o nada.

La conversación fluyó sin interrupciones. Claudia y Pablo se miraban de vez en cuando como si compartieran un secreto constante. Yo los observaba con cierta ternura. No solo se querían, eso se notaba, sino que además se conocían, se respetaban. Había algo muy bonito en verlos juntos. Algo limpio. Natural.

En un momento dado, cuando estábamos ya sirviéndonos un segundo trozo de tarta, que, para mi alivio, había quedado perfecta, me acerqué a Álvaro en la cocina mientras los chicos se enfrascaban en discutir cuál de los dos era más impuntual.

—Puedes estar tranquilo —le dije, bajando la voz con una sonrisa. —Mi hermano es un buen chico. Bastante mejor de lo que parece cuando se pone nervioso. Y, hasta donde sé, está respetando a tu hija desde el primer día. Llevan saliendo desde hace un año.

Álvaro se giró hacia mí con una expresión a medio camino entre la sorpresa y el alivio.

—¿Un año?

—Sí. Y no lo dijeron antes porque tenían miedo de que fuera un problema, o de que los separáramos si algo salía mal.

—No se equivocaban. Si me lo hubieran dicho al principio, probablemente habría entrado en pánico.

—¿Y ahora?

—Ahora… estoy aprendiendo a dejar de controlarlo todo. Es difícil, pero ver a Claudia así… feliz. Me hace pensar que, quizá, están haciendo las cosas bien.

—Lo están.

Le toqué suavemente el brazo, y él me dedicó una mirada de esas que no necesitaban palabras.

Después de comer, se armó una pequeña guerra de preguntas absurdas. Todo empezó porque Claudia leyó en voz alta una tarjeta de trivial que estaba en un cajón. De ahí pasamos a un duelo improvisado: chicos contra chicas, con la regla de que cada respuesta fallada obligaba al equipo a hacer una confesión. Fue tan ridículo como divertido.

—¿Primera cita más desastrosa? —preguntó Claudia, señalando a su padre con una sonrisa de reto.

—Tenía quince años. Fui al cine con una chica. Nos sentamos y me quedé dormido. Literalmente. Ronqué. Me desperté cuando ella me empujó y se fue. No supe más de ella.

—Qué horror —dije, entre risas. —¿Y qué película era?

—"Titanic".

—¡¿Cómo te dormiste viendo Titanic?! —gritamos Claudia y yo.

—Era larga. Yo había jugado al fútbol esa tarde. Y ya había visto el tráiler; sabía cómo acababa.

Pasamos toda la tarde entre risas, juegos y el tipo de conversaciones que se daban cuando nadie tenía prisa por volver a su vida. Yo no recordaba una comida tan sencilla y tan feliz desde hacía mucho. No por la comida en sí, aunque estaba deliciosa, sino por la compañía. Por la sensación de que,

aunque nuestras familias se hubieran cruzado por accidente, de alguna forma todo encajaba.

A eso de las seis, Claudia y Pablo salieron a dar un paseo por el parque cercano. Dijeron que necesitaban aire y "bajar el postre", aunque era evidente que también necesitaban un rato a solas. Se fueron cogidos de la mano, hablando bajito.

Álvaro y yo nos quedamos en el salón, con las tazas de café y la casa oliendo todavía a romero y limón.

—¿Sabes? —dije, mirándolo desde el sofá —Creo que este es uno de esos días que vamos a recordar dentro de muchos años.

—¿Por lo ridículo de mis imitaciones de patos?

—También —reí. —Pero, sobre todo, porque todo salió bien sin que nadie lo forzara.

Él se acercó, se sentó a mi lado y me cogió la mano. Su dedo rozó el dorso de la mía con calma.

—Gracias por confiar en mí, con Pablo —susurró.

—Gracias por confiar en mí, con Claudia —respondí, y nos besamos.

Fue un beso tranquilo, de esos que no buscaban impresionar, solo quedarse un poco más.

Con la ausencia de los chicos, la casa quedó más tranquila. Álvaro y yo nos quedamos en el salón, tomando café y charlando como si no tuviera prisa por irme a ninguna parte. De hecho, no quería irme. La sensación que había tenido desde que entré a su casa esa mañana, como si no importara lo que sucediera fuera, era que todo lo que estaba pasando aquí era… ¿Real?

Él me miró un momento, y entonces me di cuenta de que también lo había estado mirando.

—Estaba pensando —dijo, rompiendo el hechizo, —que nunca imaginé que todo esto iría tan bien.

—¿El qué? —pregunté, mirando la espuma del café que quedaba en mi taza.

—Esto —dijo, señalando la casa, la mesa vacía, incluso la manera en que estábamos sentados allí, relajados. Con los chicos afuera, el día se sentía menos presionado. —Lo de tener una familia.

—¿Qué familia? —le sonreí, levantando una ceja.

—Nosotros. Los cuatro. Y todo lo demás. Creo que nunca imaginé lo bien que encajarían las piezas.

Mi corazón dio un brinco, aunque intenté disimularlo, y me recosté un poco en el sofá, buscando cómo seguir la conversación sin decir algo demasiado evidente.

—Ya sabes, todo esto es un proceso, ¿no? —dije, sonriendo mientras me ponía de nuevo de pie para ponerme otro café —Me gusta cómo se están llevando los chicos. Están cómodos. Y eso es lo que importa, ¿no?

Álvaro asintió, pero su mirada era de esas que no mentían. La conexión que había entre él y yo, y entre él y su hija, estaba ahí. No era forzada. Nadie se estaba esforzando porque todo encajara. Simplemente… era.

Y como solía decirse, una mirada valía más que mil palabras, y a nosotros nos bastó una para dejarnos llevar por las ganas que nos teníamos, y acabamos en su cama dando rienda suelta a esa pasión que nos llegaba cuando menos lo esperábamos.

Cuando Claudia y Pablo regresaron después de su paseo, ya era casi de noche, y la ciudad comenzaba a encender sus luces, creando un ambiente relajado, casi como si el tiempo fuera más lento.

—¡Ya estamos de vuelta! —anunció Claudia, mientras cerraba la puerta detrás de ella.

Pablo, detrás de ella, parecía estar mucho más relajado que antes. Sus ojos ya no delataban ese nerviosismo de cuando había llegado por primera

vez. Estaba tranquilo, como si todo se hubiera resuelto.

—Todo bien —me dijo a mí, mientras Claudia se dirigía directamente a la cocina.

—Te veo más relajado —comenté, dándole una sonrisa.

—¿Sabías que mi hermana es increíblemente buena en las estrategias para calmar a la gente? —comentó, como si fuera una revelación.

—No lo sabía —dije, mirándolo con una sonrisa.

La tarde pasó entre charlas y más bromas. La energía en la casa se sentía ligera, incluso cuando mencionábamos temas serios como las expectativas de la universidad, el trabajo o las decisiones que los chicos tendrían que tomar en los próximos años. Sin embargo, entre la juventud de Claudia y Pablo, todo parecía más sencillo. Algo que yo, a su edad, no entendía tan claramente.

A medida que el reloj se acercaba a las ocho, y las conversaciones se alargaban entre historias de la escuela, el instituto y anécdotas de viajes, de repente me di cuenta de algo.

—¿Sabes? —dije, mirando a Álvaro —Aunque sea pronto, creo que esto va a ir bien.

—¿El qué? —Me miró, confundido.

—Nosotros. Tú y yo. Y los chicos. Todo esto.

Él me sonrió, una sonrisa tranquila, como si ya lo supiera, pero no quisiera admitirlo.

—¿Eso crees? —preguntó, divertido.

—Lo creo —dije, mirando con cariño a Claudia y Pablo, que reían en la mesa mientras discutían sobre cuál de los dos había tenido el peor corte de pelo en su vida. Luego, volví mi mirada hacia él y sonreí. —Además, ya que estamos en esto, te prometo que le echaré una mano a Pablo. No quiero que vuelva a meterse en líos sin saberlo.

—Eso me tranquiliza mucho —respondió, cogiéndome la mano.

La noche avanzó rápida. Cuando se acercó la hora de despedirnos, Pablo y Claudia empezaron a recoger las cosas, pero era evidente que los chicos no querían separarse todavía. Estaban cómodos. ¿Quién no lo estaría, con tantas risas y una pizza tan buena? Sin embargo, sabíamos que era tarde, y al final, se despidieron entre abrazos y promesas de verse el próximo fin de semana.

—¿Qué te parece si hacemos esto más seguido? —le dije a Álvaro sonriendo antes de despedirme de él.

—Lo que tú quieras —dijo, acercándose a mí. Su mirada estaba llena de algo que no tenía palabras, pero que, de alguna forma, sabía que compartíamos.

Nos besamos de nuevo, esta vez más largo, sin prisas, como si fuéramos dos personas que finalmente se habían dado cuenta de que todo lo que necesitaban estaba justo frente a ellos.

Dejé a Pablo en casa de mis padres; se despidió dándome un abrazo, además de las gracias por no contar nada de lo suyo a nuestra familia, y le dije que siempre podría contar conmigo para lo que necesitara.

Esa noche me dormí con la sensación de que todo podía ir bien, de que las piezas de nuestras vidas no se habían cruzado por accidente.

Capítulo 23

Lucía

Los domingos siempre habían tenido un sabor distinto. Había algo en la calma del mediodía, en el olor a comida casera flotando desde la cocina, que me devolvía a lugares seguros. Hoy no era la excepción. Había dejado la mesa lista desde temprano, con el mantel de lino que solo usaba cuando venía alguien especial, y me aseguré de tener una botella de vino blanco enfriándose en la nevera. Sabía que Marina lo prefería suave y frío, como los recuerdos que intentábamos mantener intactos.

Escuché el timbre justo cuando estaba sacando los últimos platos del lavavajillas. Me sequé las manos con el delantal y fui a abrir.

—¡Hola, hermana! —dijo Marina, entrando con esa energía suya que a veces me abrumaba y otras veces me salvaba la vida.

Se abrazó a mí con una naturalidad que aún me conmovía. A pesar de los años, los silencios y las distancias que a veces poníamos entre nosotras, Marina siempre estaba ahí.

—Qué bien hueles —me dijo. —¿Es ese tu perfume de "quiero impresionar, pero fingiendo que no"? —dijo, y solté una risa.

—Solo quería oler a algo más que a lejía y carne al horno.

Nos sentamos en el salón, con las copas de vino en la mano. Marina miraba todo como si fuera la primera vez que venía. Siempre había sido muy observadora, como si pudiera leer mi estado de ánimo por la posición de los cojines o el tipo de vela que tenía encendida.

—¿Y entonces? —preguntó después de un sorbo largo —¿Qué tal todo con Álvaro?

Sentí que se me encendían las mejillas. No sabía por qué, pero me costaba hablar de él sin que se me escapara una sonrisa tonta. Y eso fue exactamente lo que pasó.

—Muy bien —dije, bajando la vista a la copa. —Muy, muy bien, la verdad.

Marina arqueó una ceja, divertida.

—¿Muy, muy bien? Eso suena a que has pasado más de una noche en su casa…

—Marina…

—Vale, vale, no digo nada. Pero esa sonrisa tuya te delata.

Justo en ese momento, el móvil vibró sobre la mesa. Lo cogí, un poco distraída, hasta que vi el nombre de Álvaro en la pantalla. El corazón me dio un vuelco. Lo abrí y lo leí.

Álvaro: *Estoy en casa de mis padres. Mi madre acaba de decir que si te apetece venir a tomar café. ¿Te animas?*

Sentí que la copa casi se me resbalaba de las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Marina, ladeando la cabeza.

Le pasé el móvil sin decir nada. Leyó el mensaje y luego me miró con una sonrisa cómplice.

—¡No seas tonta! Claro que tienes que ir. Es café con los suegros. ¡Es buena señal!

—¿Suegros? No exageres.

—Lucía, por favor, ¿sabes cuántos años llevo esperando a que te manden un mensaje así? Vas a ir, y punto. Nada de nervios.

—Pero… Has venido para un día de chicas. Y no estoy arreglada, no sé si es buena idea.

—Para empezar, puedo venir cuando me salga del mismísimo, soy tu hermana y siempre me tendrás. Y para seguir, estás perfecta. Aunque… —Me miró con ojo crítico —vamos a mejorarlo un poquito.

Subimos al dormitorio riendo como adolescentes. Empecé a buscar algo entre los cajones mientras Marina se sentaba en la cama y hacía comentarios sobre todo lo que encontraba.

—Ese vestido es precioso, pero demasiado para un café —dijo cuando saqué uno negro ajustado.

Finalmente, me decidí por unos vaqueros oscuros que me quedaban bien, una camiseta blanca de hombro caído que siempre me hacía sentir bonita sin esfuerzo y mis tacones beige, los cómodos.

—Estás ideal —dijo Marina. —Perfecta para conocer a los suegros sin parecer que te estás esforzando demasiado. Vas a gustarles.

Me miré en el espejo y asentí, todavía con el móvil en la mano.

Lucía: *Mándame la ubicación y voy para allá.*

Álvaro respondió casi al instante.

—Ya está —le dije a Marina. —Me ha pasado la dirección.

Marina se levantó y me abrazó.

—Ve tranquila. Y luego me cuentas todo. Absolutamente todo.

Me reí, cogí mi bolso y salí por la puerta de mi habitación con el corazón latiendo rápido, como si tuviera veinte años otra vez.

Cuando llegamos al salón, recogimos la mesa en un momentito entre las dos, y lo que me dijo a continuación sí que no me lo esperaba para nada.

—Bueno, ahora que ya estás lista para conocer a la reina madre… hablemos de lo que en realidad me tiene con el estómago revuelto desde

ayer.

La miré, un poco más seria.

—¿Qué ha pasado?

Marina respiró hondo y se recogió el pelo en una coleta baja, ese gesto que siempre hacía cuando iba a decir algo que le costaba.

—Quedé con Julián otra vez.

No dije nada al principio. Solo la miré, esperando que dijera más. Sus ojos, por un momento, se perdieron en algún punto invisible de la alfombra.

—Y esta vez fue diferente —añadió. —No sé cómo explicarlo, Lucía. Me sentí… bien. Como si por fin pudiera respirar otra vez.

—¿Y eso no es bueno?

—Sí. Sí lo es, pero también me siento culpable. Mucho.

—¿Por qué?

—Porque hace años me prometí que no estaría así con nadie; yo quería mucho a Fran y lo sabes. Pero estar con Julián, reírme otra vez como antes, que me mire como si yo fuera especial… Me removió cosas. Y me da miedo.

Me acerqué un poco más a ella. Le cogí la mano sin decir nada durante unos segundos y sentí el temblor leve de sus dedos.

—Marina, tienes derecho a estar ilusionada —le dije por fin. —Y también a tener miedo. Las dos cosas pueden existir a la vez.

Ella soltó una risa, más amarga que alegre.

—Es que… me siento como una idiota. O, peor, me siento como si traicionara a Fran —murmuró, negando.

—No lo estás traicionando; ya sabes que él no querría que te quedaras sola pensando en su recuerdo. Mereces darte una segunda oportunidad para el amor, hermanita.

—Eso me da aún más miedo. Porque, ¿y si él es un hombre de solo sexo, y ya?

—Eso tendrás que descubrirlo, pero no huyas antes de saberlo.

Marina bajó la mirada, luchando contra esa mezcla de emociones que a veces no tenía nombre. La vi parpadear más rápido, como si estuviera conteniendo algo.

—Me prometí no ilusionarme ni enamorarme, y ahora…

—Ahora la vida te ha puesto a un hombre delante para romperte los esquemas, igual que a mí, que también dije que no volvería a sentir nada por nadie. Y mírame, enamorada del padre de una alumna, hasta las trancas. Pero, por Dios, no se lo cuentes a nadie —reí, y ella lo hizo también.

—Me da miedo ilusionarme, tener algo de verdad y que todo se rompa como pasó con Fran.

—Si eso ocurre, yo estaré aquí para ayudarte a pegar los pedazos.

Marina sonrió entonces. Esa sonrisa que solo le salía cuando sentía alivio de verdad.

—A veces me olvido de lo afortunada que soy por tenerte.

—Y yo por tenerte a ti. Aunque seas intensa y dramática como un tango.

—Qué atrevida —dijo riendo, dándome un suave golpe con un cojín. —Oye, y volviendo al tema que más me interesa… ¿Estás nerviosa?

—Mucho —admití sin rodeos. —No sé qué me inquieta más: si conocer a sus padres, o que me haya invitado tan de repente. Aunque lo había mencionado, no sé, pensé que lo de ir a casa de sus padres sería dentro de cinco o seis años.

—Claro, claro, o para la Comunión de vuestro primer hijo, no te jode —rio. —Eso es buena señal, hermanita. Te está incluyendo en su vida. No lo pienses tanto. Solo sé tú.

—¿Tú crees que les caeré bien?

—¿Tú te caes bien?

Me quedé pensativa un segundo.

—Sí, creo que sí.

—Entonces van a adorarte.

Volví a mirar el reloj. Quedaban quince minutos para que saliera, y de repente, me parecía poquísimo tiempo. Marina se levantó para irse también.

—Bueno, me voy. No quiero hacerte llegar tarde a tu cita con el destino.

—Tampoco exageres —le dije riendo.

—Y tú, no seas cobarde. Luego me mandas un mensaje, ¿eh?

—Te lo prometo.

Nos abrazamos de nuevo, un abrazo largo y fuerte. Marina se fue y me quedé en el umbral de la puerta unos segundos, con esa sensación en el pecho que mezclaba alegría y vértigo. La tarde se estaba encendiendo de naranja, y algo en el aire me decía que todo podía cambiar en una sola visita.

Me quedé un momento en la entrada después de que Marina se fuera, mirando la puerta como si aún pudiera atraparla antes de que se marchara. A veces sentía que nuestros encuentros eran más bien treguas en medio del caos diario, pequeñas pausas donde volvíamos a ser solo hermanas, sin el ruido de lo que fuimos ni las dudas de lo que éramos ahora.

Cerré la puerta con suavidad y, mientras iba hacia mi habitación para revisar una última vez mi reflejo, algo en mí se encendió. Una imagen antigua, casi olvidada, volvió con la nitidez de los recuerdos que realmente importaban.

Fue un verano. Yo tendría unos diez años y Marina quince. Aquella tarde, mi hermana llegó llorando. Yo estaba en el salón, viendo dibujos, pero apenas escuché la puerta, supe que algo no iba bien.

Se encerró en la habitación que compartíamos y no salió en horas. Yo no entendía mucho, pero la intuición de hermana pequeña me empujó a ir tras ella. Cuando entré, estaba sentada en la cama, con la cara roja y los ojos hinchados. En las manos tenía una hoja doblada varias veces. Me senté en silencio frente a ella.

—*¿Qué pasa?* —le pregunté en voz baja.

—*Nada* —respondió, sin mirarme.

—*¿Es por un chico?*

Me fulminó con la mirada. En ese entonces, lo peor que podías hacer era que adivinaran tus sentimientos.

—*Es solo que… Me han dicho que soy fea. Un chico de clase. Y todos se rieron.*

Me quedé quieta. No sabía qué decir. Pero algo se removió en mi interior. Me acerqué a mi mesita, abrí el cajón y saqué un papel. Era uno de mis dibujos de entonces, un retrato torpe, pero cariñoso de las dos, con nuestras iniciales en la esquina y un sol enorme sobre nuestras cabezas. Se lo tendí con manos pequeñas y decididas.

—*Tú eres la más guapa que conozco. Y la más fuerte. Y cuando crezca, quiero ser como tú.*

Marina lo miró, al principio sin decir nada. Luego lo abrazó contra su pecho y rompió a llorar otra vez, pero distinto. Más suave. Como si, de algún modo, ese dibujo hubiese tapado las grietas del día.

Durante años guardó ese papel en su diario, doblado con cuidado, como si fuera un amuleto. A veces, cuando limpiábamos el cuarto juntas, lo sacaba y me decía en broma: “este dibujo me salvó del desastre”.

Volví al presente con una sonrisa nostálgica. Me miré al espejo y me vi ahí, tan diferente de aquella niña que solo quería parecerse a su hermana mayor. Y, sin embargo, en esencia, seguía siendo la misma. La que quería

cuidar, la que escuchaba, la que creía que el amor, cuando era verdadero, se parecía mucho a eso: quedarse, incluso cuando no entendías nada.

Ajusté un poco la camiseta de hombro caído y me puse un toque más de pintalabios. No por los padres de Álvaro. Ni siquiera por Álvaro. Por mí. Por la mujer en la que me estaba convirtiendo. Por aquella niña que una vez creyó que podía salvar el mundo con un dibujo, y que, quizás, no iba tan desencaminada.

Miré el reloj una última vez y comprobé que era hora de irme.

Capítulo 24

Álvaro

Desde que Claudia nació, había vivido momentos maravillosos, pero ver cómo se reía con mis padres en el salón, con las mejillas aún sonrosadas por la comida, era uno de esos instantes que uno quería guardar en un frasco para siempre.

El sol de la tarde entraba por las ventanas del comedor, proyectando formas doradas sobre la alfombra, y mi madre, como siempre, había cocinado más de lo necesario. “Por si acaso”, decía ella. Por si acaso venía alguien más, por si acaso teníamos hambre después, por si acaso el mundo se terminaba y había que sobrevivir con filetes empanados.

—Papá, ¿puedo poner música? —preguntó Claudia, ya con la panza llena, moviéndose por el salón como si flotara.

—Claro, cariño, pero nada de reguetón, que tu abuelo se nos muere —dije, y mi padre soltó una carcajada seca.

—Con que tenga melodía y no suene como si estuvieran golpeando una olla, ya me doy por satisfecho —dijo él, guiñándole el ojo a Claudia.

Yo me levanté con esa mezcla de felicidad doméstica y ligera inquietud, porque en cualquier momento llegaría Lucía. Era la primera vez que venía a casa de mis padres, la primera vez que nos verían juntos.

Justo cuando iba hacia la puerta para mirar por la ventana, sonó el timbre.

Mi corazón dio un pequeño vuelco.

Caminé con calma fingida hasta la puerta. Al abrirla, ahí estaba ella. Con unos vaqueros, una camiseta de hombro caído y zapatos de tacón, el pelo suelto, una caja de pasteles en la mano y una sonrisa que me dejó por un momento sin aire.

—Hola —dijo, con esa voz suya que siempre sonaba como un secreto compartido.

Yo sonreí, me apoyé un segundo en el marco de la puerta y me quedé mirándola. Tenía que parecer natural, pero me sentía como un adolescente viendo a su primer amor. Estaba preciosa. Sencilla, radiante… mía.

—Hola —respondí, al fin, con un nudo dulce en la garganta.

La besé. No un beso cualquiera. Fue uno de esos que empezaban con los labios y terminaban en el pecho, con la sangre bombeando más rápido. Sentí su mano apoyarse en mi brazo y, por un instante, el mundo fue sólo eso: ella y yo, en la puerta de la casa donde crecí.

—He traído pasteles para el café —dijo cuando nos separamos, como si no acabáramos de besarnos con la intensidad de una escena de película.

—Vas a conquistar a mi madre por el estómago —bromeé, y le tendí la mano libre.

Entramos en casa cogidos de la mano. Sentí su palma cálida, segura, entrelazada con la mía, como si ese gesto hubiera sido siempre nuestro. Al cruzar el umbral, vi a mi madre levantar la vista.

Nos miró y sonrió. Una sonrisa lenta, suave, de esas que decían más que mil palabras.

—Hola, señora —dijo Lucía, antes de que yo pudiera hacer ninguna presentación.

—Nada de, “señora” —contestó mi madre, acercándose de inmediato. —Llámame Carmen. Y ven aquí, mujer, que yo no doy la mano, yo abrazo.

Y la abrazó. Un gesto natural, como si Lucía hubiese estado viniendo a casa desde hacía años. Mi padre también se levantó, con esa formalidad campechana que tenía, y le dio la bienvenida con un apretón de manos y, "un gusto tenerte por aquí".

Nos sentamos en el comedor de nuevo, esta vez con el mantel ya limpio y la cafetera empezando a silbar en la cocina. Claudia se sentó junto a Lucía, como si la hubiese elegido como cómplice, y enseguida empezó a hablarle de lo buena que había estado la comida, de lo rica que era la ensalada de garbanzos, a pesar de que no le gustaban los garbanzos, y de lo rápido que pasaban las clases de matemáticas con ella.

—¿Así que tú eres la profesora de mi nieta? —preguntó mi padre, con una sonrisa divertida.

—Sí, aunque creo que últimamente hablamos más de libros que de ecuaciones —dijo Lucía, y Claudia asintió como si le acabaran de leer la mente.

—¡Normal! Las matemáticas están sobrevaloradas —bromeó mi madre, y todos nos echamos a reír.

—Uy, Carmen, que eso no lo escuche el ministerio, que me despiden —dijo Lucía, entre carcajadas.

Nos reíamos todos, como si nos conociéramos desde siempre. Incluso yo me sorprendía del tono cálido de la conversación, de cómo Lucía encajaba con mis padres, con Claudia, con todo. Me sentía como si el universo se hubiera alineado, como si estuviéramos en uno de esos momentos en los que todo estaba bien, sin sombras.

De vez en cuando, atrapaba la mirada de mi madre. Me observaba, no con juicio, sino con esa sonrisilla suya, ladeando la cabeza ligeramente, como diciendo: "esta mujer me gusta para ti". Y yo no podía estar más de acuerdo.

—Deberíamos hacer esto más veces —dijo Claudia, con los ojos brillantes. —Una comida familiar, todos juntos.

—Buena idea —respondí yo, mirando a mi hija con una ceja alzada, —pero la próxima vez tiene que venir también tu novio Pablo.

Claudia se quedó paralizada un segundo. Luego, como si alguien hubiera accionado un botón invisible, su cara se puso roja como un tomate.

—¡Papá! —protestó, enterrando la cara entre las manos.

—¿Así que tienes novio? —preguntó mi madre, con los ojos muy abiertos —¿Y es buen muchacho?

Lucía levantó una mano con aire teatral.

—Puedo responder a eso —dijo, aguantando la risa. —Resulta que el novio de Claudia es mi hermano pequeño.

La risa fue general. Mi padre se llevó las manos al pecho, fingiendo una sorpresa mayúscula.

—¡Vaya! —dijo, y luego se volvió más serio, aunque con una chispa en los ojos —Es curioso cómo el destino se encarga de poner a las personas correctas en el camino de otras, y unirlas sin que se den cuenta.

Todos asentimos. Yo miré a Lucía, que me devolvió la mirada con una ternura que no necesitaba palabras. Sí, el destino. O quizá sólo la vida, con sus giros inesperados.

Cuando el café se terminó y los pasteles fueron reducidos a migas, llegó el momento de despedirse. Mi madre abrazó a Lucía con fuerza, como si le estuviera entregando algo importante en ese gesto.

—Tienes que volver pronto, ¿eh? —dijo, casi en un susurro.

—Estaré encantada —respondió Lucía, sonriendo.

Salimos de casa de mis padres caminando despacio, la tarde ya más fresca, el cielo cubriéndose de tonos dorados. Me quedé mirándola un momento, mientras bajábamos por el pequeño sendero del jardín.

—¿Te apetece cenar con Claudia y conmigo esta noche? —le pregunté, y ella se giró con una sonrisa serena.

—Me encantaría.

El coche avanzaba despacio por la avenida mientras la radio murmuraba una canción suave que ninguno de los tres parecía escuchar realmente. Claudia iba sentada detrás, en silencio, mirando el móvil y escribiendo con una sonrisilla en los labios que sin duda dejaba claro que, al otro lado de la pantalla, estaba Pablo.

Yo conducía con una mano en el volante y la otra entrelazada con la de Lucía, apoyada en su regazo. Ese pequeño gesto, esa simple unión de dedos, era suficiente para hacerme sentir en casa.

—¿Os apetece que cojamos algo para cenar? —pregunté, girando apenas el rostro para mirar a Lucía —¿Qué tal comida china?

—¡Sí! —respondió Claudia desde atrás antes de que Lucía pudiera decir nada —Con arroz tres delicias, por favor.

—Y tallarines —añadió Lucía, sonriendo.

Paramos en nuestro local habitual, un sitio pequeño con farolillos rojos colgando en la entrada, y mientras yo hacía el pedido, ellas se quedaron en el coche hablando en voz baja. Al volver, las encontré riéndose por algo que Lucía acababa de decir, y Claudia, con esa risa suya contagiosa, tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

En casa, todo fue rápido. Pusimos la mesa del salón de forma improvisada: servilletas de papel, palillos chinos que nadie sabía usar realmente bien, botellas de agua y refrescos, y las cajitas humeantes que llenaron el aire con ese aroma inconfundible de salsa de soja y jengibre.

—Vamos a ver una peli —sugirió Claudia, sacando el mando del sofá. —Pero esta vez elijo yo.

—Eso suena a trampa —dije, llevándome un trozo de pollo al curry a la boca.

—Nada de dibujos —advirtió Lucía, divertida. —Y nada de comedias románticas.

—¿Y si vemos una de miedo? —propuso Claudia, con una mirada traviesa. Lucía levantó una ceja.

—¿Miedo de verdad o esas en las que aparece un muñeco poseído con voz de pito?

—De las que dan susto de verdad —respondió Claudia, desafiante. —Pero nada de taparse los ojos, ¿eh?

Nos acomodamos en el sofá con los platos aún en las manos, yo en medio de las dos, como si el universo me hubiese colocado allí con precisión quirúrgica. Claudia eligió una película de esas que empezaban lentas, con música inquietante y escenas nocturnas en casas demasiado grandes y silenciosas.

Al principio, todos comentábamos cosas en voz baja: "mira cómo camina esa mujer", "yo no bajaría al sótano ni loco", "eso va a explotar, fijo". Pero cuando llegó la primera escena realmente tensa, Lucía se encogió ligeramente contra mi costado y yo, sin pensarlo, le pasé un brazo por los hombros. Ella apoyó la cabeza en mi pecho, como si ese fuera su lugar natural.

Claudia, que tenía una mantita sobre las piernas, me lanzó una mirada rápida y cómplice. No dijo nada, pero su media sonrisa hablaba por ella. Estaba feliz y yo también.

La película avanzaba, los sustos aumentaban, y de vez en cuando alguno de los tres soltaba un grito ahogado o un, "¡madre mía!" que nos hacía reír nerviosamente. A mitad de la historia, Lucía ya se había acurrucado por completo contra mí, con sus dedos enredados en los míos. Claudia, sin dejar

de mirar la pantalla, se estiró hasta quedar más cerca, como queriendo formar un nido cálido entre los tres.

Y ahí, en medio de esa película absurda, entre gritos falsos y palomitas que mi hija había sacado en algún momento, me di cuenta de algo que me golpeó con la fuerza de una certeza antigua… Esto era lo que siempre soñé.

Esa paz doméstica, ese calor humano. Claudia, riendo a mi lado, saltando con los sobresaltos de algunas escenas. Lucía apoyada en mí, confiada, con ese aroma que me encantaba y su voz suave. El salón iluminado sólo por la pantalla y una lámpara baja. El sonido del viento fuera, suave, casi acogedor. Todo eso era mi definición de hogar. No el sitio físico, no las paredes ni los muebles… sino ellas.

Ellas eran mi familia.

Me vi a mí mismo desde fuera, como si el momento se congelara: un padre, una hija, una mujer que quizás… quizás podría ser mucho más que una compañera de camino. Pensé en mi madre, en su sonrisa aprobadora, en cómo había abrazado a Lucía, en la forma en que la había mirado cuando nadie creía estar mirando. Pensé en mi padre y sus palabras, tan sencillas, pero tan certeras: *el destino pone a las personas correctas en el camino de otras*.

Y sentí algo parecido a la plenitud.

La película terminó con un susto final, siempre había uno, que hizo saltar a Claudia y a Lucía al mismo tiempo. Yo solté una carcajada y las abracé a las dos.

—Ya está, ha pasado lo peor —dije, como si estuviéramos saliendo de una montaña rusa.

—¿Podemos ver dibujos ahora? —preguntó Claudia, medio en broma.

—No hasta que termines tu arroz —le recordé como si, en vez de una adolescente, aún fuera mi niña.

Lucía me miró con esa sonrisa suya de medio lado que siempre parecía esconder algo más profundo. Se inclinó ligeramente y me besó en la mejilla.

—Gracias por esta noche —susurró.

—Gracias a ti —le respondí.

Y lo dije en serio. Porque con ellas, en esa escena tan mundana, tan sencilla, me sentía como si el futuro, por primera vez en mucho tiempo, tuviera forma.

Después de la película y del asalto final a los restos de comida china, Claudia se levantó, se estiró con un bostezo exagerado y anunció que se iba a la cama.

—Estoy agotada, pero ha sido el mejor domingo de la historia —dijo, abrazándome primero y luego dándole un beso en la mejilla a Lucía. —Me gusta que estés con nosotros —añadió, con una naturalidad que a mí me llegó al alma.

Lucía se quedó mirándola unos segundos, emocionada.

—Gracias, Claudia. Yo también estoy muy feliz de estar aquí.

Cuando la puerta de su habitación se cerró, la casa quedó en un silencio dulce, como el eco de una risa reciente. Las luces eran tenues, sólo una lámpara de pie iluminaba el salón. Lucía y yo recogimos las últimas cosas con tranquilidad, sin prisas, como si quisiéramos alargar el día un poco más. Luego nos sentamos de nuevo en el sofá, más cerca esta vez, con las piernas rozándose y las manos encontrándose sin esfuerzo.

—¿Quieres una infusión o algo? —le ofrecí, aunque no me moví del sitio.

—No. Lo único que quiero ahora mismo es estar así —respondió, apoyando la cabeza en mi hombro.

Le pasé un brazo por detrás, y durante unos minutos, no dijimos nada. Sólo escuchamos el leve zumbido del frigorífico, el ocasional crujido de la

casa y nuestras propias respiraciones en sincronía.

—¿Sabes qué pensaba mientras veíamos la película? —dije al fin.

—¿Qué? —preguntó ella sin moverse.

—Que así… justo así… es como me imaginaba la familia que quería tener. Cuando era más joven, quiero decir. Antes de ser padre, antes de tener claro lo que significaba compartir la vida con alguien.

Ella no dijo nada al principio. Sólo levantó la vista y me miró. Su mirada era tan intensa y a la vez tan suave que me sentí desnudo ante ella, pero de esa forma que no daba vergüenza, sino alivio.

—Yo también me imaginaba algo así —susurró. —No exactamente igual, claro. Pero sí… esa sensación de calma. De pertenencia. De saber que no tienes que esforzarte todo el tiempo para gustar. Que puedes simplemente ser tú.

—Y que te quieran así —añadí yo.

Ella asintió despacio. Luego, giró ligeramente el cuerpo y se sentó de lado, con una pierna doblada bajo sí misma y la otra apoyada sobre mis muslos. Me cogió la cara con las manos, despacio, como si yo fuera algo frágil. Y me besó. Un beso sin prisa, sin artificio. Un beso que sabía a casa.

—Álvaro —dijo luego, en un susurro, —¿esto… tú crees que…?

—Sí —le corté suavemente. —No sé hacia dónde irá, ni cuánto durará el camino, pero sé que quiero recorrerlo contigo.

Ella cerró los ojos un momento, como si saboreara la frase. Luego sonrió.

—Y con Claudia, ¿no?

—Ella es parte del pack —bromeé. —Si no la incluyo, me echa de casa.

Nos reímos los dos, y en esa risa compartida hubo algo que selló el momento. Como una promesa silenciosa.

—¿Te apetece quedarte un rato más? —pregunté —O incluso… quedarte a dormir, si quieres.

—Me quedo —me interrumpió con una sonrisa. —Si tú quieres que me quede, me quedo.

—Quiero —dije, con una certeza total.

Nos quedamos en el sofá un rato más, hablando en voz baja, contándonos anécdotas del trabajo, de nuestras familias, de esos pequeños recuerdos que uno iba compartiendo cuando sentía que el otro los iba a cuidar bien. Cada tanto nos mirábamos en silencio, como reconociéndonos en una versión más completa de nosotros mismos.

Cuando nos levantamos finalmente, ella fue al baño a lavarse la cara, y yo me acerqué a ver a Claudia. La vi dormida, con el pelo revuelto sobre la almohada y una sonrisa aún en los labios. Me quedé un momento ahí, mirándola, agradeciendo en silencio todo lo que me había traído hasta este punto.

Volví al salón y encontré a Lucía esperándome con una sonrisa preciosa en los labios y el pelo ligeramente húmedo. Se acercó, me abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en mi pecho.

—Gracias por este día —murmuró.

—Gracias a ti por venir.

La llevé de la mano hasta mi habitación y, aunque dormimos juntos, no hubo necesidad de nada más. Solo dormir. Cuerpo con cuerpo, respirando al mismo ritmo. Como si el mundo entero estuviera bien por fin.

Y antes de cerrar los ojos, pensé: *esta vez, sí*. Esta vez, esto podía ser real.

Capítulo 25

Álvaro

El jueves cayó como un suspiro arrastrado por la rutina. Claudia había salido a estudiar con unas amigas, y yo tenía la casa para mí, o eso creía.

Estaba en la cocina, recogiendo los platos del almuerzo cuando sonó el timbre. Sabía quién era antes de llegar a la puerta. Solo Julián llamaba así: una vez larga, una corta y otra más larga, como si la electricidad también llevara su sello personal.

Le abrí sin preguntar.

—¿Tienes cerveza? —fue lo primero que dijo, entrando sin pedir permiso, como siempre.

—Tengo agua fría y una tarde tranquila que no pienso estropear —respondí, cerrando tras él.

—Demasiado tarde.

Me giré hacia él con una ceja levantada. Julián tenía esa cara que solo le salía cuando venía con malas noticias: la mandíbula un poco más apretada, los ojos alerta, pero serenos, como si ya hubiera resuelto la parte emocional y solo quedara la lógica.

—¿Qué pasa?

Se sentó en el sofá sin quitarse ni la chaqueta. Abrió su mochila, sacó el portátil y una libreta vieja llena de notas a mano, algo raro en él.

—Me ha costado —dijo. —Esta gente sabe esconderse, pero al final encontré el hilo suelto. Y tirando de él…

Lo miré en silencio, porque en ese momento entendí que se refería al asunto del código en el que trabajó Pablo.

—Fue Paula.

Sentí que el estómago se me encogía. No porque me sorprendiera, sino porque, en el fondo, lo temía.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que esto es tuyo —dijo, levantando el móvil. —¿Recuerdas la IP secundaria que usaron para desviar los datos del código de Pablo? —preguntó, y asentí.

—Bueno, encontré de dónde salió. Una red enmascarada, torpe, casi parecía amateur, pero había trazas. Pequeñas, como migas de pan digitales. Y seguí el rastro.

Se incorporó ligeramente, apoyando los codos en las rodillas. Ya no hablaba solo como experto en seguridad. Ahora era Julián, el tipo que había estado conmigo desde niños. El que me conocía demasiado bien.

—La dirección final pertenece a una cuenta que rastreé hasta un intermediario. De ahí a un encargo específico en un foro privado. Contrataron a un tipo para seguir a Claudia y a Lucía durante una semana. Les mandaron fotos, videos, incluso. Buscaban momentos en los que se viera a Pablo con alguna de las dos. Quería pruebas de una relación entre ellos. Nada romántico. Solo conexión.

—¿Para qué? —pregunté, aunque en el fondo ya lo intuía.

—Para dañar. Cuando supo que Pablo era hermano de Lucía, y que Lucía era "la nueva ilusión de Álvaro", como lo puso el muy imbécil en el informe… —hizo una pausa— Quiso joderte a ti, pero de forma lenta, fría, legalmente sucia, pero difícil de rastrear. Y eligió el flanco más débil: un chico de dieciocho años que solo quería ganar un poco de dinero haciendo lo que le gusta.

Me pasé las manos por la cara. No dolía por mí, dolía por Pablo. Por Lucía. Por Claudia. Porque alguien como Paula hubiese metido las manos en sus vidas como si fueran piezas de un tablero personal.

—¿Y qué has hecho?

—He hablado con quién corresponde. Ya he mandado el informe completo a un par de contactos. Incluye el nombre del intermediario, la cadena de pagos y una declaración de Pablo explicando que fue engañado. No se le puede acusar de nada. Legalmente, no hay sustancia para vincularlo a la estafa, pero sí la hay para acusar a Paula. Por acoso, por suplantación y por manipulación informática.

—¿Y ahora?

Julián cerró el portátil, lo metió de nuevo en la mochila y se recostó en el sofá, despreocupado por completo.

—Ahora toca poner una trampa. Ella se cree invisible. Piensa que nadie la está siguiendo, pero la están observando. Van a tenderle una red. Y cuando caiga, no podrá decir que no la vimos venir.

Lo miré un momento en silencio. Luego fui a la nevera, saqué dos cervezas y le pasé una.

—Haz lo que creas conveniente —dije, sin más. —Pero no quiero saber nada. No quiero vivir con el veneno de esa mujer en la sangre.

Julián me miró y asintió con una seriedad que no le veía a menudo.

—Lo entiendo.

—Gracias por hacer esto —añadí.

—No lo hice por ti.

Me reí, aunque sabía que no mentía del todo.

—Lo hice por el crío. Porque se me rompió el alma cuando lo vi tan perdido. Y por Claudia. Y por Lucía. Que, aunque no la conozco tanto, sé que te importa. Y eso basta.

Brindamos con las botellas sin decir nada más. Y así se cerró una de las puertas más oscuras que había dejado entreabierta sin querer.

La noche cayó sin prisa. Claudia no había vuelto todavía y la casa estaba en silencio, como si quisiera dejarme espacio para procesar todo. Pero lo único que hacía era pensar en Lucía.

En su sonrisa esa tarde de domingo. En su risa con mis padres. En cómo miraba a Claudia con ternura, como si ya la hubiera adoptado también. Y en Pablo, en ese chaval brillante que había estado tan cerca de perder mucho por culpa de alguien que no supo aceptar que una historia había terminado.

No podía guardármelo. Al menos, no todo. Ella debía saberlo. Tenía derecho. Y, aunque fuese egoísta por mi parte, necesitaba oír su voz. Así que cogí el móvil y la llamé.

—Hola, guapo —respondió ella al segundo tono, con esa voz que siempre me desarmaba un poco. —¿Todo bien?

—Sí… —dije, y me senté en el sofá —Bueno, no del todo. Pero ahora sí.

—¿Ha pasado algo?

—Sí, pero no quiero que te asustes —añadí rápido. —Solo quiero contártelo para que lo sepas, por si en algún momento se menciona, o si llega a tus oídos por otro lado.

—Vale —dijo, más seria ahora. —Te escucho.

Respiré hondo y, con calma, comencé a hablar.

—¿Recuerdas todo lo que pasó con Pablo, el encargo ese que resultó ser una estafa?

—Claro. ¿Ha habido noticias?

—Sí. Julián tiró del hilo y ha llegado hasta la persona que estaba detrás de todo.

—¿Y quién era?

—Paula —dije, sin rodeos. —Mi… ex. La que conociste en la feria, la que causó bastante más daño del que yo estaba dispuesto a admitir.

Tras mis palabras, al otro lado lo único que encontré fue silencio. Luego, Lucía suspiró muy bajito.

—¿Estás diciendo que todo eso fue… personal?

—Sí. Quiso hacerme daño a través de vosotros. Te investigó, siguió a Claudia, vio a Pablo con vosotras, supo que era tu hermano, encajó las piezas y buscó una forma de vincularlo a una red fraudulenta usando su talento como escudo. Como carnada.

—Dios… —murmuró —¿Cómo puede alguien llegar tan lejos?

—Porque no le importaba nadie más que ella. Ni Pablo, ni tú, ni Claudia. Pero ya está. Julián ha informado a quien debía. Y están preparando una trampa legal para atraparla. Pablo no está implicado. Le hemos limpiado el camino. Lo único que quiero ahora es que todo eso quede atrás.

—¿Y tú? —preguntó ella en voz baja —¿Estás bien?

Me sorprendió la pregunta. Todos los demás me habrían dicho: “qué hija de puta” o “menos mal que no estás con ella”. Pero Lucía solo pensó en mí.

—Sí… Ahora sí, pero me costó. Y si te lo cuento es porque no quiero secretos entre nosotros. No me gusta esconder las cosas, ni protegerte como si no pudieras con ellas. Sé que puedes y confío en ti.

Al otro lado del teléfono, el silencio se convirtió en calma. Luego escuché de nuevo su voz, dulce y firme.

—Gracias por contármelo, Álvaro. Y por confiar. Me duele que alguien haya intentado hacernos daño así, pero me alegra saber que no estamos solos. Que te tengo a ti.

—Siempre.

Hubo un momento de pausa. De esos en los que uno no sabía si colgar o quedarse un rato más, aunque no se dijera nada.

—Bueno… —dijo ella, un poco más suave —Me voy a acostar. Estoy molida, pero gracias por llamarme. Me ha gustado escuchar tu voz.

—Y a mí la tuya.

—Duerme bien, ¿vale?

—Tú también.

Y entonces, casi como un susurro que se escapó antes de ser pensado, lo dijo:

—Te quiero.

Silencio…

Ella también se dio cuenta de inmediato. Se quedó callada, congelada al otro lado de la línea. Yo la imaginé con los ojos abiertos, una mano sobre los labios, como si pudiera atrapar las palabras antes de que siguieran flotando.

Yo me quedé mirándome los zapatos. Sonriendo como un idiota.

No lo esperaba. No tan pronto. No así. Pero tampoco me pareció precipitado, porque, si era sincero conmigo mismo, yo también lo sentía.

—Lucía…

—Lo siento —susurró de manera atropellada y nerviosa. —No quería decirlo… O sea, sí quería, pero no así. Salió solo. Perdona, de verdad, qué vergüenza...

—No digas nada más —la interrumpí, con voz baja.

Me habría encantado decirlo yo también. Soltarlo en ese momento y cerrar el círculo, pero no pude. Algo dentro de mí se bloqueó, no por falta de sentimiento, sino por miedo. A decirlo mal. A estropearlo.

Pero esa noche, después de colgar, me acosté con una sonrisa en la cara. No porque todo estuviera resuelto. No porque ya no tuviera miedos. Sino porque ella me lo había dicho. Porque me quería.

Y yo lo sabía, sin necesidad de responderle aún. Esa mujer, esa voz, ese *"te quiero"*. Todo eso era mío.

Capítulo 26

Álvaro

El día siguiente llegó de una forma curiosa. Era viernes, y algo en el aire estaba diferente, más suave, como si la semana hubiera decidido ceder ante el peso de lo que se había dicho y lo que quedaba por decir.

Durante todo el día, mi cabeza estaba llena de Lucía. Su “te quiero” resonaba en mi mente, como una melodía que no podía dejar de escuchar. Por supuesto, no era la primera vez que sentía algo así por ella, pero escuchar esas palabras, tan inesperadas, me desarmó.

Claudia ya me había llamado un par de veces esa mañana para preguntarme si me iba a quedar en casa por la tarde, porque quería hablar de algo con tranquilidad. A veces pensaba que, más que mi hija, Claudia era como mi amiga. Tenía esa capacidad de hacerme sentir que podía ser honesto con ella, incluso cuando no quería serlo. Y en esas ocasiones, ella siempre tenía la respuesta correcta. Pero hoy no estaba tan claro que pudiera compartir lo que había estado pensando todo el día.

Y así, sin querer, el universo se alineó para que ella fuera la que me diera el empujón que necesitaba.

Era casi la hora de la comida, y había quedado con Lucía para salir a dar una vuelta y tomar algo. No era un plan elaborado, pero lo que más me apetecía en ese momento era estar con ella, reírnos de las cosas cotidianas, y que todo fuera simple. Sin complicaciones. Después de todo, había mucha carga emocional en el aire.

Pero antes de que pudiera salir, sonó mi teléfono. Era Claudia.

—Papá, ¿tienes un minuto? —su voz era suave, algo seria, como cuando necesitaba decirme algo importante.

—Claro, ¿qué pasa?

—Quería preguntarte algo… —hizo una pausa, como si no estuviera segura de cómo abordarlo —¿Vas a ver a Lucía hoy?

Sonreí, aunque no podía ver su cara.

—Sí, en un rato. ¿Por qué?

—Bueno… —dijo, un poco nerviosa —Ella hoy ha estado un poquito diferente, pero no se lo digas, por favor. Y veo cómo te cambia la cara cuando hablas de ella, y… no sé, papá, creo que sientes algo, pero no se lo dices, y creo que no tendrías que esperar para decírselo, no sé si me explico. Si estás esperando el momento perfecto, créeme que nunca va a llegar.

Me quedé en silencio unos segundos. La verdad, no tenía ni idea de que mi hija estuviera tan atenta a mis gestos, pero tenía razón. Había algo que me frenaba, algo que me hacía dudar. No quería hacer las cosas a lo loco, ni apresuradamente, pero tampoco quería esperar tanto que las palabras se volvieran vacías.

—Gracias, Claudia. Eres más sabia de lo que crees —dije, sintiendo que su consejo había sido un toque de luz en medio de la confusión.

—Solo… hazlo cuando sientas que es el momento. Y si ya lo sientes, no lo guardes más. Eso te lo digo yo, como hija.

Su voz se suavizó en ese último consejo, como si quisiera que supiera que me apoyaba, sin importar lo que pasara.

—Lo haré, te prometo que lo intentaré.

Nos despedimos con un "te quiero" de su parte que, aunque corto, siempre me tocaba. Luego guardé el teléfono y miré el reloj. Tenía que

darme prisa si no quería llegar tarde a la cita con la mujer que me volvía loco.

Cuando llegué a su casa, Lucía ya estaba esperándome en la puerta, con esa sonrisa cálida que podía hacer que cualquier mal día se desvaneciera al instante.

—¡Puntual, como un reloj! —dijo, y me hizo reír.

—Cosa de familia, supongo —respondí, sonriendo al verla. Algo en su mirada me hizo sentir que el mundo era mucho más ligero cuando ella estaba cerca.

Subió a mi coche y, sin que nadie dijera nada más, nos dirigimos hacia esa cafetería en la que tomamos café la primera vez tras la feria.

Durante la conversación, todo fluyó con naturalidad, entre bromas y anécdotas, como siempre, pero algo dentro de mí estaba en espera, pendiente de una oportunidad que nunca llegaba. Las palabras se amontonaban, pero no conseguían salir. Cada vez que miraba a Lucía, sentía que el momento perfecto estaba a punto de estallar y, sin embargo, algo me hacía dudar.

Mientras tomábamos el café, nos sumergimos en una charla sobre su trabajo, sobre lo que Claudia quería hacer en la universidad, y de pronto, entre risas y gestos cariñosos, me encontré mirándola a los ojos, como si el tiempo se hubiese detenido.

Ella me miraba también, sonriendo, como si todo lo que necesitaba saber estuviera en esa mirada. Y en ese momento, el miedo a ser vulnerable, a equivocarme, a estropear el momento, desapareció.

Lucía se inclinó ligeramente hacia adelante, casi sin darme tiempo para reaccionar. Y fue en ese preciso instante cuando, por fin, las palabras salieron.

—Lucía… —dije, con la voz un poco más baja de lo normal.

Ella arqueó una ceja, como si estuviera esperando una revelación importante. Pero entonces me detuve. Algo en mi interior me frenó nuevamente.

—Lo siento —dije, sonriendo de forma nerviosa. —No sé… hoy me siento raro, no sé por qué.

Lucía rio suavemente, como si entendiera la lucha interna que estaba viviendo. No dijo nada, pero su silencio me dio el espacio necesario. Entonces, simplemente dejé que el aire entre nosotros se despejara. Fue como si ella también supiera lo que quería decir, aunque no lo hubiera dicho.

La conversación volvió a su cauce; ella no mencionó lo que había dicho la noche anterior y yo tampoco, aunque no me lo quitaba de la cabeza, y al final, cuando nos despedimos, algo cambió. Ya no tenía miedo de las palabras, pero las palabras ya no salieron.

Lo que sí pasaron fueron los minutos, esos que a su lado se esfumaban mucho más rápido de lo que me gustaría, y entonces fue hora de marcharnos.

Cuando llegamos a su calle, parados frente al edificio, aún dentro del coche, Lucía se inclinó para darme un beso rápido en la mejilla. El roce de sus labios fue como una chispa que encendió todo lo que sentía por ella.

Antes de bajar, me miró por un momento. No hubo prisas. No hubo ruido.

—Te quiero —me dijo, como si fuera lo más natural del mundo.

Me quedé paralizado un segundo. El mundo se detuvo. Mi corazón latía como un tambor, y mis palabras, que siempre parecían estar listas para salir, se quedaron atrapadas en mi garganta.

Sonreí, sin saber cómo responder. Y Lucía, al darse cuenta de lo que había pasado, sonrió también.

—No te preocupes —dijo, con una risa tímida. —Ya sé que es pronto.

Pero yo no tenía dudas. Y aunque no lo dijera en voz alta, sentía que, de alguna forma, las palabras ya estaban dichas.

—Cena conmigo en casa esta noche —le pedí, ella sonrió y asintió.

—Te veo en un rato, guapo —dijo antes de bajar y yo sentía que mi corazón latía cada vez con más fuerza.

Me fui a casa y me encargué de que todo estuviera perfecto; incluso mi hija dijo que se iba a casa de mis padres para dejarme la casa libre solo para nosotros.

La casa estaba tranquila. El sonido de los coches afuera era apenas un murmullo, casi como si el mundo entero hubiera decidido hacer una pausa por unos momentos. Dentro, todo estaba a oscuras excepto por la luz suave de las velas que había preparado para la cena.

Todo estaba dispuesto para que la noche fuera especial. No había grandes pretensiones, solo la necesidad de estar juntos, de compartir algo más allá de las palabras. Algo que, sabía, estaba por llegar.

Lucía ya había llegado hacía media hora. Al principio, ambos estuvimos un poco torpes, pero luego la conversación fluyó con la misma naturalidad de siempre, aunque había algo en el aire que nos mantenía a ambos expectantes. No necesitábamos grandes gestos, ni palabras grandiosas. Lo que importaba estaba en los pequeños detalles.

El aroma a comida casera llenaba la casa. Había cocinado algo simple, pero hecho con cariño: pasta con salsa de tomate y albahaca, acompañada de un vino tinto que sabía que le gustaba. No había nada elegante, solo la calidez de una cena entre dos personas que se entendían incluso sin decirlo todo.

—¿Estás segura de que te gusta? —le pregunté mientras servía el vino en las copas.

—Claro, Álvaro, sabes que me encanta la pasta. No necesitas preguntar cada vez.

—Es que soy un perfeccionista —sonreí, como si eso justificara mi insistencia.

Nos sentamos a la mesa, pero la cena no fue tan importante como el momento en sí. Nos mirábamos entre bocado y bocado, no con la urgencia de quienes tenían muchas cosas que decir, sino con la tranquilidad de quienes ya habían compartido tantas cosas, que el silencio no incomodaba. Había algo diferente en ese silencio, como si estuviera lleno de promesas no dichas, de momentos futuros aún por vivir.

Mientras comíamos, la conversación pasó de lo cotidiano a lo más profundo, sin que lo planeáramos. Lucía me contó cómo su semana había estado llena de pequeños desafíos, cómo lidiaba con la presión en su trabajo, pero todo lo decía con esa calma que tanto admiraba en ella. Yo le hablé sobre lo que había sucedido con Pablo, de cómo la situación se había aclarado, pero también de lo mucho que me había hecho pensar todo lo que había sucedido.

Después de la cena, nos acomodamos en el salón, y la conversación continuó entre risas, anécdotas y recuerdos. Pero algo seguía en el aire. Yo podía sentirlo, y sabía que Lucía también. La forma en que nos mirábamos, el modo en que nuestras manos se buscaban, como si supiéramos que, aunque no lo decíamos con palabras, había algo que ya estaba diciendo todo lo que necesitábamos.

La música comenzó a sonar de fondo, suave, casi imperceptible al principio, pero lo suficientemente clara como para que la reconociera. Era una canción lenta, algo nostálgica y profundamente romántica. La canción que había puesto de manera accidental, pero que, al sonar, pareció encajar

perfectamente con el momento. Era como si el destino hubiera hecho que esa melodía se alineara con lo que ambos estábamos sintiendo.

Sin pensarlo, me levanté y extendí la mano.

—¿Bailamos? —le pregunté, con una sonrisa tonta, como si lo que estuviera a punto de hacer fuera una locura.

Lucía, un poco sorprendida pero encantada, aceptó mi mano. No dijo nada, pero sus ojos brillaron con una chispa de emoción, como si ella también hubiera estado esperando ese momento. En cuanto sus dedos se entrelazaron con los míos, sentí cómo todo a mi alrededor se desvanecía. El ruido, el tiempo, la ciudad afuera… todo desapareció.

La cogí por la cintura con suavidad, y ella se apoyó en mi pecho, cerrando los ojos por un instante, dejándose llevar. La canción continuaba, suave, como una corriente que nos arrastraba despacio. Nos movíamos lentamente al ritmo, sin que nadie tuviera prisa. En ese momento, no había palabras. No era necesario. Los latidos de nuestros corazones parecían sincronizados, y la cercanía entre nosotros, el roce de su piel, lo decía todo.

De vez en cuando, sentía su respiración cerca de mi cuello, y me costaba concentrarme en algo más que en el hecho de tenerla allí, entre mis brazos, tan cerca, tan perfecta.

Cuando la canción llegó a su punto más suave, me detuve, pero no me aparté. Me quedé mirándola a los ojos, profundamente, como si quisiera transmitirle todo lo que llevaba dentro. No era miedo lo que sentía, era una necesidad. Una necesidad de no seguir guardando lo que sabía que era cierto.

Lucía me miró con esa misma calma, como si supiera que algo estaba a punto de suceder. En sus ojos no había miedo, solo una apertura completa, una disposición para escucharme, para comprender lo que estaba a punto de decirle. Y eso me dio la fuerza que necesitaba.

Sin apartar la mirada, con una suavidad que solo yo podía escuchar, dije:

—Lucía… te quiero. Te quiero más de lo que puedo explicarte. Y no sé cómo lo sabía desde el primer momento en que te vi, pero sé que no hay nadie más. Eres tú. Solo tú.

El silencio que siguió fue profundo, pero no incómodo. Ella permaneció en mi abrazo, mirando fijamente mis ojos, como si estuviera asimilando lo que había dicho. Y entonces, su rostro se iluminó con una sonrisa, una de esas sonrisas que se quedaban grabadas en la memoria. La sonrisa que solo ella podía darme.

—Yo también te quiero, Álvaro —dijo, y su voz tembló ligeramente, pero sus ojos nunca se apartaron de los míos.

Nos quedamos ahí, en silencio, pero en ese silencio estaba todo lo que habíamos esperado. Todo lo que necesitábamos decir, todo lo que, por fin, habíamos dicho.

Y sin necesidad de más palabras, la besé. Con ternura, con la calma que ahora sentía en mi pecho. Porque, al final, lo que importaba no era la perfección del momento, sino que estábamos juntos, en ese espacio entre la música, el baile y las palabras. Y sabía, con certeza, que este era el principio de algo mucho más grande.

La cogí en brazos y la llevé a mi habitación, donde la recosté en la cama y fui desnudándola despacio, aunque en realidad quería quitarle la ropa cuanto antes para poder hacerla mía una vez más.

Ella me desnudó también y cuando ambos nos quedamos libres de esas barreras que nos impedían sentirnos, volvimos a besarnos y nos tocamos sin pudor ni miedo. Sus manos recorrían mi cuerpo al igual que las mías el suyo; llevé una a su entrepierna y comencé a deslizar los dedos entre sus labios vaginales, siendo recompensado por esos gemidos que me hacían excitar aún más.

La llevé al borde del orgasmo entre caricias en su clítoris y penetraciones con mi dedo, solo para detenerme en el momento en el que ella estaba lista para liberar el clímax. Me miró con el ceño fruncido y le hice un guiño mientras sonreía.

Fui bajando con besos suaves por todo su cuerpo hasta que hundí mi rostro entre sus piernas, encontrando su sexo húmedo y listo para seguir disfrutando de mis atenciones.

Lamí, mordí, la penetré con la lengua y mis dedos de manera rápida y profunda, y escuché el modo en el que gritaba mientras se arqueaba su espalda cuando se corrió en mi boca.

El placer que sentía estando con ella era indescriptible, y me atrevería a decir que era porque a Lucía la quería como no había querido nunca a ninguna mujer antes de ella.

Me acomodé entre sus piernas y la penetré; nos besamos con pasión y urgencia y comenzamos a movernos al unísono, rápido y sin parar, necesitando esa unión, esa conexión que hacía que se fortaleciera el hecho de que los dos nos habíamos dicho lo que sentíamos.

Llegamos juntos al clímax, liberando un orgasmo fuerte e intenso como ningún otro hubiéramos sentido antes, y cuando todo terminó, nos quedamos allí abrazados, recobrando el aliento, hasta que los dos volvimos a un estado normal.

Tras un último beso, la abracé pegándola a mi cuerpo y ella se acurrucó encantada entre mis brazos. Cerré los ojos y, sin darme cuenta, sonreí.

La vida había dado un giro importante, y yo ya no tenía dudas. Lucía era la mujer que siempre había estado destinada a entrar en mi vida. Y aunque el futuro siguiera siendo incierto, en ese momento, no había nada más perfecto que estar con ella.

Capítulo 27

Lucía

El día estaba tranquilo, demasiado tranquilo. En el instituto, el bullicio de los estudiantes al salir por el final de la clase resonaba en los pasillos. Yo ya había recogido mis cosas, guardando el último cuaderno con la misma rutina de todos los días, y salí del aula caminando con una sonrisa al ver a algunos de mis alumnos aún por allí. Cuando llegué a la puerta del instituto, la abrí y miré hacia afuera sin pensar mucho en lo que sucedía en el mundo exterior, como siempre hacía cuando estaba dentro de la rutina diaria, inmersa en mis pensamientos.

Sin embargo, algo me hizo detenerme.

Fue el silencio que se coló en el aire, como un eco distante que me dejó sin aliento por un momento. La gente ya no reía, no hablaba, y las voces que solían sonar en los pasillos comenzaron a apagarse. Fue entonces cuando lo vi. Lo vi de pie, en la puerta, observándome con esos ojos oscuros que todavía, después de todo este tiempo, no había logrado borrar de mi memoria.

Hugo.

Mi corazón se detuvo por un segundo, como si el tiempo se hubiera congelado. Mis piernas temblaron, y sentí cómo mi cuerpo, por primera vez en años, reaccionaba ante su presencia. Su rostro había cambiado, pero su mirada seguía siendo la misma. La misma intensidad. La misma expresión de siempre, como si nada hubiera pasado. Como si todo lo que habíamos

vivido no se hubiera desvanecido en el aire como una tormenta que se apagaba de golpe.

Lo vi ahí, parado frente a mí, como si hubiera vuelto del pasado, del lugar al que había estado tratando de escapar tanto tiempo.

—Lucía —dijo con una voz que no había cambiado en absoluto.

Me quedé allí, mirando, incapaz de moverme. La sorpresa me paralizó, pero algo más, algo mucho más profundo, se levantó en mi interior. No era solo el shock de ver a Hugo después de tantos años. Era algo mucho más oscuro. Algo que no podía borrar de mi mente.

Habían pasado años desde que lo vi por última vez, años desde que mi vida había tomado un rumbo completamente diferente. Había crecido, había sanado, había construido una vida para mí, lejos de él y de todo lo que nos había rodeado. Pero en el instante en que lo vi, su presencia trajo consigo toda esa oscuridad que había dejado atrás, todas esas cicatrices que, aunque parecían haber sanado, nunca se fueron por completo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, intentando mantener la calma, pero la voz me temblaba.

Hugo dio un paso adelante, con sus ojos fijos en los míos. No era necesario que me lo dijera, ya sabía lo que quería, lo había sabido siempre. Pero lo que no entendía, lo que no podía comprender, era cómo había tenido el valor de presentarse ahora, después de todo lo que había pasado. Después de todo el dolor que me había causado. Después de todo lo que había perdido por su culpa.

—He vuelto por ti, Lucía —dijo finalmente, como si no hubiera pasado nada, como si los años no se hubieran interpuesto entre nosotros.

Mi respiración se aceleró, y un nudo se formó en mi estómago. No era sólo la sorpresa de verlo. No era sólo el hecho de que estuviera de nuevo frente a mí, como si nunca se hubiese ido. Era algo mucho más profundo,

algo que iba más allá de la simple presencia de un exnovio. Era la carga del pasado, el peso de lo que había quedado atrás.

En ese instante, mi mente comenzó a viajar en el tiempo, hacia un lugar que había intentado enterrar en lo más profundo de mi ser. El dolor, la angustia… todo volvió con una intensidad aterradora. Fue como una explosión de recuerdos que me dejó sin aire, que me paralizó por completo.

El pasado, nuestro pasado…

Recordaba perfectamente el día en que mi mundo se derrumbó. Era una tarde de abril, una tarde calurosa, de esas que se llenaban de risas y luces brillantes. La Feria de Abril estaba en su apogeo, y nosotros estábamos allí, disfrutando de la música, de la gente, de los colores. Hugo había sido mi compañero de siempre en esos momentos, compartiendo risas, sueños y planes de futuro. Pero todo se desmoronó esa noche, esa fatídica noche.

Nos dirigíamos hacia el coche, como siempre, cuando algo cambió. Hugo parecía nervioso, sus ojos se movían con rapidez, como si estuviera esperando algo. No lo entendí en ese momento. Pensé que era simplemente el cansancio de un día largo, de una noche llena de emociones, pero no. La realidad era mucho más oscura. Él estaba metido en algo más grande, algo que yo no entendía entonces. Algo que le había hecho perder el control.

De repente, escuché un ruido, algo extraño que se acercaba a nosotros a toda velocidad. No pude reaccionar a tiempo. Hugo me agarró del brazo para empujarme hacia un lado, pero en el último momento, alguien, alguien que no vi, nos embistió. La oscuridad llegó en un parpadeo. El golpe fue tan fuerte que me dejé llevar, sin ser consciente de lo que ocurría. No sentí el dolor de inmediato, solo el estruendo. La gente empezó a gritar, y el caos estalló.

Cuando finalmente pude abrir los ojos, estaba en el suelo. Hugo estaba junto a mí, pero su rostro… su rostro no era el mismo. Estaba pálido,

temblando. Y luego lo supe. Lo supe de inmediato.

Me había mentido. Me había mentido todo el tiempo.

Él estaba involucrado en algo mucho más peligroso, en algo que había puesto nuestras vidas en riesgo. El accidente no había sido un simple accidente. Había sido provocado. Alguien, desde las sombras, había querido enviarnos un mensaje. Y esa noche, la noche que debería haber sido solo una celebración, terminó siendo la peor de mi vida.

Perdí a mi bebé. Ese fue el precio. Esa fue la consecuencia de todo.

Mi corazón se rompió en mil pedazos esa noche. No solo por el dolor físico, sino por la traición. Hugo, el hombre en el que había confiado, el hombre que me había prometido un futuro juntos, lo había destruido todo.

Y ahora… Ahora lo tenía de nuevo frente a mí.

La visión de él me hizo revivir todo ese dolor. Todo el sufrimiento que había intentado enterrar bajo capas de recuerdos felices y días tranquilos. No podía evitarlo. Hugo no solo había arruinado mi vida entonces, sino que había dejado una cicatriz que nunca iba a sanar por completo. Y verlo ahora, después de tanto tiempo, era como si me arrancaran esa herida y me la volvieran a abrir, solo para recordarme todo lo que había perdido.

—Lucía, sé que lo que hice estuvo mal. Sé que te fallé… —comenzó, pero no podía escucharlo. No podía escuchar esas palabras vacías, esas disculpas que no cambiarían nada.

Mi voz salió rota, pero firme.

—No quiero saber nada de ti. No ahora, no después de todo lo que hiciste. Me arruinaste la vida, Hugo. Y no me sirve que me digas que has vuelto por mí. Ya es demasiado tarde.

Me di la vuelta, sin mirar atrás. Mis pasos resonaron en el pasillo, pero la única imagen que ocupaba mi mente era la de esa noche, la noche en que lo perdí todo.

A medida que me alejaba de él, sentí una presión en el pecho, como si todo lo que había intentado dejar atrás volviera con fuerza, como un tsunami. Pero no iba a dejar que él me destruyera otra vez. No esta vez. No después de todo lo que había construido.

Cuando llegué a la puerta, me detuve por un momento, sin mirarlo. Sabía que Hugo no se iría fácilmente, pero yo tampoco. Esta vez, iba a luchar por lo que había logrado. Y si él volvía a intentarlo, sería lo último que haría.

Porque ya no era la misma.

El aire en el pasillo estaba cargado, pesado. Mis pasos resonaron, pero eran como ecos de un pasado que ya no quería revivir. Las paredes del instituto, tan familiares y acogedoras, ahora parecían distantes. Todo en mí quería escapar, como si pudiese huir de los recuerdos, de los sentimientos que comenzaban a resurgir con fuerza. Pero no podía. Hugo había regresado, y con su regreso me había enfrentado a lo que tanto había intentado enterrar.

Un grupo de estudiantes pasó junto a mí, sin mirarme, sin saber lo que acababa de suceder. No quería pensar en eso, no ahora. No, en medio de todo el ajetreo, en medio de la normalidad que rodeaba mi vida en el instituto.

Pero no podía evitarlo. Las imágenes del pasado invadían mi mente como una película en la que no tenía control. Recordaba cómo me había sentido en ese momento. El miedo, la confusión, el dolor de perder al bebé que estábamos esperando. Hugo me había prometido que todo iba a estar bien. Que las cosas se solucionarían, pero todo se derrumbó. Su implicación en los negocios sucios que ni siquiera entendía del todo, el accidente, la forma en que el destino jugó con nuestras vidas de manera cruel y despiadada... Todo eso ahora regresaba en un torrente de emociones que no podía controlar.

Me detuve en el vestíbulo, con las manos apoyadas sobre la fría superficie de una mesa. Necesitaba respirar, pensar, salir de ese laberinto de recuerdos que me estaba consumiendo. Pero cuando miré hacia arriba, me encontré con la mirada de María, mi compañera, que se preparaba para irse a casa. Su rostro pasó del desconcierto a la preocupación.

—Lucía, ¿estás bien? —me preguntó, acercándose rápidamente.

No le dije nada. No pude. Estaba demasiado confundida.

—Sí, estoy bien, solo… —Me quedé en silencio, sin poder encontrar las palabras correctas. ¿Cómo le explicaba lo que acababa de suceder? ¿Cómo le explicaba que Hugo, el hombre que había sido mi compañero de vida, había regresado a la puerta de mi mundo con la misma sonrisa que lo hizo años atrás, como si no hubiera pasado nada?

—Lucía, no me mientas, que te conozco. ¿Qué ha pasado?

Mi garganta se cerró. No podía decir su nombre, no podía pronunciar esas palabras sin que todo el dolor se desbordara.

—Ha vuelto Hugo —dije, y mi voz sonó más débil de lo que esperaba.

María, que sabía quién era el Hugo del que le hablaba porque una noche de copas las dos nos sinceramos sobre nuestros ex, se quedó en silencio. Yo, por mi parte, sentía cómo mi pecho se oprimía aún más, como si el aire que respiraba no fuera suficiente.

—¿Y qué quería? —preguntó.

—No lo sé —respondí con una risa amarga. —Volvió para… para verme.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó, con los ojos entrecerrados.

Me pasó un nudo en la garganta, y aunque quise que mi voz fuera firme, no pude evitar que temblara.

—Le dije que se fuera —dije, con un susurro. Aunque lo repetí en mi mente como un mantra, el peso de esas palabras parecía más difícil de pronunciar con cada segundo que pasaba.

María asintió lentamente, como si comprendiera sin necesidad de que le explicara nada más.

—Lucía, lo que pasó entre vosotros… fue muy fuerte, pero no puedes dejar que eso te marque. No puede estar en tu vida ahora. Ya no tiene cabida, y lo sabes.

Su voz fue el bálsamo que necesitaba, un recordatorio de todo lo que había logrado superar. María no lo sabía, pero sus palabras me hicieron pensar en lo que había ganado desde que Hugo se fue. Lo que había construido. Mi vida no era perfecta, pero era mía, y tenía derecho a vivirla, a ser feliz, a no dejar que los fantasmas del pasado me arrodillaran de nuevo.

Suspiré profundamente y me miré en una ventana. Mi reflejo parecía el de una mujer diferente. La misma, pero con más coraje, con más fortaleza. Yo había sido víctima de un destino cruel, pero había salido de ello. Y no iba a dejar que Hugo, ni nadie, me hiciera volver a caer.

—Gracias, María —dije, sin poder evitar que una lágrima se deslizara por mi mejilla. Pero no era una lágrima de tristeza, sino de liberación. De saber que, por fin, estaba en el camino correcto.

Después de un rato, me despedí de ella y salí del instituto, con la mente llena de pensamientos contradictorios. Podía escuchar la risa de los estudiantes y los sonidos de la ciudad, pero mi mente estaba lejos de todo eso. En mi cabeza resonaban los recuerdos, y el dolor de la pérdida volvía a mí con cada paso que daba.

Volví a casa y, a cada paso, los recuerdos de Hugo se entrelazaban con los míos, con mi historia. El accidente, la traición, el aborto espontáneo, todo volvió con una claridad aterradora. En un segundo, todo ese dolor y esa culpa regresaron con fuerza, y me sentí como si fuera a derrumbarme.

¿Por qué había vuelto? Esa pregunta no se iba de mi mente mientras caminaba lentamente, con la sensación de que mis propios pies me traicionaban.

Llegué a casa, cerré la puerta detrás de mí y me dejé caer sobre el sofá. Estaba agotada, emocionalmente destruida. Las lágrimas empezaron a caer, pero esta vez no las frené. Necesitaba llorar. Necesitaba liberar toda la angustia, el miedo, la rabia que se había acumulado durante todos estos años.

Hugo había regresado. Y aunque me decía a mí misma que era el pasado, algo en lo más profundo de mi ser me decía que esto no había terminado. Algo dentro de mí sentía que su regreso marcaría el comienzo de un nuevo capítulo. Un capítulo que aún no entendía, pero que sabía que, de alguna manera, no podría evitar.

Capítulo 28

Álvaro

El sonido del móvil cortó la quietud de la tarde. Me encontraba en el salón de casa, sumido en mis pensamientos, cuando un nuevo e-mail apareció en la pantalla. Al principio, pensé que era una notificación más, pero al abrirlo vi que era de una dirección que no conocía, por lo que tal vez fuera algún posible cliente para la empresa.

Lo abrí y me encontré con algunas fotos que no esperaba ver. En ellas estaba Lucía con un chico, abrazándose, besándose, sonriendo a la cámara, y se les veía de lo más cómplices.

En ese momento sentí que todo me daba vueltas; no podía estar viendo a la mujer de la que me había enamorado en brazos de otro.

Pensé que tal vez fuera un montaje, una broma de mi primo Julián, pero en una de esas fotos, algo más íntima y personal, vi un lunar que tenía Lucía en la parte más baja del vientre, ese que había visto tantas veces que sabía de sobra que era ella y no un montaje.

Si verla en esas fotos con otro me estaba doliendo, leer el texto de ese correo me dejó aún peor.

"¿De verdad creías que una mujer como ella te querría por quién eres, y no por lo que tienes? Lucía busca tu dinero, te está usando."

Una ola de confusión me arrastró de inmediato. Las palabras resonaban en mi cabeza, repitiéndose una y otra vez. ¿Me estaba usando? ¿Lucía? ¿Por

qué? No podía creerlo. Mi corazón empezó a latir con fuerza, como si intentara escapar de toda esa estampida de pensamientos que se desataba en mi mente.

Me senté en el sillón, con las manos temblorosas, mirando las fotos una y otra vez. Cada imagen me golpeaba como una bofetada, pero algo dentro de mí me decía que no podía dejarme arrastrar. No sabía quién estaba detrás de ese mensaje ni quién era ese hombre, pero sin duda la mujer que tenía delante, la que sonreía y miraba completamente enamorada a aquel tipo, era Lucía, mi Lucía.

Me levanté, caminando de un lado a otro, intentando encontrar una respuesta lógica. ¿Acaso Lucía me había mentido? ¿De verdad era esa clase de mujer? ¿De verdad era como Paula?

Ese pensamiento me atravesó como una flecha, rápida y dolorosa. ¿Y si Lucía tenía pareja y solo quería engatusarme para conseguir que me enamorara de ella, que pudiera querer casarme y después pedirme el divorcio y que le diera una cuantiosa suma de dinero? Mis manos se apretaron en puños, y una ola de rabia, impotencia y confusión me invadió al mismo tiempo.

Me alejé del móvil y traté de calmarme. No podía pensar con claridad. Mi mente seguía atrapada entre las imágenes, el mensaje de ese remitente desconocido y una sensación de traición que no podía quitarme de encima. ¿De verdad Lucía me estaba usando?

La pregunta retumbaba en mi cabeza, y cada vez se hacía más difícil de ignorar.

El silencio en la casa me estaba volviendo loco. Había decidido no decirle nada a Lucía. No quería que supiera lo que había visto, lo que me estaba martillando la mente. Pero las preguntas no dejaban de acumularse.

¿Por qué y quién me habría enviado esas fotos? Si Lucía realmente me quería, ¿cómo había podido mentirme a la cara? ¿Por qué no me dijo que tenía pareja desde un principio? Si era cierto, si ella solo quería mi dinero, todo lo que había imaginado con ella se desmoronaría por completo.

Sentí que me ahogaba. El amor que sentía por Lucía, tan firme y seguro en mi corazón, ahora se sentía incierto, difuso. No podía evitar preguntarme si realmente ella se había enamorado de mí, o si solo estaba jugando un juego conmigo. ¿Cómo podía estar seguro de lo que era verdad?

La confusión me envolvía, y no podía pensar claramente. Las imágenes seguían bailando en mi mente, cada una de ellas más dolorosa que la anterior. El simple hecho de ver a Lucía con otro en esas fotos me desbordaba. Había algo en su mirada, en sus gestos, que me hacía sentir como un completo extraño. Como si ella ya no fuera la mujer en la que había puesto toda mi confianza.

Entré en la cocina, buscando aire, algo con lo que distraerme, pero hasta el ruido del grifo al abrirse me pareció sospechoso. Todo estaba teñido de duda. Apoyé las manos sobre la encimera y respiré hondo. El rostro de Lucía apareció en mi mente, su risa, su forma de tocarme el hombro cuando quería hacerme reír. La manera en que me miraba cuando creía que yo no la estaba mirando.

¿Podía fingirse algo así?

Me respondí con otra pregunta: ¿Y si no era fingido, pero sí calculado? ¿Y si todo lo que había ocurrido entre nosotros era parte del plan que Lucía hubiera trazado? ¿Y si ella no era tan inocente como yo quería creer?

Me estaba empezando a doler la cabeza y me froté las sienes. No estaba bien. No estaba pensando con claridad, pero tampoco podía ignorar la posibilidad de que quien me hubiera hecho llegar esas fotos tuviera razón.

Mi pecho se oprimió mientras intentaba procesar todo lo que había ocurrido en los últimos días. Estaba roto, herido, y me sentía más solo que nunca. La idea de que Lucía pudiera estar jugando conmigo me destrozaba, pero el pensamiento persistía.

Había algo dentro de mí, una voz tenue, que me decía que debía darle el beneficio de la duda, que quizás esas fotos fueran un montaje, pero ¿y el lunar? Si aquello era un montaje, ¿cómo conocía la persona que lo hubiera hecho la existencia de ese lunar?

Pasé horas caminando por la casa, evitando mirar el móvil, tratando de poner orden en mis pensamientos, pero no lo conseguí. Mi mente solo repetía una y otra vez la misma pregunta. ¿Me estaba usando?

Mi mente en ese momento era un caos, dudando de lo que Lucía había dicho que sentía por mí, de que lo que habíamos tenido hubiera sido real, verdadero.

Me tumbé en la cama, mirando al techo, y las imágenes de las fotos seguían acompañándome. ¿Cómo podía seguir adelante? Me ahogaba, me asfixiaba el hecho de pensar que Lucía me estuviera utilizando. Sentía que el aire no llegaba a mis pulmones. Quería entender, quería confiar en ella, pero ahora todo se había tornado borroso, incierto.

Al final, me quedé dormido, pero no fue un sueño reparador. Fue una pesadilla de dudas y sospechas. Las imágenes de Lucía y ese hombre, ella sonriendo y compartiendo esa intimidad, seguían atacando mi mente.

Desperté con un nudo en el estómago y, por un momento, pensé que todo había sido un sueño, pero no. Las fotos seguían ahí. El e-mail seguía ahí. Y mi corazón, aunque aún latía por Lucía, no podía evitar preguntarse si todo lo que habíamos construido era solo una ilusión.

Lo peor de todo, lo que más me destrozaba, era que no sabía si era la víctima o el idiota. Si había sido engañado o si, de alguna manera, yo

también había permitido que el juego de Lucía, fuera cual fuera, se llevara a cabo.

Mi respiración se aceleró, y la angustia volvió a apoderarse de mí. ¿Qué debía hacer ahora? El amor, la confianza, todo lo que había creído, se había hecho añicos.

Esto me estaba dejando muy tocado, y tenía la sensación de que algo fundamental se había roto entre Lucía y yo.

Decidí salir. El encierro me estaba volviendo loco. Me puse una chaqueta ligera, cogí las llaves y salí sin rumbo fijo. Caminé durante horas por calles que conocía bien, pero que, esa tarde, me parecieron ajenas. Las luces de los coches, los rostros de toda esa gente con la que me cruzaba, todo me resultaba distante, como si el mundo hubiese cambiado en un solo instante.

Cuando por fin regresé, entré en el baño y me miré al espejo. Había ojeras bajo mis ojos, mi barba comenzaba a asomar. Me veía cansado. Viejo. Derrotado. ¿Desde cuándo había dejado de reconocerme?

Apoyé las manos en el mueble del lavabo y me obligué a decirlo en voz alta.

—¿De verdad Lucía me está usando?

Mi voz apenas era un susurro. La pregunta no obtuvo respuesta, solo el eco del silencio. Y eso quería decir que esta ya no era solo una pregunta, era un abismo.

Y yo estaba a punto de caer en él.

Capítulo 29

Lucía

El olor a comida recién hecha se extendía por toda la casa, ese aroma que solo podía generar mi madre, con sus manos mágicas. El salón estaba lleno de risas, de voces y del bullicio típico de una cena familiar. Marina, Pablo y mis padres se encontraban a la mesa, mientras yo iba y venía entre la cocina y el comedor, tratando de poner la mesa con la misma energía de siempre.

Al igual que yo conocí a los padres de Álvaro, me pareció que era el momento perfecto para que los míos lo conocieran a él, y la verdad que todo había ido bien; él sonrió con cordialidad y mis padres le recibieron con mucho cariño, encantados de que su hija por fin sonriera feliz por un motivo tan bonito como era estar enamorada.

Sin embargo, había algo en el ambiente que no podía ignorar, algo que me hacía sentir un nudo en el estómago, algo que no se alineaba con la alegría habitual de las cenas en casa.

Álvaro estaba allí, sentado a la mesa con todos, pero como si fuera un extraño en su propia piel. Había aceptado mi invitación, sí, pero a pesar de que todo había comenzado bien, ahora tenía la sensación de que no parecía disfrutar de la comida ni de la compañía. Estaba distante, mirando su plato, contestando a las preguntas de mis padres y mi hermana, pero como si lo hiciera de manera casi automática, y de vez en cuando, sus ojos se encontraban con los míos, pero rápidamente apartaba la mirada, como si me evitara.

Yo trataba de hacer como si todo estuviera bien. Le hablaba, le sonreía, pero sentía que la conversación era forzada. ¿Qué le pasaba? Era algo que no podía dejar de preguntarme. Esta no era la actitud de Álvaro. Al principio, lo achacaba a los nervios, a la situación, en casa de mis padres y todos juntos en la misma mesa, pero no. Había algo más. Algo que no podía descifrar.

Mi madre, como siempre, no entendía de sutilezas. Al ver que la conversación no fluía como esperaba, levantó la vista de su plato y nos miró a ambos. Su mirada pasó de Álvaro a mí, y luego, sin pensarlo ni un segundo, soltó:

—¿Os habéis peleado antes de venir? Porque aquí cenamos con alegría, ¿eh?

Me quedé helada. Todos se quedaron en silencio. Marina, al ver mi rostro, fue la primera en intentar suavizar el ambiente.

—Mamá, no seas tan directa. Seguro que es solo que están cansados.

Pero doña Rosario, como la conocían muchos en el barrio, no entendía de indirectas.

—Yo no soy tonta, Marina. Algo pasa. Este chico está muy callado. ¿Qué le pasa, Lucía? ¿Te ha dicho algo?

Miré a Álvaro. Sus ojos no estaban en mí. No me miraba. Estaba como atrapado en su propio mundo, como si todo esto, la cena, mis padres, mi familia, no tuviera importancia.

En ese momento, mi corazón empezó a latir más rápido. Algo no estaba bien, y no podía evitarlo.

—Álvaro… —dije con la voz más temblorosa que nunca, buscando un resquicio de conexión. Pero no obtuvo respuesta.

Mi madre, que no se callaba ni una y que, además de directa, era la sinceridad personificada, no entendía por qué yo no lo forzaba a hablar, y

me lanzó una mirada que me decía todo: "¿Qué pasa, hija?"

Pero yo no sabía qué responder. No podía saberlo. Sentía que me estaba rompiendo por dentro, pero no entendía por qué.

Finalmente, después de un rato de incomodidad, Álvaro levantó la cabeza y se dirigió a mí con una voz baja, como si estuviera fuera de lugar, como si no supiera cómo encajar.

—Lucía… perdón, creo que mejor me voy. No me encuentro bien.

Las palabras me golpearon como un jarro de agua fría. Me quedé sin aliento. ¿Qué estaba pasando? Estaba allí, en la mesa, rodeado de mi gente, y de repente todo se desmoronaba. La expresión de Álvaro era de desconcierto, de incomodidad extrema. Y yo sentí una ola de inseguridad que me hizo querer pedirle que se quedara, pero en su mirada había algo que me decía que no podía quedarme callada.

¿Por qué me estaba evitando?

Pero las palabras no salían. Se me habían congelado en la garganta.

Mi madre, sin filtro, hizo una última tentativa.

—¿Seguro que no habéis discutido, hija? —preguntó directamente.

Álvaro se quedó en silencio, como si las palabras no le alcanzaran. Solo asintió con la cabeza, levantándose para despedirse.

—Lo siento, de verdad. No me encuentro bien —me miró al fin, y en sus ojos no vi nada de lo que solía ver. —Me voy. Nos vemos pronto.

Lo vi irse por la puerta, sin volverse a mirar ni una sola vez.

—Tal vez sea algo de trabajo que lo tiene preocupado —comentó mi hermano.

—A ver si es que le ha sentado mal algo de la cena, hija, que me sentiría muy culpable —dijo mi madre.

—No pienses eso, mi vida —le pidió mi padre, —que capaz eres de llevar a ese hombre a urgencias para que le hagan un chequeo.

Y reímos, aunque yo lo hice de manera casi forzada.

Me extrañaba el hecho de que Álvaro se hubiera marchado de ese modo, tan precipitado, cuando él era el hombre más correcto y educado que yo había conocido nunca.

El sonido del coche de Álvaro alejándose de la casa de mis padres aún resonaba en mi cabeza. Mi madre no paraba de hablar, intentando aliviar el momento, pero yo no escuchaba nada. Solo estaba allí, sentada con la mirada perdida, incapaz de entender lo que acababa de suceder.

Mis hermanos intercambiaban miradas preocupadas. Sabían que algo no iba bien, pero ninguno de los dos se atrevía a preguntar directamente. La tensión era palpable, como si todos estuviéramos esperando el estallido de algo que ya se había roto.

Notaba que todo mi cuerpo estaba tenso, como si algo pesado se hubiera instalado en el aire. Quería que todo volviera a la normalidad, que esta cena fuera una más de tantas, pero el dolor que sentía en el pecho me impedía respirar con normalidad.

Ayudé a recoger la mesa de manera automática, sin prestar atención a nada y pensando en Álvaro y en qué podría pasarle. Hacía dos días que lo había invitado; el día anterior no hablamos porque yo tuve reunión de profesores y además tuve algunas tutorías con padres de mis alumnos, pero ahora que lo pensaba… Esta mañana lo noté raro, distante incluso con los mensajes que nos enviábamos.

En ese momento mi móvil sonó y, al cogerlo, vi que era un mensaje suyo.

Álvaro: *Necesito hablar contigo. Mañana, por favor.*

No respondí. No sabía qué contestar. Después de lo que había pasado me sentía vacía, más que nunca. El recuerdo de su distancia seguía

persiguiéndome.

Me despedí de mi familia prometiendo que les contaría lo que le había pasado a Álvaro en cuanto hablara con él, y me fui para casa.

Esa noche apenas dormí. Me desperté varias veces con el corazón acelerado, como si esperara una respuesta que no llegaba. Pensaba en las veces que Álvaro me había cogido de la mano, en sus silencios, que antes eran cómodos y ahora eran cuchillas. Algo había cambiado, y yo no sabía qué podía ser.

Al día siguiente, a primera hora, recibí su llamada. La pantalla del teléfono parpadeaba como una amenaza. Respiré hondo antes de responder.

—¿Álvaro?

Su voz sonó vacía, apagada, como si hubiera perdido la fuerza.

—Lucía… —empezó, dudando —Lo siento. Quiero que sepas que todo esto no es lo que pensaba.

Su tono de voz no era el mismo que conocía. Estaba distante, frío. Y eso me hizo pensar que algo muy serio estaba pasando.

—Álvaro, ¿qué pasa? No entiendo nada.

—No eres distinta a las demás, Lucía —dijo de golpe, sin suavizar las palabras, y mi corazón dio un vuelco.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento, pero necesito ser honesto. Yo… yo no puedo seguir con esto. Creo que me he equivocado contigo. Creo que solo te atrae lo que represento, mi dinero, mi vida.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo afilado.

—¿Qué estás diciendo, Álvaro? —pregunté, casi sin creer lo que escuchaba.

—No puedo seguir con esto, Lucía. No puedo confiar en ti. No quiero que sigas conmigo por lo que tengo, sino por lo que soy. Pero creo que eso

nunca ha sido suficiente para ti.

—Eso no es cierto, Álvaro —mi voz temblaba. Ya no podía detener las lágrimas—. ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? —pregunté, con la voz llena de dolor y notando el escozor en los ojos, esos que estaban a punto de dejar salir las lágrimas que comenzaban a formarse en ellos.

Al otro lado, silencio. Un silencio tan fuerte como ensordecedor.

—Lo siento. Adiós, Lucía —y la llamada simplemente se cortó.

La pantalla del teléfono se quedó en negro mientras mis manos temblaban. Un vacío absoluto se apoderó de mí. La tristeza, la rabia, la sensación de desmoronarme por completo. Todo me golpeó al mismo tiempo.

Me quedé allí, sola, sin palabras. La ruptura había llegado sin previo aviso, de la manera más cruel posible. Álvaro, quien había sido todo para mí, había decidido que ya no era suficiente. Había decidido que todo lo que habíamos compartido no valía la pena.

Y yo solo sentía que estaba rota por dentro.

¿Qué había pasado? La pregunta retumbaba en mi mente sin cesar. Pero ya no había respuestas. Solo quedaba el eco de sus palabras, sus acusaciones, su frialdad.

El día siguiente fue una neblina de horas sin sentido. Me levanté, fui al instituto, di clase, comí por obligación, salí a caminar sin rumbo. En cada esquina, en cada olor, en cada canción, encontraba una parte de nosotros. Un recuerdo, una risa, un roce. Y todo dolía.

La casa estaba llena de sus cosas. Su chaqueta aún colgaba del perchero. El libro que me había prestado seguía sobre la mesilla. Incluso el cepillo de dientes seguía allí, como si todavía existiera un "nosotros". Pero ya no.

Y lo peor de todo era esa certeza creciente de que algo no encajaba. Álvaro no era cruel. No era impulsivo. Algo lo había empujado a decir lo

que dijo. Alguien. Y aunque quería odiarlo por lo que me había hecho sentir, parte de mí también quería entenderlo.

Porque yo lo amaba. Con cada parte de mí. Con cada herida.

Y no estaba dispuesta a dejar que alguien, ni siquiera él, arruinara lo que construimos sin explicaciones.

Capítulo 30

Lucía

Habían pasado dos días desde que Álvaro rompió conmigo, y todavía no entendía nada. El mundo seguía girando, la gente seguía hablando, caminando, trabajando, amando… y yo seguía aquí, sentada en el suelo de mi habitación, con la espalda apoyada contra la pared, intentando recordar cómo se respiraba antes de todo esto.

No había salido de casa en todo el día. Ni siquiera había abierto las cortinas. No tenía ganas de enfrentarme al sol, a la luz, a la vida que no me pertenecía desde que me dijo que no podía confiar en mí. Como si todo lo que fuimos hubiera sido una ilusión, como si yo hubiese estado fingiendo.

Pero no fingí. Yo lo amé, lo amé con una intensidad que me asustaba reconocer. Como nunca antes. Como si con él, por fin, hubiera encontrado un refugio. Y ahora ese refugio se había convertido en ruinas, y estaba atrapada entre los escombros.

Me pasé todo el día reviviendo su voz. Cada palabra, cada frase de esa llamada que todavía no comprendía. Me dijo que no era distinta a las demás. Que solo me atraía lo que tenía. Su dinero. Su vida. ¿Cómo pudo pensar algo así de mí? ¿Cómo pudo mirar todo lo que fuimos y reducirlo a eso?

El sonido del timbre me sobresaltó. No había contestado mensajes ni llamadas en todo el día, pero de alguna forma, ella siempre sabía cuándo venir.

—¿Lucía? —la voz de Marina se escuchó al otro lado de la puerta —Soy yo. Abre, por favor.

Me arrastré hasta la puerta, literalmente. Mis piernas no tenían fuerzas, y mi cuerpo pesaba como si llevara días cargando un dolor que no se podía ver, pero que lo consumía todo.

Abrí, y en cuanto la vi, me eché a llorar sin decir una palabra.

Ella no dijo nada, solo me abrazó. Y ese abrazo me desarmó por completo. Me agarré a su cuello como si me estuviera ahogando y ella fuera el único trozo de madera en el mar. Sentía que, si la soltaba, me acabaría hundiendo.

—Shh, estoy aquí —susurró, acariciándome el cabello—. Tranquila, estoy aquí.

No sabía cuánto tiempo habría pasado hasta que conseguimos movernos del umbral de la puerta. Me llevó al sofá como si fuera una niña, me tapó con una manta y me trajo una taza de té. Yo la miré, agradecida, pero sin poder pronunciar palabra. Me temblaban las manos y sentía que todo mi cuerpo pesaba como una losa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó finalmente, con la voz suave, temiendo romperme más de lo que ya estaba.

No sabía por dónde empezar. No había una versión breve de esto. Así que simplemente lo solté.

—Álvaro me dejó —dije, y sentí que nombrarlo era como abrir una herida que apenas había empezado a cerrar.

—Lo sé, lo imaginaba. Pero… ¿Cómo? ¿Por qué?

—No lo sé —respondí, y mi voz se rompió, como roto estaba mi corazón. —No lo sé, Marina, y eso es lo peor. No me dio una explicación real, solo… solo me dijo que no podía confiar en mí. Que creía que yo solo estaba con él por su dinero, por lo que representaba.

—¿Qué? ¿Pero qué mierda está diciendo?

—Lo sé —dije, llorando otra vez. —No tiene sentido. No entiendo cómo pudo pensar algo así. Yo lo amo, lo amo de verdad. Nunca me había sentido tan conectada con alguien, tan viva, tan yo. Me hizo sentir segura, feliz. Por fin pensaba que el pasado estaba quedando atrás…

Me detuve, porque había dicho más de lo que quería, pero el dolor era más fuerte que el control. Y las palabras siguieron saliendo.

—Y para colmo, el otro día vi a Hugo.

Al escuchar esto último, Marina parpadeó, confundida.

—¿Hugo? ¿Tu ex? ¿El de…?

Asentí antes de que mi hermana pudiera terminar la frase.

—Sí, ese Hugo. Lo vi esperándome en la salida del instituto, dijo que había vuelto a por mí, y para mí fue como si de pronto me hubieran empujado a una pesadilla. Todo volvió. Todo. Los recuerdos con él, el miedo, la soledad… y lo del bebé —contesté, y Marina me miró con esa pena de siempre en su rostro.

—Que ha vuelto a por ti, qué valor… —resopló.

—He sido una ilusa, Marina, una ilusa por querer seguir adelante. Pensar que todo eso quedaría atrás, que tendría una nueva oportunidad, que podría volver a amar y ser amada sin miedo.

—Y lo hiciste —dijo. —Te enamoraste de Álvaro.

—Sí —susurré. —Y por eso duele tanto. Porque no fue un capricho. Porque no era una fantasía. Yo lo amo de verdad. Me enamoré como nunca antes. Y él… simplemente me dejó. Me dejó sin mirar atrás. Sin darme la oportunidad de explicarme, de defenderme. Ni siquiera sé qué hice mal.

—No hiciste nada mal —respondió ella, tajante. —Él es quien ha cometido el error. Y en algún momento se va a dar cuenta de que fue un idiota por dejarte ir. Créeme.

—No lo creo, Marina. No lo creo posible. Cuando alguien te mira y no te ve, ya no hay nada que hacer. Yo estaba ahí, dándole todo, y él… él solo vio lo que quiso ver. Y eso me mata. Me mata porque yo sí lo vi. Lo vi de verdad. Y no fue suficiente.

Marina no dijo nada. Solo se quedó sentada a mi lado, con su mano apretando la mía. Y yo agradecí ese silencio. A veces, no hacían falta palabras. A veces, el simple hecho de que alguien estuviera contigo, sin intentar buscar una solución mágica, sin minimizar lo que estabas sintiendo, era todo lo que necesitabas para no sentirte tan sola en medio del desastre.

—¿Sabes qué es lo peor? —le dije después de un rato, con la voz ronca de tanto llorar— Que sigo esperando que llame. Que aparezca. Que diga que fue un error. Que me diga que no quiso decir todo eso. Que se arrepiente. Y eso me hace sentir patética.

—No eres patética —dijo ella enseguida, con esa seguridad que siempre había tenido para defenderme incluso de mí misma. —Estás herida. Lo normal cuando te rompen el corazón es que duela, mucho, y que una parte de ti siga aferrada a lo que fue, incluso si ya no está.

—Pero él no va a volver —dije, bajito. —No lo siento así. Fue tan… definitivo. Tan frío. Como si de verdad creyera que todo lo que compartimos no fue real. Como si hubiera estado esperando una excusa para irse. Y eso… eso no lo puedo perdonar. Ni siquiera sé cómo levantarme de esto.

Marina me acarició la mejilla y me miró como si pudiera ver todos los trozos rotos dentro de mí, todos los cristales clavados en mi corazón.

—No necesitas saber cómo levantarte ahora —dijo. —Solo tienes que respirar. Un día más. Y luego otro. Y así, hasta que el dolor deje de doler tanto. Hasta que te acuerdes de Álvaro sin que se te cierre el pecho. Hasta que puedas mirarte en el espejo y reconocerte otra vez.

Quise creerla, de verdad, pero en ese momento, todo sonaba tan lejano, tan ajeno. Yo no quería respirar. No quería días. No quería recuerdos que no tuvieran a Álvaro. Todo lo que me rodeaba me hablaba de él: la taza donde tomábamos café juntos, el libro que me recomendó, el olor de su colonia que todavía flotaba, tenue, en el aire.

Me volví a romper. Otra vez. Y lloré con esa rabia amarga que nacía cuando el amor se convertía en una herida abierta.

—¿Sabes lo que pensé cuando lo vi por primera vez? —le dije a Marina, limpiándome la cara con las mangas del suéter —Pensé que por fin alguien me iba a querer de verdad. Que no iba a huir cuando descubriera mis grietas. Que no me iba a soltar la mano cuando algo fuera mal. Y, joder, me equivoqué.

—Te equivocaste con él. No contigo —respondió Marina. —Tú eres todo lo que una persona querría tener a su lado. Eres generosa, leal, intensa, sí, pero en el mejor de los sentidos. No mereces estar pidiendo migajas de amor a nadie, y mucho menos a alguien que te hace dudar de tu valor —dijo, y me eché a reír. Fue una risa triste, irónica.

—Eso es lo peor. Que empecé a dudar de mí, de lo que valgo. De si de verdad soy suficiente. Porque, si Álvaro, con todo lo que vivimos, fue capaz de dudar de mí… ¿Qué me espera con los demás? —y al escuchar eso, Marina se puso seria. Muy seria.

—Te espera la verdad. Que es esta: tú no necesitas que nadie te valide. Ni Álvaro, ni Hugo, ni ningún otro. Tú has pasado por cosas que romperían a cualquiera, y aquí estás, viva, entera, incluso si ahora te sientes hecha pedazos. El dolor no te hace menos valiosa. Te hace más humana. Más tú.

Las palabras me llegaron como un bálsamo. No porque solucionaran nada, sino porque eran reales. Y porque venían de ella.

—¿Y si nunca dejo de quererlo?

—Entonces lo querrás desde la distancia —dijo, —pero seguirás adelante. Porque puedes. Porque has podido antes y porque, aunque ahora no lo creas, un día alguien te va a mirar como tú lo mirabas a él. Con verdad, con respeto, con amor sin condiciones. Y entonces vas a entender por qué esto no funcionó.

Me abracé a ella otra vez. Agradecida. Cansada. Derrumbada, sí, pero menos sola.

Esa noche, cuando Marina se fue, me quedé en silencio largo rato. El apartamento estaba en penumbra. Solo la lámpara del rincón iluminaba la sala, con una luz cálida que contrastaba con lo fría que me sentía por dentro. Me acosté en el sofá, envuelta en la manta, y abracé el cojín como si fuera lo último que me quedaba.

Y entonces volví a pensar en Hugo.

No sabía por qué había vuelto su imagen con tanta fuerza, pro me di cuenta de que no era por él. Era por lo que representaba, por la versión de mí que existía en ese entonces. La chica rota. La que confiaba demasiado. La que creyó que el amor era aguantar, callar, sacrificarse.

Hugo fue mi primera gran herida. Álvaro, mi segunda.

Los dos me habían roto, pero Hugo me obligó a ver quién era yo sin él, y tal vez… Tal vez eso era lo que necesitaba ahora. Verme sin nadie. Conocerme sin necesitar el reflejo de otros.

Me quedé dormida llorando, pero fue distinto. Como si las lágrimas ya no fueran de desesperación, sino de limpieza. Como si estuviera sacando todo por fin. El miedo. La culpa. La necesidad de entender lo que no tenía explicación.

Porque a veces, simplemente, no la había.

Capítulo 31

Álvaro

No era capaz de estar en silencio, pero tampoco soportaba el ruido. El tic-tac del reloj en la pared del salón me sacaba de quicio. Cada segundo era una gota más en el vaso del arrepentimiento que ya me ahogaba.

Habían pasado tres días desde que le colgué a Lucía. Tres malditos días. Y aún me dolía la voz de haberle dicho adiós. Me dolía en la garganta, en los pulmones, en el centro del pecho. Su voz, rota por el dolor, la incredulidad y la decepción, todavía me perseguía, como una canción rota que se repetía en un bucle cruel.

Pensé que con el tiempo me sentiría más firme en mi decisión. Pensé que alejarme me traería claridad, pero lo único que había traído era más confusión.

Y culpa. Mucha culpa.

Todo había empezado con ese maldito e-mail. Las fotos, las palabras envenenadas. Me envenenaron a mí. Me hicieron dudar de todo. De ella. De nosotros.

¿Y si me estaba usando?

Esa pregunta me había taladrado el cerebro hasta romperlo todo.

Pero ahora…

El sonido de la puerta resonó como un disparo en la tarde silenciosa. Me sobresalté. Esperaba a Julián. Le había pedido que viniera después de

contarle, por encima, lo que había pasado. No quería hablar con nadie más, solo con él.

Entró sin decir nada, como si supiera que las palabras no iban a bastar.

—¿Y bien? —le pregunté, sin rodeos.

Julián me lanzó una mirada que no supe interpretar. Llevaba esa expresión suya entre cansancio y juicio que me ponía nervioso desde que éramos pequeños.

—He mirado las fotos, tío. Los metadatos. Son antiguas. Muy antiguas —dijo, y en ese momento sentí que se me paralizaba el cuerpo.

—¿Cómo de antiguas?

—De hace más de seis años. Antes de que siquiera os conocierais. El de las fotos es su ex, y por el rastro que seguí del e-mail, las envió él. Y sé que es verdad porque quien me lo confirmó fue alguien que no tiene ninguna razón para mentirme.

—¿Quién? —pregunté con el ceño fruncido, y él dudó un segundo, luego soltó la bomba.

—Marina.

—¿La hermana de Lucía?

—Sí. Nos estamos viendo desde hace un tiempo.

Lo miré en silencio, pero esta vez no por sorpresa, sino porque me sentí más idiota que nunca. Marina. Justo ella. De todas las personas a las que podría haber acudido, fue a ella a quien Julián preguntó. Y ella le confirmó la verdad.

Me eché hacia atrás en el sillón y me cubrí la cara con las manos.

—Joder…

—Álvaro —dijo Julián con voz seria, pero no dura, —Lucía no te ha mentido. Nunca. Lo que hiciste fue dejarte manipular por un maldito e-mail de un desconocido y creíste que esa pobre mujer era como la sanguijuela de

Paula. Por cierto, una curiosidad que tengo, después de lo que descubrimos de Paula, ¿no se te pudo pasar por la cabeza que había sido ella quien mandó enviar esas fotos?

—Por un segundo, lo pensé, pero ella no podía saber lo del lunar de Lucía en esa zona en concreto como para que las fotos parecieran tan reales. Y me pudo el miedo.

—¿Miedo a qué?

—A que me pasara lo mismo de siempre —susurré. —A que me quisieran por lo que tengo. Por el apellido. Por la cuenta bancaria. Por los viajes, los restaurantes, los detalles. Me dijo tantas veces que me quería, Julián… Y, aun así, había una parte de mí que no la creía del todo. Porque no sé cómo se siente eso de ser querido sin condiciones. Nunca lo he sabido.

Él se sentó frente a mí y me miró sin parpadear.

—Tú no te enamoraste de Lucía, Álvaro. Te perdiste en ella. Como un idiota, y cuando viste una grieta, en vez de hablarlo con ella, huiste como haces siempre.

Su voz fue dura y la necesitaba así, porque esa verdad me dolía, pero me dolía bien. Me dolía donde tenía que dolerme.

—¿Ella sabe que fue su ex?

—No, Marina tampoco se lo ha dicho, cree que ahora no es el momento.

Cerré los ojos. Un silencio espeso se apoderó del salón y en mi cabeza solo podía repetirme una y otra vez: "¿Qué hice?"

Lucía.

Su nombre me atravesaba.

Recordé la forma en que me miraba. Con esa intensidad que no pedía nada a cambio. Recordé sus gestos. Su risa. Incluso sus enfados, tan humanos, tan reales. Todo. Todo estaba lleno de ella.

—La rompí —susurré. —Y ni siquiera le di una explicación real. Solo me largué. Le dije que no era distinta a las demás. Que solo le gustaba lo que yo representaba. ¿Te das cuenta de lo que le dije?

—Sí —dijo Julián, —y me dan ganas de darte una hostia.

—Pues adelante, me la merezco —contesté, y él negó con la cabeza.

—No, lo que te mereces es arreglarlo, o al menos intentarlo.

Lo miré. Había tanta verdad en sus ojos que me costó sostenerle la mirada.

—¿Y si no me perdona?

—Entonces, al menos, sabrás que hiciste lo correcto por primera vez en tu puta vida —respondió, y solté una risa amarga.

—Estoy tan jodido…

—Sí, pero al menos ya sabes que fue tu culpa y no la de ella.

Me quedé en silencio, sentí que todo el peso de esos dos días me aplastaba el pecho. No había forma de volver atrás, solo podía ir hacia adelante. Aunque doliera.

Me levanté, cogí el móvil y me quedé mirándolo un buen rato.

Tenía miedo. Miedo de llamarla. Miedo de que no contestara. Miedo de que lo hiciera y su voz ya no tuviera amor, solo distancia.

Pero tenía que hacerlo. Nos lo debíamos. A ella. A mí.

Marqué su número, la señal sonó una, dos, tres veces…

Y entonces respondió.

—¿Álvaro?

Su voz… Dios. Su voz. Vacía. Apagada, como si ya no quedara nada.

—Lucía… —empecé, tragando saliva —Lo siento. Quiero que sepas que todo esto no es lo que pensabas.

Sabía que no lo había dicho bien, que mi tono fue frío y distante, pero era porque sentía que, si abría el pecho por completo en ese momento, iba a

romperme, como un niño.

—*No eres distinta a las demás, Lucía* —le dije aquel día. Y odié cada palabra, pero me escudé en ellas, porque me daba miedo decirle que no era ella quien me había fallado. Era yo.

Ella no entendía, claro que no y eso la mataba, podía escucharlo en su voz, en el temblor, en las lágrimas.

—*No puedo seguir con esto, Lucía* —le dije. —*No puedo confiar en ti. No quiero que sigas conmigo por lo que tengo, sino por lo que soy. Pero creo que eso nunca ha sido suficiente para ti.*

Mentira, cada palabra fue una mentira y lo sabía.

Ella dijo que no era cierto, que me amaba, que todo era real, pero no la escuché. No la supe escuchar. Porque la duda me había cegado. Porque ya había decidido creer en la mentira que alguien me quiso vender.

Fui un cobarde y un idiota, ahora lo sabía. Tarde, pero lo sabía.

Colgué esa llamada sin decir nada más, y hasta mi primo negó por ver lo estúpido que era por mi parte. Pero no dijo nada, simplemente se fue y me dejó solo con mi vergüenza y mi dolor.

Esa noche no dormí. Salí a caminar. Recorrí las calles sin rumbo, con los *earpods* puestos, pero sin música. Solo el sonido de mis pasos. Solo el eco de su nombre.

Lucía. Lucía. Lucía…

La única mujer que me había mirado sin pedir nada. Que se había entregado sin exigencias. Que había puesto su corazón entre mis manos, y yo lo rompí.

Y lo peor es que ella no sabía por qué. No sabía nada.

La traicioné de la forma más cobarde, con el silencio, con la indiferencia.

Julián tenía razón. El idiota fui yo.

Dormí dos horas. Si a eso se le podía llamar dormir.

Al día siguiente, me levanté con una sola idea en la cabeza: verla. No sabía si me iba a gritar, si me iba a cerrar la puerta en la cara, si me iba a mirar con los mismos ojos con los que me miraba antes de arruinarlo todo.

Pero necesitaba hacerlo, aunque solo fuera para mirarla y decirle que no fue su culpa, que fue mía.

Cogí el coche sin desayunar. Conduje sin pensar demasiado. Tenía el volante entre las manos, pero era como si estuviera en piloto automático.

Me detuve frente a su edificio y estuve media hora en el coche. Respirando. Dudando.

Y entonces, el destino me dio una bofetada inesperada, y la vi.

Salía del portal. Tenía el rostro pálido, los ojos hinchados. Iba distraída. No me vio. Y en ese instante me di cuenta de que no podía hacerlo así, no podía abordarla en plena calle, no después de lo que había hecho.

Me escondí, como el cobarde que era y luego, regresé a casa.

Llamé a Marina, necesitaba hablar con ella. Cuando contestó, le dije simplemente:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por decirle la verdad a Julián. Por cuidar a tu hermana.

Hubo un silencio largo al otro lado.

—No sé si te va a perdonar, Álvaro.

—Lo sé.

—Pero deberías decírselo. Todo. Que fuiste un idiota. Que no supiste confiar.

—¿Tú crees que sirve de algo?

—Creo que no puedes vivir con esta culpa sin intentarlo, al menos. Yo la vi llorar. Rota. Preguntándose por qué. Pensando que no valía la pena. Que no era suficiente. ¿Tú sabes lo que es eso? —preguntó, pero no respondí

—Haz lo que quieras —continuó, —pero si todavía la amas, al menos dale la verdad, no le quites también eso.

Asentí, aunque ella no podía verlo.

—Gracias, Marina. Y… me alegro por ti y por Julián.

Ella sonrió al otro lado de la línea. Lo sentí en su voz.

—Cuídate, Álvaro.

Colgué y empecé a escribir.

Le escribí una carta. No una disculpa rápida. No un mensaje con excusas. Una carta real. A mano. Porque si alguna vez era sincero, tenía que ser ahora.

"*Lucía.*

No sé si algún día vas a querer leer esto, pero si lo haces, solo quiero que sepas una cosa: lo que te dije no era verdad. Nada de eso era verdad.

No eres igual a las demás. Nunca lo has sido. Me miraste como nadie lo había hecho antes. Me amaste sin pedir, sin exigir, sin condicionar.

Y yo te fallé.

Me dejé envenenar por alguien que solo quería separarnos. Alguien que usó mi mayor miedo contra mí, el miedo a no ser querido de verdad. Y en vez de hablarlo contigo, en vez de confiar en ti, te hice daño. Te juzgué. Te empujé fuera de mi vida sin darte una explicación justa. Ni una oportunidad.

Lucía, si pudiera volver atrás, lo haría. No por orgullo, sino porque te echo de menos. Echo de menos tu voz, tu risa, tu forma de mirarme como si el resto del mundo no existiera. Y sé que es tarde. Sé que probablemente ya no hay vuelta atrás.

Pero si te queda una pizca de espacio en tu corazón para entenderme, solo quiero que sepas esto: lo que sentí por ti fue lo más real que he sentido

en mi vida. Y si alguna vez pensaste que no fuiste suficiente, por favor, perdóname. Tú fuiste demasiado. Fuiste todo.

El idiota fui yo.

Álvaro"

La firmé, la doblé y la metí en un sobre.

Y al día siguiente, me presenté en su casa, no me atreví a tocar el timbre. Le dejé la carta en el buzón y me fui.

Porque a veces, lo único que podías hacer era decir la verdad y aceptar que quizás llegaste tarde, pero al menos, por fin, llegaste.

Esa noche, al mirar el móvil, pensé en todo lo que podría haber sido distinto. En lo fácil que habría sido confiar en ella, solo eso, confiar.

Pero el miedo me hizo elegir la duda, y la duda me convirtió en lo que más odiaba ser: un hombre que rompía a alguien que amaba.

Lucía, donde sea que estés… Ojalá me leas. Ojalá, aunque no me quieras de vuelta, al menos puedas perdonarme.

Y ojalá, un día, si la vida nos cruza otra vez, no me mires con el dolor que yo mismo puse en tus ojos.

Capítulo 32

Lucía

No tenía ganas de salir de casa, pero Marina insistió, me dijo que dar una vuelta me haría bien, que necesitaba aire fresco, que no podía quedarme enterrada en el sofá con la misma manta y la mirada perdida en el techo. Y, aunque todo mi cuerpo se negaba, terminé accediendo. A veces, la tristeza se acomodaba tanto en una que parecía que moverse era traicionarla.

Regresamos una hora después. Ella se fue enseguida a su piso, no sin antes asegurarse de que yo comiera algo. Prometí que lo haría, aunque sabía que no me entraría ni un bocado. Subí lentamente las escaleras y, al llegar al rellano, algo me detuvo.

Una carta.

Un sobre blanco, sin remitente, asomando del buzón. Mi nombre, escrito a mano, con esa letra que conocía demasiado bien. Me temblaron las manos antes de tocarlo.

Álvaro.

Fue como si el mundo se detuviera por un segundo.

Volví a entrar en el piso sin soltar el sobre. Cerré la puerta tras de mí, apoyé la espalda contra la madera y me deslicé hasta el suelo. Allí, sentada en el frío del pasillo, abrí la carta.

Reconocí su trazo, la forma en que escribía la “L” de mi nombre, como si la dibujara con cuidado. Respiré hondo y empecé a leer.

"Lucía.

No sé si algún día vas a querer leer esto, pero si lo haces, solo quiero que sepas una cosa: lo que te dije no era verdad. Nada de eso era verdad..."

Mi estómago se contrajo. Las palabras me golpeaban sin permiso. Era su voz, en mi cabeza, diciendo lo que no se atrevió a decirme cara a cara.

"No eres igual a las demás. Nunca lo fuiste. Me miraste como nadie lo había hecho antes. Me amaste sin pedir, sin exigir, sin condicionar. Y yo te fallé…"

Ya estaba llorando, pero no con esa tristeza muda de los últimos días. Lloraba con rabia, con el pecho abierto, con la indignación que venía cuando te dabas cuenta de que todo el dolor que sufriste pudo haberse evitado si la otra persona hubiese confiado en ti, si hubiese sido valiente.

Seguí leyendo. Cada línea era un puñal, pero no porque doliera, sino porque, en el fondo, las había estado esperando.

"Me dejé envenenar por alguien que solo quería separarnos. Alguien que usó mi mayor miedo contra mí: el miedo a no ser querido de verdad. Y en vez de hablarlo contigo, en vez de confiar en ti, te hice daño. Te juzgué. Te empujé fuera de mi vida sin darte una explicación justa. Ni una oportunidad…"

Me llevé la mano a la boca. ¿Quién podría haber hecho eso? ¿Quién podría querer separarnos? Paula, su examante, aquella mujer fue la que me vino a la mente después de todo lo que nos había hecho con el tema de mi hermano.

"Lucía, si pudiera volver atrás, lo haría. No por orgullo. Sino porque te echo de menos. Echo de menos tu voz, tu risa, tu forma de mirarme como si el resto del mundo no existiera. Y sé que es tarde. Sé que probablemente ya no hay vuelta atrás…"

No sabía si gritar, reír, tirar la carta al suelo o abrazarla contra el pecho. La contradicción de sentir que alguien te rompía y te reparaba con las mismas palabras era inmensa en este momento.

"Pero si te queda una pizca de espacio en tu corazón para entenderme, solo quiero que sepas esto: lo que sentí por ti fue lo más real que he sentido en mi vida. Y si alguna vez pensaste que no fuiste suficiente, por favor, perdóname. Tú fuiste demasiado. Fuiste todo.

El idiota fui yo.

Álvaro."

Cerré los ojos. Dejé caer la carta sobre mis piernas y, por primera vez en días, respiré hondo. Un aire diferente. No de alivio. No de felicidad. Pero sí de comprensión. De justicia.

No lo perdoné en ese instante, tampoco lo odié, pero sentí que algo en mí se acomodaba, como una pieza que por fin encajaba.

Álvaro se había equivocado, sí, y me había herido como nadie antes, pero había tenido el valor de decir la verdad. Tarde, pero real. Sin excusas. Sin adornos.

Y eso… eso también dolía.

Porque parte de mí quería abrazarlo, y otra parte quería no volver a verlo nunca más.

No pude dormir esa noche. Leí la carta tres veces más. Cada palabra se me quedaba pegada a la piel como una herida nueva. Y cada vez que la terminaba, sentía que algo dentro de mí se abría un poco más. Como si mi dolor empezara a transformarse en otra cosa. No sabía si era perdón, quizá no, pero sí era otra forma de respirar.

A la mañana siguiente, Marina vino temprano, como ya era costumbre.

Me encontró en la cocina, con una taza de café entre las manos y la carta extendida sobre la mesa.

Se detuvo en seco al verla.

—¿Eso es…? —Asentí sin mirarla.

Se sentó frente a mí, en silencio. No necesitábamos palabras todavía.

—¿La leíste?

—Tres veces.

—¿Y? —preguntó, y no supe qué responder de inmediato.

—Es sincera. Es él. Su voz… está ahí. No suena a excusa, ni a manipulación. Solo a alguien que se dio cuenta demasiado tarde de todo.

Marina asintió despacio. Sus ojos tenían ese brillo que aparecía solo cuando le dolía que yo estuviera herida.

—Fue Hugo, ¿lo sabías? —me dijo, y en ese momento sentí que el mundo se abría a mis pies.

—No —la miré, —pone que alguien lo envenenó, y yo pensé en alguien de su vida, no de la mía. ¿Él sabe quién es Hugo?

Ella tragó saliva.

—Sí —suspiró. —Cuando supe lo que había pasado, llamé a Julián por si él podía decirme qué mosca le había picado a su primo. Me contó lo de unas fotos, me las enseñó y le dije quién era él, que esas fotos eran más antiguas que la Biblia —reí, apenas, pero lo hice, —y él se puso a hacer lo que hacen los expertos en informática hasta que llegó a la dirección desde la que se

había enviado el e-mail que recibió Álvaro. Está claro que Hugo os vio juntos y quería hacerte daño, otra vez.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no sabía si necesitabas saberlo aún. Estabas tan mal, Lucía. Pensé que, si lo sabías sin que él te lo contara, iba a dolerte más.

Negué con la cabeza, pero no con rabia, sino con tristeza.

—No entiendo cómo pude confiar en Álvaro así… para que luego creyera tan fácil lo peor de mí.

—Porque te enamoraste. Y el amor no es lógico. No va de quién merece qué, sino de lo que una da sin pedir nada a cambio.

—Y mira cómo acabó.

—Acabó con él arrepentido y tú más fuerte —contestó, y sonreí con tristeza.

—No sé si soy más fuerte. Me siento… vacía. Como si hubiese llorado tanto que ya no tuviera nada más dentro.

Marina extendió la mano y me la cogió con fuerza.

—Eso es parte del proceso, hermanita. Dolerá, y luego, un día, dolerá menos, y después, casi no dolerá. Pero ahora tienes derecho a no saber qué hacer con esto. A no perdonarlo todavía. O a hacerlo y no querer volver. O a querer volver y tener miedo. Todo eso es válido.

Asentí, sintiendo por primera vez que no tenía que tomar una decisión inmediata. Que podía dejar que el tiempo dijera algo también.

Me levanté, cogí la carta y la guardé en una cajita pequeña donde solía guardar recuerdos desde que era pequeña, como algunas de esas tarjetas de “Feliz cumpleaños” que me regalaba mi hermana en mi adolescencia, o una foto en la que salíamos mi hermano y yo el día que él cumplió los quince y le puse un gorrito de fiesta como cuando era pequeño.

La dejé allí. No como cierre, sino como señal de que, al menos por ahora, no quería olvidarla, pero tampoco iba a dejar que me definiera.

Por la tarde, salí a caminar sola. Recorrí el parque que había cerca de mi casa y me senté en un banco, cerrando los ojos por un instante y respirando hondo.

Miré mi móvil, pero no tenía mensajes nuevos de él. Ni llamadas.

Y por alguna razón, me alegró.

Porque esa carta fue su forma de hablar desde el corazón, de dar un paso hacia mí, sin exigirme nada. Y eso, en el fondo, era lo que necesitaba.

No sabía si algún día volveríamos a vernos, no sabía si quería que eso pasara, pero sí sabía algo.

Yo amé a Álvaro, de verdad, y él me rompió, pero también tuvo el valor de mirarse a sí mismo y reconocerlo. No era suficiente, al menos todavía, pero era más de lo que esperaba.

Y a veces, solo a veces, eso bastaba para empezar a cerrar la herida.

El sol de la tarde proyectaba sombras largas sobre el parque. Caminaba con paso firme, pero mi mente era un caos. Las palabras de Álvaro resonaban en mi cabeza, esas en las que decía que alguien le había engañado, le había envenenado contra mí. Y después estaba lo que había dicho mi hermana, el hecho de que Hugo fuera quien había enviado aquellas fotos.

Con cada paso que daba me acercaba más a la confrontación que había estado evitando durante tanto tiempo.

Al llegar a la casa donde él había vivido años atrás, llamé al timbre y esperé paciente, hasta que abrió la puerta y lo vi.

Hugo estaba allí, como si nada hubiera pasado, con esa sonrisa arrogante que siempre me había irritado. Él me observó y su expresión cambió a una mezcla de sorpresa y diversión.

—Vaya, Lucía, qué sorpresa verte por aquí —dijo Hugo. —¿Quieres un café?

Lo miré fijamente, sin decir una palabra. El aire entre nosotros estaba cargado de tensión. Finalmente, rompí el silencio.

—¿Qué pretendes, Hugo? —pregunté con voz firme.

Hugo se encogió de hombros, como si no comprendiera la gravedad de la situación.

—¿Pretendo? No pretendo nada, solo disfruto viendo cómo te retuerces por algo que no entiendes —respondió con una sonrisa burlona, y me acerqué más a él.

—¿De verdad crees que voy a quedarme callada después de todo lo que has hecho? —mi voz se elevó, llena de indignación.

Hugo me observó con una mezcla de diversión y desdén.

—¿Y qué vas a hacer, Lucía? ¿Gritarme? ¿Amenazarme? —dijo, dando un paso hacia mí.

El tono de Hugo era provocador, pero yo no iba a dejarme intimidar. Di un paso más cerca, hasta quedar a escasos centímetros de él.

—No voy a gritarte —dije con calma, pero con una determinación que hizo que Hugo frunciera el ceño. —Voy a hacer lo que mereces.

Antes de que Hugo pudiera reaccionar, levanté la mano y le di una bofetada tan fuerte que el sonido resonó en el aire. La gente que pasaba en ese momento por su calle se detuvo, sorprendida por la escena.

Hugo se quedó inmóvil por un momento, tocándose la mejilla. Su rostro pasó de la sorpresa a la ira.

—¡Eres una maldita zorra! —gritó, dando un paso atrás; yo lo miré fijamente, sin mostrar miedo.

—No soy una maldita zorra, Hugo. Tú eres una malísima persona. Por manipular, por mentir, por jugar con los sentimientos de las personas como

si fueran piezas de ajedrez —mi voz era firme, llena de desprecio.

Hugo me observó en silencio durante unos segundos, como si estuviera evaluando si valía la pena seguir discutiendo. Finalmente, soltó una risa amarga.

—¿Sabes qué? No vale la pena —dijo, apartándose para cerrar la puerta. —Vine por ti, porque a pesar de lo que pensaras de mí, te quiero. He pasado mucho tiempo en la cárcel, pero yo también sufrí la pérdida de ese bebé, casi te perdí a ti. Solo quería que vieras que he cambiado, que pensar en ti era lo que me mantenía cuerdo en ese puto sitio, pero ya veo que no te importo, que nada de lo nuestro te importó. Me trataste como si nunca hubiera habido nada bonito entre nosotros y solo quería que perdieras eso a lo que ahora te aferrabas.

—Siempre recordé lo bonito, pero tú mismo te encargabas de arruinarlo. ¿O no recuerdas todo lo que me ocultaste? ¿Es que se te ha olvidado que ese accidente fue provocado para matarte a ti, pero yo fui la que salió más perjudicada? Mi bebé solo tenía tres meses en mi vientre, Hugo, tres, y por tu culpa no pude verle nacer, ni siquiera pude despedirme de él ni enterrarle porque me pasé varias semanas en aquella cama de hospital, entre la vida y la muerte. Tú fuiste a la cárcel, pero has salido. Yo, desde aquella noche, sigo muerta en vida por tu culpa porque perdí lo que más amaba en el mundo. Aléjate de mí, no intentes acercarte de nuevo, no vuelvas a enviar nada para hacerme daño, olvida que existo, que una vez fuimos algo, como yo lo hice.

Y sin más, me di media vuelta y me marché de allí, de aquella casa en la que tantas veces había estado, en la que recordaba las comidas con sus padres, esos que en estos años habían dejado Sevilla para marcharse lejos porque no soportaban el dolor de lo que había hecho su hijo, de lo que provocó que me pasara a mí.

Me fui con una cosa muy clara en mi cabeza, y era que ahora Hugo ya no tenía poder sobre mí, y nunca jamás lo tendría.

Capítulo 33

Álvaro

El sol de la tarde se filtraba a través de las hojas de los árboles, creando un juego de luces y sombras en el suelo. Las ramas altas se mecían suavemente con la brisa primaveral, y el canto de los pájaros resonaba en la distancia. Caminaba con paso firme, pero en mi pecho, el nudo de la culpa seguía apretado como una soga que me recordaba, a cada latido, lo que había perdido.

Había pasado poco más de una semana desde que Lucía y yo habíamos terminado. Días en los que mi mundo parecía haberse descompuesto en fragmentos. En apariencia, todo seguía igual: me levantaba, desayunaba, me concentraba en el trabajo, incluso sonreía de vez en cuando. Pero por dentro, una grieta había partido mi alma. Era como vivir con un eco constante del silencio que ella había dejado.

Incluso mi hija me dijo que no podía seguir así, que ninguno de los dos podíamos, porque ella sabía que Lucía, su profesora, pero también hermana de su novio, estaba tan mal como yo, y me dijo, me aconsejó, a pesar de solo tener diecisiete años, que hiciera algo para recuperar a la mujer que me había devuelto las ganas de amar y de sonreír, antes de que llegara otro que me la arrebatara para siempre.

Recordaba el día en que todo se rompió. Las palabras de aquel hombre, su ex, las fotos antiguas haciéndome creer que eran actuales. Mi reacción impulsiva, sin detenerme a preguntar, sin darle a Lucía la oportunidad de

explicarse. Todo había sido un cúmulo de malas decisiones, una tras otra, como piezas de un dominó cayendo sin control. Y lo peor de todo era que había perdido a Lucía, la persona que más había querido, además de mi hija, en años.

Lo peor no era el dolor era la certeza de que había sido mi culpa. Que, si tan solo hubiera confiado un poco más, si hubiera escuchado en lugar de reaccionar, si hubiera creído en nosotros… tal vez no estaría ahora caminando hacia el instituto, con el corazón en las manos y la esperanza pendiendo de un hilo.

Pero hoy, algo dentro de mí me decía que aún podía hacer algo. Que aún podía luchar por ella. No tenía garantía de que funcionara. No esperaba un final perfecto, pero al menos necesitaba intentarlo. No podía quedarme con él, "qué habría pasado si...".

Llegué al aula donde sabía que Lucía tendría clase. La había observado estos días, desde que dejé aquella carta en su buzón, asegurándome de no invadir su espacio, pero queriendo encontrar el momento exacto. Mi corazón latía con fuerza, un tambor enloquecido que resonaba en mis oídos, pero mi determinación era más fuerte. Había preparado algo especial, algo que mostrara cuánto lo sentía. No con palabras vacías, no con promesas que se llevara el viento. Sino con un gesto honesto, desde el fondo del alma.

Antes de dirigirme allí, había pasado por la floristería. Me detuve frente a los estantes llenos de colores vivos: rosas rojas, tulipanes amarillos, margaritas alegres… Pero fueron los lirios blancos los que captaron mi atención. Lucía me había contado una vez que los lirios eran sus flores favoritas, porque le recordaban a su abuela. Blancos, puros, como las palabras que a veces no se decían, pero se sentían. Los cogí con manos temblorosas, como si ya con eso estuviera tocando un recuerdo suyo.

Después, fui a una tienda cercana. Compré una cartulina gigante, la más grande que tenían. Busqué rotuladores de colores y, sentado en un banco del parque, escribí con cuidado: "Me equivoqué. No quiero tener razón. Quiero tenerte a ti."

Las letras grandes eran temblorosas, pero sinceras. No había poesía elaborada, no había rimas ni florituras. Solo verdad. La más simple y brutal.

Con todo listo, me dirigí al aula. Al entrar, todos los ojos se volvieron hacia mí. Vi a mi hija y me dedicó una sonrisa de esas que decían que estaba orgullosa de lo que iba a hacer, porque estaba claro para qué había venido su padre hasta aquí.

Una ráfaga de murmullos cruzó la sala. Lucía estaba sentada en su escritorio, mirando sus apuntes. Al verme, levantó la vista, sorprendida. Sus ojos se abrieron como si el aire mismo le hubiera fallado.

Me acerqué a ella, con el ramo de flores en una mano y el cartel en la otra.

—Lucía —dije con voz temblorosa, —sé que no merezco tu perdón, sé que te he fallado, pero quiero que sepas que te amo y que estoy dispuesto a hacer lo que sea para enmendar mi error.

Los estudiantes que estaban en la clase comenzaron a murmurar, algunos sonriendo, otros observando en silencio. Lucía me miraba fijamente; sus ojos reflejaban una mezcla de sorpresa, emoción y algo más difícil de definir. ¿Dolor, quizá? ¿Esperanza?

—Álvaro... —susurró, sin poder articular más palabras.

Me arrodillé frente a ella, sosteniendo las flores y el cartel.

—Por favor, Lucía, dame una oportunidad para demostrarte que puedo ser mejor. Que puedo ser el hombre que mereces.

Hubo un silencio en la sala, uno de esos silencios que parecían estirarse más allá del tiempo. Todos esperaban su respuesta. Lucía cerró los ojos por

un momento, como si estuviera tomando una decisión importante. Luego, con una sonrisa tímida, asintió.

—Está bien —dijo suavemente, —te perdono.

Un suspiro colectivo recorrió la sala. Me levanté y, sin pensarlo, la besé. Un beso lleno de arrepentimiento, de amor y de esperanza. Sentí que algo dentro de mí se liberaba, como si un muro hubiera caído.

Cuando nos separamos, los aplausos comenzaron. Los estudiantes aplaudían; algunos gritaban palabras de ánimo. Y escuché la voz de mi hija gritando.

—¡Ese es mi padre!

Lucía y yo nos miramos, sonriendo tímidamente. Agradecidos. Conmovidos.

Sabía que este era solo el comienzo, que aún quedaba mucho por reconstruir, pero en ese momento, sentí que todo era posible. Porque había luchado por lo que amaba. Y eso, al final, era lo único que importaba.

Salí del aula y esperé a que acabara la clase; no tardé en verla aparecer en la entrada del instituto y, en silencio, caminamos hacia un banco que había cerca, donde nos sentamos.

No dijimos nada durante un rato. El silencio no era incómodo; era necesario. Cada uno estaba procesando lo ocurrido. Ella miraba las flores como si no supiera qué hacer con ellas. Yo, por mi parte, seguía sintiendo que quizás aún no era suficiente.

—No esperaba que vinieras así —dijo al fin, sin apartar la vista de los lirios.

—No sabía cómo más decirte lo que siento —respondí. —Supongo que me rendí ante las palabras.

Lucía suspiró, luego me miró, y esa mirada fue más punzante que cualquier reproche.

—Me dolió que no confiaras en mí —dijo. —Más que saber que fue mi ex, más que lo que él quiso meterte en la cabeza… Lo que más me dolió fue que no me escucharas siquiera. Que pensaras que yo sería capaz de algo así.

Asentí, incapaz de justificarme, porque no había justificación, solo errores y consecuencias.

—Te fallé, y no sé si algún día dejaré de reprochármelo —dije, y ella se quedó callada, como si no supiera qué responder.

—No estoy aquí solo porque te echo de menos —continué. —Estoy aquí porque quiero reconstruir lo que rompí. Sé que no será fácil, pero estoy dispuesto a hacerlo, paso a paso, sin exigencias.

Lucía bajó la mirada.

—¿Y si vuelve a pasar algo así? ¿Y si mañana alguien te dice que me vio con otro?

—Entonces me sentaré contigo y lo hablaremos —dije. —Te miraré a los ojos, te haré preguntas y confiaré en tus respuestas. Porque eso es lo que no hice antes. Y no pienso repetirlo.

Sus labios temblaron ligeramente. Una lágrima se deslizó por su mejilla, y la limpió con el dorso de la mano, sin querer mostrar debilidad.

—Es tan difícil… —murmuró —Yo también te quise mucho. Pensé que seríamos invencibles, pero en cuanto hubo una tormenta, te fuiste con ella.

—Esta vez quiero quedarme —dije —y sostener tu mano.

Ambos sonreímos, entre lágrimas, entre cicatrices. Nos abrazamos como si el tiempo no importara, como si el dolor, de pronto, pudiera convertirse en una lección, no en una condena.

—Lo que no entiendo es por qué tu ex querría separarnos; yo ni siquiera lo conocía.

—Cuando leí tu carta pensé que había sido Paula, como ya había intentado hacerte daño…

—Yo lo pensé después, por eso puse a mi primo a buscar hasta dar con la persona que me enviaba aquel e-mail anónimo.

—Hugo fue alguien a quien quise mucho, pero también quien más dolor me causó —suspiró, y vi que se le humedecían los ojos, llenándose de lágrimas.

—No tienes que contarme nada, preciosa —le dije acariciando su mejilla.

—Me mintió durante mucho tiempo, se metió en cosas turbias y una noche, en plena feria, me atropellaron, perdí a mi bebé y estuve en un hospital recuperándome durante semanas. Por eso la Feria de Abril ya no me entusiasma tanto como antes. Fue hace años, pero el dolor sigue aquí —se llevó la mano al corazón, y el mío dio un vuelco.

—Lucía, lo siento. —La abracé y ella lloró en mi pecho, mojando la tela de mi camisa, dejando salir el dolor que llevaba anclado en ella desde hacía tanto tiempo.

Se me partía el alma de verla así, porque no había nada más doloroso en el mundo que perder un hijo, y me ponía en su lugar, sabiendo que a mí me habría destruido el haber perdido a Claudia.

Nos miramos y la besé como deseaba hacerlo, y en ese momento le prometí en silencio, como me prometí a mí mismo, que no iba a soltar su mano, y que, si la veía llorar de nuevo, sería de felicidad.

Días después, comenzaron de nuevo las pequeñas cosas que siempre estuvieron ahí, entre nosotros.

Un mensaje por la mañana, un café, alguna que otra tarde, una comida en casa con mi hija y el hermano de Lucía, noches de pizza y peli con mis dos chicas. Eso que me llenaba de vida y me hacía sentir que todo estaba bien.

El amor no volvió como una ola gigante, sino como un río lento que se abría paso entre las piedras. Había desconfianza, sí, había miedo incluso.

Pero también había voluntad.

Y cada día, al mirar a Lucía, recordaba por qué había luchado. No por borrar el pasado. Sino por construir un futuro mejor para nosotros.

Capítulo 34

Lucía

La tarde se presentaba tranquila, con el sol comenzando a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados. Desde la ventana del comedor, podía ver cómo la luz dorada se filtraba entre los árboles del jardín, proyectando sombras alargadas que bailaban con la brisa suave. Dentro de la casa de mis padres, en cambio, el ambiente era muy distinto. El aire estaba cargado de aromas, a canela, a pan horneado, a café recién hecho, y el murmullo de las conversaciones, las risas y los pasos inquietos llenaban cada rincón.

Hoy era un día especial: por fin, mis padres conocerían a los padres de Álvaro. Desde que decidimos dar este paso, había una mezcla de nerviosismo y emoción en el aire. Era como si todo el peso de los meses anteriores, con sus altibajos, con la reconciliación todavía fresca, se resumiera en esta reunión. Sabía que mis padres eran personas tradicionales, con valores firmes, y temía que no aceptaran fácilmente nuestra relación.

No por falta de cariño, sino por prudencia, por esas ideas de siempre que muchas veces no sabían ceder espacio a lo nuevo. Pero también confiaba en que, si veían lo felices que éramos juntos, aun habiendo pasado lo que pasó entre Álvaro y yo, lo entenderían.

Mi madre había pasado toda la mañana revisando recetas, moviendo muebles, retocando la decoración del salón. Mi padre, aunque más

reservado, no había dejado de preguntar cada poco tiempo si todo estaba bien. Incluso mis hermanos estaban implicados en este momento.

Había algo en el ambiente, una especie de expectativa compartida, como si todos supieran que esta noche marcaría un antes y un después.

La puerta sonó, y mi corazón dio un vuelco. Era el timbre que anunciaba la llegada de Arturo y Carmen.

Me apresuré a abrir y, al hacerlo, me encontré con una visión que me hizo sonreír con el alma. Carmen llevaba un ramo de flores blancas, y en su otra mano sostenía un cartel gigante de cartulina que decía: "Me equivoqué. No quiero tener razón. Quiero tenerte a ti." Era el mismo cartel que Álvaro había llevado a mi clase semanas atrás, un gesto que había quedado grabado en mi memoria, en mi piel, en lo más profundo de mí. Verlo ahora, en manos de su madre, me pareció un homenaje silencioso a ese día, a ese cambio, a ese perdón.

—¡Hola, cariño! —exclamó Carmen al verme —Traemos flores y un cartel para ti.

—¡Ay, por favor, qué emoción! —respondí, riendo, mientras la abrazaba con cariño.

Mi madre salió al recibimiento, con las manos aún húmedas por haber estado cortando frutas.

—¡Qué detalle tan bonito! —dijo, abrazando a Carmen como si se conocieran de toda la vida —Bienvenidos a nuestra casa.

Arturo, el padre de Álvaro, alto, de rostro sereno y gesto amable, extendió la mano a mi padre.

—Un placer conocerte, Antonio —dijo con una sonrisa cálida.

—El placer es nuestro —respondió mi padre, estrechando su mano. —Bienvenidos.

La entrada se llenó de saludos, besos y apretones de manos. Las flores encontraron su lugar en un jarrón de cristal, y el cartel fue colocado en un rincón especial del salón, donde todos pudieran verlo.

Nos dirigimos al comedor, donde la mesa ya estaba preparada con una merienda variada: bocadillos caseros, empanadas, galletas, tartas, bandejas de frutas y bebida; mi madre no quería que faltase de nada. La luz de la tarde entraba suavemente por las cortinas, envolviendo la escena en un halo cálido y familiar.

Las conversaciones comenzaron a fluir con naturalidad. Carmen, siempre tan expresiva, no tardó en hacer un comentario que rompió el hielo:

—Bueno, bueno, parece que somos consuegros por partida doble —dijo con picardía, alzando una ceja. —Porque nuestra nieta Claudia es como una hija para nosotros.

Todos reímos ante su ocurrencia. Claudia, la hija de Álvaro, era una niña encantadora que siempre había mostrado una gran admiración por mí. Había sido un detalle muy bonito por parte de Carmen mencionarlo. De alguna manera, nos conectaba a todos más allá de la pareja, como si estuviéramos formando algo que iba más allá de un noviazgo.

Mientras tanto, Julián, el primo de Álvaro, no dejaba de prestar atención a Marina, mi hermana. Ella, coqueta como siempre, le lanzaba miradas furtivas y sonrisas tímidas, jugando con el borde de su taza de café como si no notara nada. Mi madre, observando la escena con una mezcla de sorpresa y ternura, comentó en voz baja:

—Me alegra ver a mis hijas tan felices al fin —dijo, con los ojos brillantes—. Después de todo lo que han pasado en la vida, merecen ser felices.

Sus palabras me llegaron más hondo de lo que ella imaginaba. No solo hablaba de mí, sino también de Marina, de las heridas que cargábamos, de

las decisiones difíciles, de los días en que parecía que todo se derrumbaba.

Las bromas y risas continuaron durante toda la tarde. Las diferencias entre nuestras familias parecían desvanecerse con cada anécdota compartida, con cada historia graciosa que salía a la luz. Arturo habló de cuando Álvaro se cayó en su primer día de escuela. Mi padre contó, cómo de pequeñas, Marina y yo escondíamos galletas debajo del sofá para no tener que compartirlas. Carmen compartió una foto de Claudia vestida de dinosaurio en una fiesta infantil, y todos estallamos en carcajadas.

Era como si nos conociéramos de toda la vida. La formalidad inicial se había disuelto, y en su lugar quedaba una calidez real, una complicidad genuina.

Álvaro no dejaba de abrazarme, de cogerme la mano de vez en cuando, incluso de darme algún que otro beso en la mejilla cuando nadie parecía mirar, solo que su hija lo hacía, así como su madre y la mía, y las veíamos sonreír.

Cuando cayó la noche, las luces del salón estaban encendidas, la música suave llenaba el ambiente y el olor de una tarta recién horneada se mezclaba con el de la lavanda que mi madre siempre colocaba en los floreros. Las copas tintineaban, y el murmullo de las conversaciones se había vuelto más íntimo, más tranquilo.

Fue en ese momento cuando Álvaro se acercó a mí. Me cogió de la mano con delicadeza y me condujo al centro del salón. Su mirada era serena, pero también intensa, como si contuviera algo que llevaba tiempo esperando decir.

—Lucía —dijo, en voz baja, lo justo para que solo yo pudiera oírlo. —Te amo más de lo que las palabras pueden expresar. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. ¿Te gustaría ir a vivir conmigo?

Mi corazón latió con fuerza. Las palabras me habían cogido por sorpresa, aunque en el fondo las había soñado muchas veces. No por el hecho de mudarnos juntos, sino por lo que representaba: confianza, compromiso, proyecto de futuro. Miré a nuestros padres, que nos observaban con sonrisas cómplices, y luego volví a mirar a Álvaro. Su rostro era todo ternura.

Asentí con una sonrisa, conteniendo las lágrimas.

—Sí —respondí, con la voz llena de emoción.

La sala estalló en aplausos y vítores. Todos se levantaron para felicitarnos. Mis padres, aunque sorprendidos, nos abrazaron con cariño. Carmen se emocionó tanto que sacó un pañuelo para secarse los ojos, y Arturo nos dedicó unas palabras muy sentidas sobre la importancia de elegir cada día al otro.

Esa noche, mientras me recostaba en la cama, Álvaro abrazándome después de hacerme el amor, pensaba en todo lo que había sucedido.

Había encontrado en Álvaro no solo a un compañero, sino a una familia que me aceptaba y me quería. Una red de personas que, con sus diferencias, con sus historias, habían decidido encontrarse y caminar juntas.

Y lo más importante: había encontrado un lugar donde mi corazón podía descansar en paz.

Una semana después, comenzamos la mudanza.

No fue fácil. Ni física ni emocionalmente. Empaquetar una vida en cajas era también enfrentar los recuerdos, los miedos, las dudas. Pero también fue emocionante. Cada cosa que llevábamos a casa de Álvaro era una promesa. Un libro, una taza, una foto: todo tenía una historia que queríamos seguir escribiendo.

Nuestros padres ayudaron. Incluso Marina y Julián se ofrecieron, al igual que Claudia y mi hermano Pablo.

A pesar de que había dormido antes en esa casa, esa primera noche se sintió diferente, porque ya no era solo un sitio de paso en el que estaría unas horas, sino que oficialmente se convertía en mi nuevo hogar.

Un hogar donde el amor nunca faltaría, ni el mío por Álvaro ni el suyo por mí, como tampoco faltaría el que ambos sentíamos por su hija Claudia.

Epílogo

Álvaro

Tres años después…

Habían pasado tres años desde que Lucía y yo decidimos dar ese paso tan importante en nuestras vidas. Tres años llenos de momentos inolvidables, de risas, de retos y, sobre todo, de mucho amor.

Mirando atrás, me daba cuenta de que lo que parecía una idea arriesgada en aquel entonces se había convertido en la decisión más acertada de mi vida.

Nos casamos después de un año de relación. Fue un paso que tomamos rápidamente, quizás impulsados por la emoción del momento, por las circunstancias que nos rodeaban y, sobre todo, por el deseo de ser verdaderos el uno para el otro. Aquel día, Lucía ya estaba embarazada de cinco meses, algo que nos sorprendió a ambos. David, nuestro hijo, llegó de manera inesperada, pero cuando vimos esa pequeña figura en la ecografía por primera vez, supimos que nuestras vidas nunca volverían a ser las mismas.

El embarazo fue un viaje agridulce, sobre todo después de lo que ella había vivido años atrás. Pero Lucía siempre se mostró serena, tranquila, porque ser madre era algo que había estado esperando mucho tiempo, y eso me tranquilizaba a mí también.

Preparamos la llegada de nuestro hijo con amor; lo hicimos juntos, como siempre habíamos hecho las cosas.

Ahora, con dos años, David era el centro de nuestra vida. Era una pequeña tormenta de risas y curiosidad. Se levantaba por la mañana con una sonrisa que iluminaba la casa, y su energía era contagiosa. Cada paso que daba, cada palabra nueva que pronunciaba, cada pequeña victoria era un recordatorio de lo maravilloso que había sido todo lo que habíamos vivido juntos. Él era el mejor regalo que nos pudo dar la vida.

La vida juntos era perfecta, o al menos lo más cercano a la perfección que podríamos imaginar. A veces, cuando me despertaba por la mañana, con Lucía a mi lado y David dormido entre nosotros, me sentía abrumado por la paz que sentía. Había recorrido un largo camino desde aquellos días de incertidumbre, había dejado atrás mis temores y mis inseguridades, y ahora me daba cuenta de que, aunque el futuro siempre era incierto, con Lucía a mi lado todo era posible.

Claudia, mi hija, ha sido una hermana mayor ejemplar para David. Siempre la veía jugando con él, llevándolo al parque, enseñándole a dibujar o simplemente haciéndolo reír con sus bromas. Aunque todavía tenía mucho que aprender, como cualquier joven de su edad, tenía una ternura y una madurez que no se veían en muchos de su edad.

A veces me preguntaba cómo, siendo tan joven, había conseguido ser tan sabia en cuanto a la vida familiar.

Claudia estaba estudiando para ser profesora, como Lucía. Pero mientras Lucía seguía enseñando a adolescentes para convertirse en futuros adultos responsables, Claudia tenía el deseo de dedicarse a los niños pequeños. Algo en su forma de ser, en la manera en que cuidaba y protegía a su hermano David, me decía que sería una excelente profesora. Y ver cómo se

entregaba a su carrera y, al mismo tiempo, se dedicaba a su familia, me llenaba de orgullo.

Pablo, el hermano de Lucía, también había crecido mucho en estos tres años. Siempre fue un chico inteligente, pero había evolucionado a pasos agigantados.

En estos últimos tiempos, se había convertido en todo un experto en informática. Su dedicación, su afán de superación y su capacidad para aprender lo habían hecho destacar en su campo. Tanto Julián, como yo, le acabamos ofreciendo un puesto en nuestra empresa, y no podría estar más satisfecho con su desempeño. Pablo había demostrado que, a pesar de su juventud, tenía mucho que aportar, y me enorgullecía verlo crecer tanto profesional como personalmente.

Ahora, junto con Julián, se había convertido en una parte fundamental de nuestra empresa, y juntos habíamos logrado llevarla más lejos de lo que habríamos imaginado.

Pero, aunque había tanto de qué hablar, había un tema que seguía pesando en mi mente, algo que me hacía pensar en los retos que habíamos superado. Paula.

Aquella mujer que intentó separarme de Lucía, que nos tendió una trampa tan cruel y calculada que casi nos cuesta todo. Aquella historia de engaños, mentiras y manipulaciones podría haber sido el fin de nuestra relación, pero al final la justicia hizo su trabajo. Paula terminó pagando por sus actos. Ella y aquellos que le siguieron el juego fueron encarcelados por cargos de estafa y otros crímenes.

La verdad salió a la luz, y aunque en su momento fue doloroso, todo aquello nos hizo más fuertes. Hoy en día, no quería saber nada de ella. Ese capítulo en nuestra vida estaba cerrado, y lo que importaba era que Lucía y yo seguíamos juntos, y más unidos que nunca.

Nuestros padres estaban encantados con sus nietos. Antonio y Rosario, mis suegros, se habían convertido en los abuelos más amorosos y entregados que uno podría desear. Siempre estaban dispuestos a pasar tiempo con David, a leerle un cuento, a darle un beso antes de dormir. Era increíble ver cómo el amor se multiplicaba con cada generación. Por otro lado, mis padres, disfrutaban de cada momento con nuestros hijos, especialmente con David y Saúl, el hijo de Marina y Julián. Porque sí, mi primo y mi cuñada se enamoraron y se casaron poco después que nosotros.

Saúl tenía solo un año, pero ya estaba lleno de energía y curiosidad, y me encantaba ver cómo la familia seguía creciendo, cómo los niños corrían por la casa, jugando y riendo. La felicidad era palpable en cada rincón.

Una tarde, estábamos en casa, disfrutando de una tranquila reunión familiar. Todos estábamos relajados, con una copa de vino en la mano, conversando y riendo como siempre. De repente, Pablo llegó, y con una expresión seria me dijo que quería hablar conmigo. Al principio, no sabía qué pensar. Pero al ver la determinación en su rostro, me dio la impresión de que venía con algo importante que decirme.

Nos dirigimos al despacho, y allí, con una mirada seria, Pablo me dijo que estaba profundamente enamorado de Claudia. Que había pasado tres años viéndola crecer, viéndola madurar, y que le gustaría pedirme permiso para casarse con ella. En estos tiempos era raro que alguien hiciera algo tan tradicional, tan lleno de respeto, y eso me conmovió profundamente. Sonreí y me levanté para servir un par de vasos de whisky. Le ofrecí uno y, en tono bromista, le dije:

—*No se lo digas a tu hermana, o me manda a dormir al sofá.*

Pablo sonrió, pero vi que en sus ojos había una sinceridad que no se podía ocultar. A continuación, me miró a los ojos con seriedad y me dijo

que de verdad quería hacer feliz a Claudia. Me habló de sus sentimientos y de su compromiso. Y yo, con la misma seriedad, le respondí:

—He visto cómo cuidas y tratas a mi hija en estos tres años. Tienes mi permiso para casarte con ella. Pero te pido una cosa: hazla feliz. Quiérela, porque perder a la mujer que amas es un dolor tan grande del que cuesta salir. Nunca dudes de su amor, incluso cuando las cosas no sean fáciles.

Brindamos con nuestros vasos de whisky y, cuando salimos del despacho, vimos a Lucía y Claudia en el sofá, sentadas y nerviosas. En ese momento, me di cuenta de que ellas ya sabían que Pablo quería hablar conmigo. Claudia, al ver la sonrisa de Pablo, se levantó corriendo y lo abrazó. Y ahí fue cuando Pablo sacó un anillo y le pidió matrimonio oficialmente. El brillo en los ojos de mi hija Claudia y la emoción en su rostro me dijeron todo lo que necesitaba saber. Ella dijo que sí, y el aire se llenó de esa felicidad que en estos años había llenado nuestra casa.

Como Pablo se quedó con el piso de Lucía, allí es donde Claudia se iría para vivir juntos. Lucía me abrazó y me dijo que me amaba, y que nunca pensó que al servirle un rebujito al CEO acabaría teniendo esta familia. Me besó, y en ese momento, vi a Pablo y Claudia sonriendo mientras cogían al pequeño David. Lucía, en broma, me dijo:

—Más vale que estés preparado para ser abuelo joven, porque no creo que ese par tarden mucho en darnos esa noticia.

La miré sorprendido y le pregunté si Claudia estaba embarazada. Lucía, con una sonrisa traviesa, me dijo que no, pero que ahora que se iban a vivir juntos, no descartaba que les pasara lo mismo que a nosotros y que ampliaran la familia.

Miré a Claudia y, a pesar de su juventud, pensé que, si llegaba a ser madre, no la dejaría sola. Sonreí, porque, aunque la había criado

prácticamente solo, con mis miedos y dudas, sabía que, de alguna manera, lo había hecho bien.

Lucía había sido una madre para Claudia, incluso antes de que tuviéramos a David, y era increíble cómo se entregaba a ella, cómo la cuidaba, como si la hubiera llevado nueve meses en su vientre.

La vida nos había sorprendido de muchas maneras, pero al final, todo había encajado. Y aquella tarde, al mirar a mi alrededor, con Lucía a mi lado, David en brazos de mi hija y la familia reunida, sabía que este era el lugar donde siempre había querido estar.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
Twitter: @ChicasTribu